

LA SEMILLA



Luis M. Núñez

LA SEMILLA
INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
EPÍLOGO

LA SEMILLA

Un caso de la Agente Utrilla

Luis M. Núñez

Dedicado a todas las personas que saben se lo merecen.
A todas ellas.

INTRODUCCIÓN

La semilla fue originariamente un relato, una novela corta, que envié a uno de los numerosos concursos que se organizan a lo largo del año. No obtuve respuesta, pero lo cierto es que se trataba de una obra de la que me sentía orgulloso. Breve, pero intensa, mezcla ciertos aspectos de ficción policíaca con lo sobrenatural, existiendo guiños al maestro del horror Howard Philips Lovecraft y su mitología; creía que debía ser, tras un nuevo pulido, publicada.

Así, durante un par de meses estuve colgándola por entregas en mi blog personal (te invito a visitarlo para descubrir mis textos, por supuesto, en *Lord Alce lee y escribe*, <https://lordalceblog.wordpress.com/>), y los comentarios que las amigas y amigos me brindaron al leerla me dieron la oportunidad de mejorar aspectos estilísticos, corregir erratas que habían pasado desapercibidas y, lo más importante de todo, reescribir el final y el epílogo de *La semilla*.

Coincidíamos (lectores y yo) en que el enfrentamiento final resultaba algo flojo, que no era adecuado a la tensión que se respiraba en el resto de la narración, por lo que he procedido a aumentarlo, confiando en lograr un resultado mejor. Del mismo modo, me animaron a desarrollar una idea que me surgió ya en el momento en que empecé a proyectar esta pequeña novela: que fuera la primera entrega de una serie centrada en Lucía, la agente de

policía protagonista que se ve envuelta en un caso mucho más peligroso y mortal de lo que parecía en principio. Habrá noticias de Lucía en un futuro. De hecho, ya tengo proyectada la segunda novela...

Por ello, doy las gracias muy especialmente a mis fieles seguidoras y seguidores del blog, con quienes comparto pasión por la escritura y la lectura, así como momentos entretenidos e hilarantes incluso, pero, especialmente, a quienes me han alentado para seguir con este proyecto:

Lidia Castro (<https://genereialtreshistories.wordpress.com/>)

Sadire Lleide (<https://divagacionesenrosa.com/>)

Yulia Leykina (<https://vozdemoscu.wordpress.com/>)

María del Mar Ponce (<https://versosconvidapropia.wordpress.com/>)

Francisco García-Luengo (<https://historiasmalditas.wordpress.com/>)

Francisco Izquierdo (<https://franciscoizquierdoblog.wordpress.com/>)

De verdad, muchas gracias de corazón. No dejéis de visitarles.

Por supuesto, mi más profundo agradecimiento a mi familia: no me canso de decir que son los “culpables” de mi compulsión lectora y escritora. Si no me hubiesen regalado tantos libros y cómics, otra cosa sería...

CAPÍTULO UNO

El médico forense encendió la luz de la sala de autopsias y los fluorescentes emitieron un susurro perezoso seguido de unos chasquidos eléctricos, prólogo de la luz que se derramó, fría y estéril, sobre la amplia estancia. Sujetando el café humeante con las yemas cerca del borde superior para evitar quemarse, Javier Ocón, médico de vocación, y patólogo por obligación, llegó hasta la mesa central donde, un rato antes, su ayudante había dejado el cuerpo de la víctima, tapado con una sábana blanca como la nieve para cubrir su desnudez.

Sin ceremonia, tiró de una punta de ella y la arrojó al suelo, dando un sorbo mientras echaba el primer vistazo al cadáver.

Era un hombre en la cuarentena, aquejado de una prematura calvicie que había reducido su cabello castaño a poco más que la cobertura de los laterales y la parte posterior del cráneo, de labios gruesos y nariz bulbosa; una cara en lo que más destacaban eran los ojos, porcinos, como incrustados a la fuerza en unas órbitas demasiado pequeñas. El cuerpo mostraba, por su parte, los típicos estragos de la vida sedentaria moderna: extremidades fofas, blanquecinas, y torso hinchado por efecto de unas copiosas comidas que aportaban muchas más calorías de las que necesitaba para su trabajo. Cogió la ficha y miró los datos laborales.

En efecto, era empleado de una oficina bancaria. La combinación perfecta de trabajo sentado y hamburguesas grasientas. Candidato al infarto si no fuera porque el tal Manuel Cruz fue encontrado en un callejón oscuro por una pareja de policías de la local, con un hematoma en la cabeza. Tras ponerse los guantes, Javier presionó con suavidad la zona amoratada, cuyos bordes presentaban la regularidad propia de un instrumento romo, y notó cómo el hueso cedía ligeramente. El impacto había sido fuerte: lo más probable era que hubiera creado un traumatismo encéfalo craneano tan violento como para provocar la muerte inmediata del sujeto.

Acabó el café dando unos cuantos sorbos más y tiró el vasito con bastante tino acertando en la papelera, pese a que se encontraba como a cinco metros de ella. Supuso que el informe sería bastante sencillo, al no existir otras señales de heridas y comenzó tomando unas cuantas fotografías, centrándose en la parte superior de la cabeza.

Antes de encender la grabadora para registrar sus actos, pulsó el botón del intercomunicador que le ponía en contacto con la sala de comunicaciones de la comisaría.

—Dime, Javier —contestó la voz rasposa del agente de guardia.

—Ponme con Lucía, por favor —pidió el forense.

Escasos segundos después, su mujer estaba al aparato. De fondo se escuchaba el sonido de la calle, predominando el tráfico con sus motores,

cláxones y gritos.

—¿Qué pasa cielo? —le preguntó entre los chasquidos de la emisora policial.

—¿Te pillo en buen momento? —inquirió Javier.

—Sí, sí. El volante le toca a Samuel.

—¡Pobre coche! —exclamó él con exageración.

—No te pases de gracioso —Samuel se metió en la conversación, riendo.

Lucía acudió en ayuda de su marido:

—Bueno, todos conocemos tu forma de conducir...

Javier oyó al compañero de su esposa mascullando algo; a Lucía y a él les encantaba meterse con el alto, feúcho y simplón Samuel.

—Bueno, vale de risas —dijo Lucía—. ¿Qué querías?

—Poca cosa —respondió Javier—. He visto que los oficiales asignados al caso del banquero sois vosotros.

—¿El banquero?

—Manuel Cruz —aclaró el forense—. Golpe en la cabeza.

—Sí, el del callejón —recordó Lucía—. Aún no nos han dado el expediente, pero algo comentó el comisario esta mañana.

—Pues creo que mi parte del trabajo va a ser fácil —dijo Javier—. A no ser que haya sorpresas al abrirlo, tendréis que buscar a un tipo con un instrumento romo. Posiblemente, un martillo.

—Casi nada —bufó ella.

—Sí, pero poco más puedo decir desde mi reino de los muertos.

—Ya. Con suerte, tendremos una cámara de seguridad que ha captado algo.

Javier consultó los datos de la ficha.

—¿En esa calle donde estaba? —preguntó, haciendo una mueca—. Lo dudo.

—No sé dónde es. Ya te digo que no nos han pasado nada aún.

—Bueno, pues yo hago el informe de la autopsia y te digo.

—Eso mismo —contestó Lucía—. Tengo que dejarte.

—¿Ya habéis llegado a la cafetería? —soltó Javier con guasa.

—Ahí le has dado —contestó Lucía, cerrando la comunicación, sonriendo.

Los dos oficiales aparcaron en la zona de estacionamiento limitado y bajaron del coche sintiendo de inmediato el calor sofocante de la tarde. Los últimos tres días habían sido asfixiantes, propios del mes de agosto, y el sudor comenzó a bajarles a chorros desde la frente en cuanto se pusieron la gorra.

—¡Cómo odio esta ciudad! —exclamó Samuel.

—¿Y pediste el traslado aquí porque...?

Samuel se encogió de hombros ante la cara burlona de Lucía y la siguió al interior de la cafetería donde tomaban su café de media tarde. Como los días

anteriores, lo pidieron con hielo y, mientras Lucía hojeaba el periódico, Samuel contempló la televisión, muda, en la que unos concursantes intentaban responder las preguntas entre bromas y muecas del presentador.

El zumbido del móvil hizo que Lucía lo sacase del bolsillo para leer el mensaje que le mandaba su marido. Tras unas caritas sonrientes y un corazón, le recordaba que esa noche cocinaba él, pero que necesitaba que comprara leche de camino a casa. De soja, porque el intestino de Javier había decidido hacía un tiempo que no quería más lactosa en su vida.

Le respondió que sí y le mandó besos.

Javier hizo girar la sierra con la que abriría el cráneo de la víctima. Había dudado entre atacar en primer lugar el pecho o la cabeza, decidiendo por fin empezar por la parte de arriba del cuerpo. El sonido zumbón del instrumento cortando hueso llenó el ambiente junto con las anotaciones verbales que dictaba, y la tapa de los sesos pronto reposó en una mesita auxiliar cercana. En efecto, el hueso había sido machacado y algunas astillas se desprendieron en la mesa pese a que puso todo su cuidado al retirarlo. Otras estaban incrustadas en la masa encefálica, pero el cerebro aparecía frente a él, en todo su esplendor. El forense parpadeó, sin creer del todo lo que veía.

Las circunvoluciones y surcos estaban ahí, con su característico color rosado, pero en la zona en la que el pobre hombre había recibido el impacto,

se apreciaba una mancha negruzca, oleaginosa, que en principio le pareció un hematoma si bien, al contemplarla más detenidamente, *vio con toda claridad cómo se movía por la superficie y se infiltraba por uno de los giros, desapareciendo en su interior.*

Tragó saliva y acercó su cara al cadáver, despacio, sintiendo en su interior una aprensión como nunca antes. Su cara estaba cubierta por la pantalla protectora de plexiglás que utilizaba siempre que trabajaba, y el aliento comenzó a condensarse, al respirar agitado.

La retiró para poder ver mejor.

El corazón le comenzó a martillar con fuerza en el pecho, sin razón aparente, y movido por una sensación instintiva de terror, decidió apartarse.

Retrocedió un par de pasos y se rio, sintiéndose como un tonto. Sin duda, habría sido un efecto de la luz, una sombra provocada por él mismo al inclinarse sobre el muerto. Sí, sin duda.

Cogió el bisturí y trazó el corte en “Y” que le permitiría acceder a las entrañas del difunto.

—Veamos qué tienes que ofrecerme —dijo, olvidado el susto.

Cuatro horas después, cuando el sol empezaba a ocultarse tras los altos edificios acristalados que dominaban el paisaje urbano reflejando la gloriosa esfera rojiza en sus ventanas, Javier entró en casa y sonrió al ser recibido con

alborozo por sus dos perritos, Lúa y Ren, a los que correspondió rascándoles tras las orejas. La hembra, la más mayor de ambos, se dio por satisfecha y se dirigió a su camita para seguir dormitando, pero Ren lo siguió y permaneció junto a él cuando se puso a cocinar, esperando que le cayera algo.

Como Lucía le avisó que llegaría tarde, no se dio excesiva prisa en la cocina y, de hecho, tuvo que apagar el fuego para que no se quemara la comida. Si fuera necesario, la calentaría en el microondas. Se sirvió una copa de vino y ya iba por la segunda cuando su mujer entró en casa, repitiéndose el ritual de recibimiento canino.

Le dio un beso con desgana, cansada, y aceptó la copa que él le tendió.

—¿Un día duro? —preguntó.

—Bastante —respondió, quitándose los zapatos y reduciendo, como por ensalmo, su estatura unos cinco centímetros—. Hemos tenido que ir a ver el lugar de trabajo de tu cadáver. El banquero... ¡Oh! ¡Se me ha olvidado la leche!

—Ya lo he visto —sonrió él, encogiéndose de hombros—. La pillo mañana.

—Lo siento, pero tenía la cabeza en el caso...

—Desde mi punto de vista —dijo Javier—, es sencillo.

—Sí, desde tu punto de vista —asintió—. Pero resulta que el muerto estuvo en el banco donde trabajaba una hora antes de ser encontrado por la

Policía Local.

—¿Y?

—Que, tras entrar en la zona de las cajas de seguridad, se fue del banco sin dar ninguna explicación. —Lucía torció el gesto, dejando la copa vacía a un lado.

—Tendría prisa, no sé...

—Por eso hemos preguntado sobre si era un tipo normal o le iba hacer cosas por el estilo.

—¿Y? —preguntó Javier, llenándole la copa y rascando al cruce de terrier y podenco, que se había puesto a dos patas, apoyándose en su pierna.

—Era cuadrulado hasta la médula —dijo ella—. Ni una baja médica, ni una ausencia, ni una falta injustificada en todos los años en los que llevaba trabajando. Un empleado modelo, que nunca había dado ningún problema a nadie. Así que salir así, en medio de la jornada de trabajo, para ir a la otra punta de la ciudad, resulta curioso.

—Vaya. ¿Cenamos? En la autopsia no encontré nada raro, por cierto —mintió, pero sin que ella se diera cuenta, esperando que su mujer tuviera suficiente hambre como para sentarse a la mesa y dejar la conversación.

—Los de la Científica están trabajando en el callejón —dijo mientras sacaba los platos del armario—. Mañana tengo una reunión con ellos.

No hablaron más del trabajo durante la cena, perdiéndose en frivolidades,

y, cuando terminaron, Javier cogió a los dos perros para darles un paseo.

—Ahora traigo a Lúa. Me llevaré a Ren a correr un poco —dijo, calzándose unas zapatillas, para aprovechar que el calor había remitido algo a esas horas.

Lucía asintió, bostezando. Tenía ganas de echarse a la cama y se durmió enseguida, antes que volviera su marido; con sumo sigilo, este se echó junto a ella.

No obstante, Javier estaba desvelado. Había esperado que el ejercicio que solía hacer todas las noches le cansara, permitiéndole dormirse con rapidez, pero no fue el caso. Una y otra vez, las imágenes que había contemplado al rajar el cuerpo se reproducían tras sus párpados. La misma sustancia negruzca que le pareció haber visto en la superficie del cerebro inundaba, por completo, el interior del cuerpo del hombre, formando una especie de sopa en la que parecían flotar el corazón, los pulmones, el estómago... como órganos suspendidos en una piscina de petróleo, regados con sangre oscura y repugnante que desprendía un olor a podredumbre y goma quemada que se expandió por la sala de autopsias en cuanto realizó la incisión.

Si no le había dicho nada de esto a Lucía, era porque, cuando aún no se había recuperado de la impresión, un par de hombres altos, imponentes en sus caros trajes grises y de aspecto peligroso, entraron en la sala.

—No pueden estar aquí —consiguió decirles Javier, aunque con voz

trémula.

Por toda respuesta, ellos sacaron un par de placas identificativas que casi estamparon en la cara de forense.

Del Centro Nacional de Inteligencia.

Javier tragó saliva y no pudo pronunciar una palabra.

—Señor Ocón —dijo uno de ellos, el rubio con barbita y cara de rata—, lamentamos haber llegado tarde. Hubiéramos retirado el cadáver antes de que usted le practicara la autopsia.

—¿Es algo contagioso? —preguntó, asustado de veras, el forense.

—No, señor —contestó el agente de inteligencia, mientras el otro paseaba por la sala mirándolo todo—. No hay motivo de preocupación. El agente que ha provocado la muerte del señor Cruz se vuelve inerte en el momento del fallecimiento. Sin embargo, sentimos todo este inoportuno incidente. Un error burocrático ha hecho que acabase tendido en su mesa, doctor.

—En realidad, no tengo el doctorado —acertó a decir, y se sintió de inmediato como un estúpido. El agente del CNI asintió y lo miró casi con simpatía.

—Tendrá que firmar unos documentos —continuó, sacando del maletín que llevaba unos cuantos folios—. Se trata de un asunto de seguridad nacional, me temo, y no puede usted hacer partícipe a nadie de lo que ha visto.

—Pero es un caso en marcha —protestó con voz débil, pensando en que estaba asignado a su esposa por una de esas casualidades de la vida.

—No, no lo es —le contradijo, mientras quitaba el capuchón de una pluma—. Tendrá que firmar aquí —señaló un lugar en una hoja—. Y aquí.

Javier hizo de forma mecánica lo que le dijeron, como en un sueño. Se preguntó cómo y por qué había acabado teniendo tratos con agentes del servicio de inteligencia justo después de contemplar algo tan espeluznante como era el interior del muerto.

—Muy bien, señor Ocón —dijo satisfecho el hombre, guardando los papeles—. Ahora le pido que salga de aquí. Necesitamos una hora para limpiarlo todo. Nosotros nos encargamos.

Sin una palabra de protesta, Javier salió de la sala, su sala, sintiendo los ojos de los agentes clavándose en su espalda.

—¡Recuerde! —dijo el otro, que no había hablado hasta el momento—. Ni una palabra. Ni siquiera a su esposa Lucía.

Fue la gota que colmó el vaso. Que un par de desconocidos irrumpían en uno de los sitios que tomas por un santuario privado, te obliguen a hacer cosas sin dar explicaciones y, para terminar, lancen una especie de amenaza contra la persona a la que amas, es suficiente como para desarmar al más valiente. Se alejó lo más rápido que pudo, a grandes pasos, dispuesto a poner la mayor distancia posible entre él y esos tipos.

Aunque había sentido escalofríos, creía haber disimulado bastante bien frente a Lucía, y ella no había notado la comezón que aún sentía en su interior.

Solo una cosa le inquietaba: ¿Por qué el comisario había hecho ir a su mujer al banco, si el caso era del CNI?

Lucía y Samuel se reunieron con los investigadores de la Científica que habían examinado el callejón y se intercambiaron los papeles tras los saludos de rigor. Sentados en torno a la mesa de una de las salas de reuniones de la comisaría, los cuatro leyeron los informes con interés. Cuando Lucía terminó, apartó la carpeta y sacó la agenda manoseada, regalo de Javier de hacía un par de años, en la que tomaba notas de sus investigaciones. Se mojó los labios con la punta de la lengua y miró a la pareja frente a ella. Con Fermín había trabajado con anterioridad, un hombre serio y taciturno que fumaba un cigarro negro tras otro, lo que explicaba las manchas amarillentas en su bigote moreno, pero al otro no lo conocía. Era mayor que todos ellos, cercano a la edad de jubilación, de cara ancha y labios finos que parecían instalados a perpetuidad en una mueca despectiva. Se subía las gafas, gruesas, una y otra vez, ya que la montura resbalaba hacia abajo en su fina nariz, y todo en él daba la impresión de estar en un sitio que no le agradaba en absoluto, removiéndose en la silla y jugueteando con los puños de su camisa rosada.

—En el escenario —dijo Fermín, encogiéndose de hombros— había poca cosa, la verdad. No hallamos sangre ni armas, ni nada aprovechable.

—¿Y los agentes que lo encontraron? —preguntó Lucía.

—No creo que nuestros amigos de la local metieran la pata y lo contaminaran —contestó él—. Y no añadieron nada a lo que habían declarado. Tendremos que esperar al informe de la autopsia para...

—¿No lo tienen aún? —preguntó Lucía, extrañada. Dio por supuesto que Javier lo había hecho el día anterior.

El otro investigador, que se había presentado al principio de la reunión como Pedro Uricio, negó con la cabeza.

—Un momento —dijo Lucía levantándose y yendo hacia la puerta.

Se dirigió a los cajetines donde se colocaba el correo interno del personal y miró en el suyo, que estaba vacío. El de Samuel, sin embargo, presentaba una de las carpetas anaranjadas que se usaban para contener los documentos y lo sacó, comprobando que quien lo remitía no era Javier. Intrigada, vio que procedía de la Sección Forense, pero la letra no era la de su marido. Mientras volvía a la sala de reuniones, sacó un único folio al que le habían grapado un par de fotografías del muerto, y sus ojos se deslizaron de inmediato a la firma del informe, una serie de letras que, con imaginación, permitían leer el nombre de María, o Marta, quizá.

Pensativa, dejó el informe sobre la mesa.

—Estaba en tu cajetín, Samuel —dijo.

—Curioso —Fermín se rascó el mentón—. Lo normal es que nos lo hubieran pasado a nosotros.

Leyó el informe en voz alta, y todos concluyeron en que seguían igual que antes. La muerte había sido debida al traumatismo producido por un fuerte golpe en la cabeza, efectuado con un instrumento romo tal y como había dicho Javier la tarde anterior, y la lividez, el estancamiento de la sangre y la coloración indicaban que había sido asesinado en el lugar del hallazgo.

—La hora de la muerte aproximada —reflexionó Lucía— encaja con lo que averiguamos en la sucursal. La víctima murió después de que lo vieran por última vez en el banco, entre las once de la mañana y las doce, que fue cuando lo encontraron en el callejón. Lo que no sabemos es por qué dejó su lugar de trabajo y lo mataron a media ciudad de distancia.

—¿Un asunto que salió mal? —aventuró Fermín.

Lucía no supo qué contestar.

—Interrogaremos a los trabajadores del banco.

—¿No estuvieron ayer? —preguntó Pedro, enarcando una ceja.

—Sí —contestó ella—, pero por la tarde. Podemos mirar las cintas de seguridad, ya que estamos. Iremos ahora, antes de la hora de la comida —concluyó, levantándose.

—Quizá —el investigador no quería dar por terminada la conversación, y

levantó las manos para llamar su atención— sería interesante también repasar el lugar cercano al callejón.

Samuel hizo un gesto de fastidio. Si examinaban los dos lugares, no llegaría al partido para el que había comprado las entradas hacía más de un mes.

—Buena idea —dijo Lucía, y las esperanzas de Samuel de ver un festival de fútbol se extinguieron por completo—. Nosotros nos encargamos.

—Sí, por favor —agradeció Fermín, tendiéndole la mano—. Tenemos tres escenarios que procesar aún. Con este maldito calor, la gente se vuelve loca perdida.

Lucía asintió y se despidieron.

—¿Y cómo es que el informe no era de Javier? —preguntó Samuel, con ojillos aviesos. Como ella, había visto que la firma no era de su esposo, pero no había dicho nada.

—No lo sé —contestó ella, haciendo un mohín—. Ya le preguntaré luego.

Su segunda visita al banco les aportó lo que Lucía había esperado: nada nuevo. A pesar de hablar con unos cuantos trabajadores sobre la víctima, no sacaron nada que pudieran utilizar en su investigación y las cintas de seguridad fueron otro callejón sin salida. Después de hacer la parada para comer, se acercaron al callejón donde se encontró el cuerpo.

—La Policía Local —resumía Samuel leyendo las notas tras bajar del coche patrulla—, lo encontró allí.

Señaló un lugar entre dos contenedores de basura y Lucía miró las fotografías que se habían tomado. En efecto, en una de ellas aparecía el muerto tirado, hecho un guiñapo, en el interior de la zona acordonada y señalada como escena del crimen. Pasaron por debajo de las cintas y avanzaron con pasos cortos para evitar cualquier posible contaminación de la escena pese a que ya había sido procesada.

Lucía se acuclilló y miró el suelo, arrugando la nariz ante el hedor que salía de la basura que desbordaba el contenedor a su derecha. El callejón era estrecho, y las casas se alzaban amenazadoras, rodeándolo con agresividad, proyectando sombras oscuras que hacían bastante difícil distinguir algún detalle sin una linterna incluso en pleno día.

Un gato maulló al fondo y Samuel encendió un cigarro. El sonido del tráfico, los ruidos de la gente, llegaban tan amortiguados que pareció que el sonido de la piedra del mechero chasqueando alcanzaba la intensidad de un disparo.

—Es un sitio muy bonito —ironizó el policía, sacudiendo el pie que había metido en un charco que era con mayor probabilidad de orina que de agua.

Quizá fuera el calor, pero Lucía tenía la mente embotada. El caso le parecía plagado de interrogantes cuyas respuestas se le escapaban.

No sabía qué pensar, ni cómo acometer la investigación.

Se sentía como una novata, otra vez.

—¡Eh! ¡Oigan! —gritó una voz desde el fondo de la calle, y Samuel se atragantó con la bocanada de tabaco que acababa de aspirar.

—¿¡Qué coño!?! —exclamó.

—¡Eh! ¡Eh! —repitió la voz, y una figura comenzó a acercarse. Lucía apuntó con la linterna y el cono de luz descubrió a un hombre vestido con un chándal andrajoso, viejo y desgarrado por varios sitios. El sin techo, con una barba castaña desmañada y un pelo sucio y grasiento, se acercaba encorvado, cojeando un tanto de su pierna derecha.

—¡Alto, señor! —advirtió Lucía, mientras su compañero farfullaba algo acerca de un susto de muerte—. ¡Esto es la escena de un crimen! ¡No debería estar aquí!

Se dio cuenta de que la mano se le había deslizado a su pistolera, y decidió no apartarla pese a que dudaba que el tipo resultara una amenaza.

—¿Están aquí por lo del tío gordo? ¿El muerto?

Los dos policías se miraron y sonrieron. Con suerte, habían encontrado un testigo. Lucía se acercó hacia él, con Samuel a su espalda.

—¿Sabe algo de eso, señor? —le preguntó, cuando estuvo a dos pasos.

—Bueno... —El sin techo se rascó la barba produciendo un sonido rasposo, y Lucía tuvo la impresión de que, en cualquier momento, saltarían

piojos del matojo de pelo—. Sí, a lo mejor. Es posible, sí.

—Señor. —Lucía puso su voz más profesional y, a la vez, autoritaria—. Debo advertirle que, si sabe algo, es un delito no colaborar con la policía en la investigación de un delito.

—Se llama obstrucción a la justicia —apostilló Samuel.

El hombre se les quedó mirando, sonriendo con la cabeza inclinada, y sacó una petaca del bolsillo comenzando a desenroscar el tapón con parsimonia.

—¿No me daría un cigarro, jefe? —preguntó.

—Quédatelo —respondió Samuel lanzándole el paquete, casi lleno.

—Gracias, jefe. Muy amable. ¿Así que un delito, eh? No quiero cometer yo uno; no señor. Así que pregunten, pregunten.

—Bien —dijo Lucía sonriendo y pasando las hojas de su libreta hasta llegar a una en blanco—. Eso está mejor. ¿Vio algo de lo que sucedió aquí ayer? ¿Vio a alguien?

—¡Oh, no, no! —respondió, haciendo exagerados gestos de negación con las manos—. Yo no ví nada.. —Lucía puso gesto de fastidio, pero antes de poder decir nada, el hombre continuó—: Un amigo mío lo vio, ¿sabe? Lo vio y dice que ahora ya no quiere esta calle, así que me la he quedado, je. Es mía, la calle esta.

—Perfecto. —Lucía apoyó la punta del bolígrafo sobre la agenda—. Y su nombre, por cierto, es...

—¿Cuál? ¿El mío? ¿El de mi amigo? Va a ser que no, jefa. Yo le digo lo que sé y santas pascuas, ¿eh?

Samuel miró a Lucía y se encogió de hombros.

—Está bien —ella suspiró y recogió la libreta—. Hable.

—A ver, la cosa fue así: Resulta que mi colega estaba aquí ayer, durmiendo la mona, y le despertaron unos gritos. Por suerte para él, estaba bajo unos cartones, así que no se fijaron en él. El caso es que el gordo gritaba algo sobre dinero, pero el otro no decía nada. Tenía mucho miedo. El gordo, no el otro. El otro estaba callado y, tras un rato, parecieron terminar la bronca y el gordo se iba a ir, pero... ¡Zas! El otro tipo va y le da un golpetazo en la cabeza y el gordo se cae al suelo. Seco.

—Ya veo —los dos policías volvieron a mirarse—. Y sobre ese otro tipo...

—¿El asesino? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió Lucía—. ¿Cómo era? ¿Se lo describió su amigo?

—Pues el caso es que le chocó, porque el tío era muy curioso. O sea, le faltaba el brazo izquierdo, ¿sabe? Llevaba la manga de la camisa sujeta aquí, en el codo —el hombre hizo gestos para recalcar su explicación—. Y era un magrebí, ya que estamos.

Lucía esperó a que dijera algo más, pero el sin techo comenzó a andar hacia atrás, en dirección al lugar del que había salido antes.

—¿Nada más, señor? —le preguntó.

—¡Eh! —dijo él—. Yo ya he hecho mi parte, jefa. Eso es todo lo que sé, y yo no he hablado con vosotros.

Samuel se quitó la gorra suspirando, y se echó el pelo hacia atrás.

—Bueno, ya sabemos algo más —dijo, dirigiéndose al coche, aunque Lucía se quedó mirando al sin techo hasta que se confundió con las sombras del fondo del callejón. Mordiéndose el labio, como siempre que pensaba, apagó la linterna y fue tras Samuel. El rugido del motor al arrancarlo pareció devolverla a la realidad, pues consideraba que el encuentro había sido...

—¿Qué opinas? —le preguntó a Samuel.

—Que ya sabemos algo más —insistió este.

Puso marcha atrás pero no movió el coche todavía, haciendo que Samuel la mirara inquisitivo.

—Esto cada vez me gusta menos —dijo Lucía.

—¿Por?

—El sospechoso... muy raro.

—¿Es que no hay moros mancos? —preguntó él, riéndose.

—Fíjate, tú lo has dicho: moros. Lo normal es que se hable de árabes, musulmanes, marroquíes... Pero magrebíes... es una palabra demasiado específica, demasiado... culta para un sin techo. —Lucía, entonces sí, comenzó a mover el coche—. Pero, además, hay otra cosa que no me cuadra.

—Tú dirás. Tú eres el cerebro.

—Sí, eso es verdad —contestó ella sonriendo—. ¿Tú lo has olido?

—¿Al vagabundo? Pues no.

—Exacto. No. No olía a basura ni a suciedad. No olía como alguien que vive en la calle y viste ropas hechas unos zorros.

Antes de terminar el turno, volvieron a la comisaría con tiempo suficiente como para rellenar el informe diario y entregárselo al comisario. No se había sentado siquiera en su mesa, cuando sonó el teléfono; la pantalla mostraba la extensión interna de recepción.

—Dime, Rosa —contestó Lucía al descolgar.

—Está aquí tu marido —le dijo ella.

—¿Eh? —Lucía sacudió la cabeza y miró el reloj. Javier tenía que estar abajo, en la zona forense, y si quería hablar con ella, con subir las escaleras bastaba... No, ya sabía lo que pasaba—. Es mi exmarido, Rosa.

—¡Ah, perdona! —se excusó, y Lucía creyó sentir la vergüenza de la mujer.

—No pasa nada. Voy para allá.

Dejó a Samuel al cargo de la redacción del informe, que bufó mientras contemplaba el partido en su móvil; al final, había regalado su entrada a un compañero. Lucía se dirigió a la entrada. Fernando, alto, atractivo y vestido de forma impecable como siempre y, como siempre también, con una

sonrisita de superioridad en su cara, estaba esperándola. Junto al hijo de ambos, al que Lucía besó con todo el amor que pudo, si bien no obteniendo la misma muestra de cariño a cambio.

—Vaya, Fernando —dijo Lucía con sarcasmo, tras un pequeño abrazo a Guillermo. Arrodillada, para estar a la altura de su hijo, no dejó que la posición la subordinara a su exmarido y, con voz dura, dijo—: Estás más moreno que la última vez que nos vimos. ¿Vas mucho a rayos?

—Pues en realidad —dijo él con retintín mientras Rosa, la recepcionista, intentaba esconderse tras el mostrador y hacerse más pequeña de lo que en realidad era—, ha sido el sol del Caribe. Estuve de crucerito la semana pasada.

—Crucecito. Ya. —Lucía puso los ojos en blanco al levantarse. A su exmarido le encantaba restregarle la cantidad de dinero que ganaba trabajando como corredor de bolsa. Todo un personaje de *Wall Street*—. ¿Y a qué se debe el honor?

—Mañana salgo para Riga —soltó a bocajarro—. Una importante reunión. Lucía ya veía por dónde iba el asunto.

—Y no puedes cuidar del niño, claro. —Guillermo, el aludido, levantó la cara del móvil y miró a su madre un instante, como si hasta ese momento no hubiera reparado en su presencia pese a las muestras de cariño de ella. No quería montar una escena ahí, en su trabajo, y estaba cansada tras patear la

ciudad todo el día, así que cedió con rapidez, provocando que su ex enarcara una ceja con sorpresa—. Está bien. Me organizaré con Javier para poder cuidar de Guille.

—Perfecto. —Fernando pareció a punto de ponerse a dar palmadas—. Pues todo arreglado. Eres un amor, de verdad, Lucía.

—Ya. Guille, te vienes a casa conmigo.

El niño volvió a levantar la vista y recibió con cierta apatía el beso de su padre en la mejilla, sin escuchar lo que le decía a modo de despedida, absorto por completo en la musiquilla y las explosiones que salían de su mundo reducido a una pantalla de unas pocas pulgadas.

En un momento, Fernando había desaparecido, y Lucía tocó con suavidad el hombro a su hijo.

—Vamos, Guille —le dijo, suspirando—. Mamá tiene que terminar su turno, pero enseguida nos vamos a casa.

Samuel pareció el adulto más contento hasta el momento con la presencia de Guillermo y lo recibió con risotadas. De hecho, el niño incluso apagó la consola, y Lucía se preguntó si no podría contratar a su compañero como cuidador. Organizaba su vida, y la de Javier, con respecto a las semanas en las que tenía y no tenía la custodia, pero Fernando era muy dado a hacer lo que acababa de hacer: saltarse con alegría su obligación para con Guillermo y dejarle a ella con una situación en la que tenía que improvisar. En el fondo,

no se quejaba, pues así tenía a su hijo más tiempo para ella, pero no dejaba de ser un incordio que tuviera que pedir una y otra vez favores en el trabajo para cambiar turnos y poder así estar con el niño.

—¿Tienes el informe hecho? —Samuel le tendió una hoja recién impresa, calentita, y ella le echó un vistazo metiéndola después en la carpeta con todos los demás documentos—. Bien, pues me voy a ver al comisario. No le pierdas de vista.

—Por supuesto que no —respondió Samuel, poniéndose los dedos frente a los ojos como si llevara prismáticos y mirando a Guillermo, que se rio con ganas.

Como el despacho del comisario estaba cerrado, con las cortinas corridas, llamó un par de veces pidiendo permiso y, cuando desde dentro la voz, dura, seca, de Aguilar preguntó quién era, contestó:

—Lucía Utrilla, señor. Traigo el informe del caso...

—Sí, pase, adelante —contestó, sin dejarle decir el número del expediente.

En el interior, dos hombres se giraron para verla entrar. Uno de ellos le produjo una inmediata sensación de desagrado, al mirarla con unos ojos azules y gélidos incrustados en un rostro ratonil, mientras que el otro pareció dispuesto a obviarla por completo, sin hacer siquiera un ademán con la cabeza cuando el comisario dijo:

—Esta la oficial encargada del caso, precisamente. Siéntese, por favor.

Lo había dicho como una cortesía, pero Lucía miró en rededor buscando un asiento vacío, sin éxito.

—Siéntese aquí, por favor —dijo el de cara de rata, levantándose y abrochando el botón superior de su americana gris.

—Es igual, no importa —comenzó ella.

—A ver, deme el expediente —interrumpió el comisario, tendiendo la mano—. ¿Ha habido algo nuevo hoy?

—En realidad sí, señor. —Lucía se guardó para sí las inquietudes con respecto a la muy afortunada aparición del sin techo y contó su encuentro en el callejón de forma objetiva. Se fijó en que su relato producía una sonrisa de satisfacción en los dos hombres trajeados.

—Es lo que nos imaginábamos —comentó, por fin, el que se había quedado sentado, volviendo su cara hacia ella—. Señora, el caso es, oficialmente, un asunto del CNI.

—¿El CNI? —preguntó ella, atónita.

—Son Rebollo y Sanz. —Por fin, el comisario los había presentado y Lucía dejó de pensar en ellos como el Rata y el Callado—. Y sí, son agentes del CNI.

Lucía no supo qué decir y se limitó a estrechar las manos de los hombres. Rebollo, el que estaba de pie por haberle cedido su asiento, lo hizo en segundo lugar y, cogiendo el expediente, sonrió diciendo con voz que

pretendía ser amable y obsequiosa:

—Oficial, ha hecho un gran trabajo. Se lo agradecemos. Pero ahora, nuestras sospechas se han visto confirmadas y nos enfrentamos a una cuestión de terrorismo yihadista. A partir de aquí, nos encargamos nosotros; les damos a todos las gracias por su excelente...

—¿El manco es un terrorista? —soltó de improviso ella, haciendo que Rebollo se quedara boquiabierto.

—Así es, oficial. Y por eso queda bajo nuestra jurisdicción. —Mostró una amplia sonrisa, recuperándose tras el exabrupto de Lucía.

La policía no era novata ni tonta, así que supo que la estaban intentando engañar como a una niña. Había demasiadas cosas que no le gustaban, desde la firma del informe forense a la muy oportuna aparición de un testigo. Sin contar con que un asesinato no era objeto de investigación de la inteligencia española. Pero, a pesar de ser por completo consciente de ello, tampoco quería enfrentarse con la jerarquía. Ni era su trabajo, porque su superior había asentido ante las palabras del hombre del CNI: no había más que hablar. Y, como guinda, estaba su siempre profesional comportamiento con respecto a las normas; si era una cuestión de terrorismo, su ego y sus sospechas de un montaje para quitar el caso de sus manos eran algo secundario.

Por todo ello, asintió:

—Muy bien, señor —se dirigió al comisario y, luego, a los agentes de

inteligencia—. Todo suyo, señores.

Salió sonriendo, pensando que, en realidad, si le hubieran dicho que su parte en el caso se había acabado sin darle explicaciones, ella se habría encogido de hombros y lo habría acatado sin más. Todo un detalle que montaran ese paripé.

—¿Qué? —preguntó tras tirarse en su silla, que chirrió al arrastrarla, a su hijo, absorto en el partido con Samuel—. ¿Cómo van?

—Pues mal —respondió su compañero—. Ya les han metido dos.

—Ah. —Lo cierto es que no le importaba lo más mínimo. Contempló a su hijo. Guillermo era un caso de niño con padres separados de manual, por desgracia. Cuando Fernando y ella habían decidido poner fin a siete años de matrimonio, el pobre se había ido retrayendo cada vez más... siempre que estaba en presencia de ambos padres. A sus seis años, ya tenía la suficiente capacidad para castigarlos con un hosco silencio y unas maneras abruptas, y había que dejarle un rato a su aire para que se comportara con Lucía de una manera que se pudiera decir normal. Una forma de ser que para nada mostraba con el resto del mundo. Con Javier, de hecho, se llevaba a la perfección, como si fuera su padre de verdad... o un amigo muy querido, compartiendo horas en la consola y viendo películas.

De hecho, estaba segura de que las amiguitas de su exmarido recibirían más sonrisas de Guillermo que ella.

Y eso que Fernando y Lucía ni siquiera se habían levantado la voz en los momentos más tensos del proceso de divorcio. Había sido una ruptura limpia, negociada, sin sangre ni maldad, y si bien a Lucía le fastidiaba la irresponsabilidad que Fernando mostraba en muchas ocasiones para con su hijo, no habían tenido grandes discusiones al respecto.

Según el reloj, faltaba solo media hora para terminar su turno, así que se dedicó a mirar papeles con aire distraído, escuchando los juramentos por lo bajini de Samuel cada vez que uno de los jugadores de su equipo metía la pata.

Javier se mostró encantado de tener, por sorpresa, al chaval en casa. Ambos cantaron haciendo un karaoke improvisado, y malísimo, de uno de los compactos infantiles que llevaban en el coche para cuando Guille iba con ellos. Mirándolos mientras conducía, Lucía se felicitó porque, aunque aún faltaba un rato para que su hijo dejara de hablarle solo con monosílabos, parecía un niño normal.

Más o menos.

Otra cosa que le encantaba a Guillermo eran los perros. Lucía se permitió una pequeña sonrisa mezquina de victoria al pensar que Fernando no tenía ninguno.

—¡Ren! ¡Lúa! —gritó emocionado cuando los dos animales saltaron en

derredor suyo, alborozados, lanzando ladridos de alegría y recibiendo felices las caricias de Guillermo. El niño jugó con ellos mientras Lucía encendía el horno para calentar un par de pizzas congeladas y se desvestía en el dormitorio.

Contempló su figura en el espejo tras quitarse el sujetador. Seguía siendo atractiva, y su cuerpo, gracias al ejercicio moderado y una alimentación sana, era atlético, delgado pero fibroso. Se tocó, sonriendo con cierta tristeza, la cicatriz en su abdomen, recordatorio de la cesárea a la que tuvieron que someterla para poder dar la vida a Guillermo en un parto complicado. El niño estaba enredado con el cordón y venía de espaldas, así que no había quedado otra.

—Estás preciosa —dijo, desde la puerta, Javier, y ella se cubrió, modosa, los senos, sonriendo con picardía.

—No sigas por ahí —le advirtió, agitando una mano—, que tenemos que cenar.

—Bien —dijo él, cerrando la puerta y acercándose a ella—. Quizá luego.

—Sí. —Lucía depositó un suave beso en sus labios al tiempo que le apartaba con suavidad, poniendo una mano en su pecho—. Quizá luego.

Tras engullir las pizzas y dar una vuelta a los perros, Lucía se quedó en casa con Guillermo. El niño encendió la *Playstation* y cargó un juego de acción en primera persona, de tiros y más tiros, lo que hizo que chasqueara

los labios, desaprobadora.

—Si quieres que juegue contigo —le dijo, con lo que Guillermo volvió su carita hacia ella—. Tendrás que poner un Lego.

El niño se rindió. Su hosco comportamiento terminaba por arte de magia en el momento en que había que coger los mandos de la consola, y cambió el disco.

—Vuelvo en media hora o así —dijo Javier encaminándose a la puerta, antes de salir para su sesión de *running* nocturna.

—¡Ah, oye! —recordó de improviso Lucía—. ¿Por qué no terminaste el informe forense de... lo de ayer?

Se resistía a hablar de muerte real y de las cosas que veía en su trabajo delante de su hijo, aunque quizá en esos juegos había más sangre y tripas que en el mundo.

—¿El qué? —Javier estaba en el umbral, con aire sorprendido, y aunque Lucía no podía ver su cara porque la puerta del salón no ofrecía el ángulo para ello, detectó que su voz se trababa—. Ah, lo del... banquero. Sí, bueno, hice los preliminares.

—Pero no lo firmaste —continuó ella.

—No.

Por un momento, ambos callaron. Impelido por la necesidad de decir algo más, Javier dijo:

—Lo firmó el jefe del Departamento Forense. Bueno, me voy a corretear —terminó, con voz alegre en la que había mucho fingimiento.

Lucía se extrañó. Un nuevo interrogante venía a sumarse a algo que, en realidad, ya no era de su incumbencia. La firma no era del jefe de Javier, como ella bien había visto.

Pero la musiquilla que indicaba que el juego ya había arrancado la sacó de sus pensamientos y la transportó a un mundo de colores y sonidos diferente.

Tras un buen rato aporreando los mandos, Lucía miró el reloj. Había pasado bastante tiempo y Javier no había vuelto. Inquieta, lo llamó al móvil, pero él lo había dejado en la mesa de la cocina, desde donde le llegaron las notas de *I wanna rock*, la sintonía de llamada que había personalizado para ella. Era lo normal, pues llevar el teléfono en el bolsillo de los pantalones cortos que usaba para correr podía suponer que el móvil se cayera al suelo. Como él decía, prefería un rato incomunicado a tener que comprar otro nuevo.

Quizá se había encontrado con algún conocido.

Pero, cuando los minutos siguieron pasando y la ausencia de Javier ya suponía un par de horas, comenzó a preocuparse de veras. Mandó a su hijo a la cama y emprendió una tarea de vigilancia desde las ventanas de su cuarta planta, contemplando la calle hecha un manojo de nervios.

El barrio era residencial, al norte de la gran ciudad en la que vivían, muy tranquilo, de parejas jóvenes y sus niños, con poco tráfico pasadas las diez de la noche y muy escaso índice de problemas a excepción de algunos críos revoltosos que hacían pintadas en las paredes.

Por su cabeza empezaron a desfilar imágenes que la colmaron de miedo. ¿Había tenido un accidente y le habían atropellado? ¿No sería uno de esos horribles casos de muerte súbita que daban a la gente mientras hacía deporte? ¿O era algo más siniestro?

Su mente de policía, siempre proclive a pensar en el lado funesto de las cosas, comenzó a dibujar escenarios macabros y pesimistas. A las doce de la noche, cuando Javier ya llevaba tres horas fuera de casa, no pudo aguantar más y llamó a la comisaría.

Utilizó todos los recursos que, como policía, tenía a su alcance, y encontró un cierto consuelo en las promesas que le hizo el comisario de guardia. Quiso creer que se encargarían de todo y agradeció las palabras que le dijeron, buscando calmarla.

Era tal su estado de ansiedad que estaba segura de que no iba a pegar ojo. La tensión y el cansancio, la excitación y el miedo, la mantenían en un estado hiperactivo, aunque fuera consciente de su incapacidad de hacer nada. No podía salir a las bravas a la calle y empezar a buscarlo, no, con su hijo en casa. Acabó, tras numerosos paseos pasillo arriba y abajo, en la puerta de

Guille y, llorando, se tumbó en la cama junto al niño, que se removió inquieto en sueños. Sentía un miedo como nunca antes en su vida, hasta que, un tanto reconfortada por el calor del cuerpo infantil, se quedó dormida.

CAPÍTULO DOS

Pese a que el protocolo de búsqueda de personas desaparecidas no era ese, se trataba no solo del marido de una compañera, sino también de un compañero de la comisaría, así que la policía trabajó toda la noche en el barrio de Lucía y Javier, buscando cualquier pista que les llevara a la localización del mismo. Poco después de amanecer, el comisario Aguilar llegó a su casa y, con gesto de preocupación, preguntó a la mujer qué tal se encontraba. Ojerosa, pálida y cansada, Lucía ofrecía una visión lamentable, aunque se permitió una sonrisa de agradecimiento cuando su superior le dijo que cogiera toda la semana de permiso. Antes de irse a comisaría para despachar ciertos asuntos urgentes, le prometió que ellos se encargarían de todo. Que encontrarían a Javier.

Como tampoco se encontraba con fuerzas para llevar a su hijo al colegio, se puso en contacto con la joven a la que, cuando había necesidad, pedía que cuidara de Guillermo, excusándose por lo repentino de la petición. Cuando colgó el teléfono, dos técnicos de la policía comenzaron a instalar el equipo que les permitiría rastrear cualquier mensaje, fuera telefónico o informático, que se recibiera en la casa.

Lucía preparó cafés, que los demás agradecieron.

Samuel llegó un poco más tarde.

—¿Cómo estás? —preguntó, tras abrazarla con afecto, sintiéndose un poco estúpido por la perogrullada.

—No lo entiendo, Samuel —contestó ella, ahogando las lágrimas—. ¿Quién puede querer nada de nosotros?

—Lo encontraremos —le prometió—. No te preocupes.

Con mucho tacto, dejaron que pasara un rato hasta hacerle las preguntas oficiales de una investigación de ese tipo, y fue el propio comisario, una vez volvió, quien le puso al corriente:

—Oficial... Lucía —la tuteó, cogiéndole las manos para ofrecerle algo de consuelo—, los agentes que han peinado el barrio han encontrado algo.

La cara de Lucía se iluminó pero, de inmediato, una sombra de mal augurio le cruzó los ojos y temió que las noticias no fueran buenas.

—¿Está...?

—No, Lucía, no hemos encontrado a Javier, pero estamos en el buen camino, creemos. A tres manzanas de aquí, al lado del parque, un vecino vio una furgoneta parada bastante rato antes que anoheciera. El único vehículo en una zona en la que no se puede aparcar.

—¿Cerca del riachuelo? —Lucía se refería al pequeño curso de agua artificial que atravesaba el pequeño parque, partiéndolo en dos, hasta llegar a un bonito lago plagado de patos.

—Ahí mismo, sí —confirmó Aguilar—. No tenemos la matrícula, pero sí

el modelo y el color.

—Algo es algo —suspiró Lucía con resignación.

—Tenemos a todo el departamento en ello. Antes que te des cuenta, lo tendrás en casa de vuelta.

—Eso espero —deseó Lucía, sintiendo de nuevo que las lágrimas querían aflorar.

A la hora de la comida, la casa se vació casi por completo. Solo quedó uno de los informáticos, pues los demás habían bajado a picar algo. Lucía no tenía hambre y se recostó en la cama, con un dolor de cabeza terrible. Le había estado palpitando la sien derecha desde hacía un par de horas y comenzaba a ver puntitos negros en el campo periférico de su visión, muestra inequívoca de una cercana migraña como las que, hasta que tuvo a Guillermo, habían sido muy normales en ella.

Solo faltaba que le volvieran las jaquecas, unos dolores tan fuertes que le hacían vomitar y apretar los dientes hasta que le dolían.

Por fortuna, se durmió enseguida, dejando que las nieblas del sueño se llevaran lejos el dolor.

Y soñó.

Javier recuperó la consciencia poco a poco, sintiéndose como si fuera

ascendiendo con lentitud desde el fondo marino, atenazado por una languidez atontecedora. Se dio cuenta de que una tela cubría sus ojos con fuerza, y el mundo fue llegando poco a poco a él mediante el sentido del olfato.

Había en el ambiente un hedor acre, como a excrementos, y la humedad que le bajaba por las piernas le hizo ver que se trataba de su orina y sus heces. En algún momento, había perdido el control de los esfínteres y, pese a todos sus años de experiencia rebuscando entre las entrañas de los muertos, oliendo a sangre y bilis, el pensar en estar bañado en su propia mierda le provocó una arcada.

El violento movimiento de cabeza le produjo un dolor terrible en la nuca, y entonces se percató de que tenía el cráneo inmovilizado, que unos hierros mantenían su cuello erguido de tal forma que su barbilla apuntaba hacia arriba.

Lo siguiente que notó fueron los brazos. O, mejor dicho, la falta de sensibilidad en ellos. Notaba un adormecimiento que le nacía en el hombro, y entendió que le habían administrado un potente sedante.

Unas correas en torno a su torso y sus piernas lo inmovilizaban en una silla de metal, y el frío en su piel le reveló que estaba desnudo.

Entonces lo recordó.

Se vio a sí mismo corriendo, al lado de una furgoneta azul cuya puerta lateral se abrió en el momento en que pasaba y, luego, un pinchazo en el

costado... ¿una pistola eléctrica, quizá? Era posible. Cayó al suelo, golpeándose las rodillas y, mientras permanecía a cuatro patas... una sombra... o dos... llegando hasta él por detrás y colocándole un pañuelo en la boca.

Sí, así era.

Lo habían secuestrado.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó, asustado al descubrir cuál era su situación—. ¿¡Hay alguien!?! ¡Eh! ¡Oigan!

Un chirrido metálico le hizo callar. Por instinto, movió la cabeza hacia la derecha, en la dirección de la que provenía el sonido, sintiendo de nuevo un dolor que le hizo gruñir. Imaginó que había sido una puerta al abrirse.

Pasos que se acercaban.

Javier se quedó callado, no sabiendo qué hacer o decir.

Los pasos se pararon justo a su lado, y sintió unas manos trasteando en la parte posterior de su cabeza, provocándole un movimiento de esquiva que no le condujo a nada.

La gruesa venda cayó en su regazo y contempló un techo de pesadilla.

La habitación era con toda probabilidad un sótano, lóbrego, húmedo y plagado de penumbra apenas rota por un par de bombillas que colgaban, precarias, de hilos de cobre. Pese a ello, Javier pudo atisbar los detalles de la pintura que alguien, un demente, había hecho sobre la plana techumbre, una

colección de horrores monstruosos y retorcidos que se regocijaban en los más depravados actos que se podían cometer sobre la carne humana. Javier vio escenas de violaciones, asesinatos y canibalismo salvajes fruto de una mente enfermiza que, con maníaco empeño, había sustituido el buen hacer con el pincel por la más desasosegante plasmación de sus asquerosas obsesiones.

Las luces de las bombillas titilaban, haciendo que las imágenes parecieran moverse, y Javier cerró los ojos, no queriendo contemplar más el horroroso fresco.

Una mano fría, húmeda, se posó en su pecho con fuerza.

—Abre tus ojos, querido —dijo una voz que parecía sofocada tras una máscara y, como Javier no obedeció, la otra mano de su secuestrador golpeó, con la mano abierta, su frente.

Abrió los párpados, tal y como le exigían.

Giró los ojos hacia el lugar de procedencia de la voz y vio una figura cubierta con unos ropajes que le hicieron pensar en los monjes de la Edad Media, una basta túnica de color pardo, de lana, cuya capucha estaba caída sobre la espalda, mostrando una cara oculta tras una máscara de hierro que presentaba decoraciones geométricas labradas en su superficie, con unas rendijas pequeñas para los ojos marrones que se vislumbraban tras ellas. De inmediato, la percepción de Javier quedó atrapada por los intrincados diseños de la máscara, que parecieron fluir produciendo dibujos que se desplegaron

desbordando los límites de la propia máscara, expandiéndose hacia allá, más allá...

—¡Alto! —ordenó el hombre de la túnica—. Aún no puedes perderte. Primero tienes que cumplir tu cometido.

Javier balbuceó, intentando hablar, pero solo un chorro de saliva salió de su boca.

—Te prometo —seguía diciendo el desconocido— que todo esto puede terminar muy pronto. Solo tienes que decirme lo que quiero.

—¿Qué... qué quiere? —logró preguntar con un gran esfuerzo.

—La semilla. ¿Dónde está?

Javier parpadeó. ¿La semilla? ¿A qué se refería ese loco?

—El muerto —dijo, como aclarando sus anteriores palabras—. El muerto que estuvo en tu mesa, señor forense. ¿Dónde está el muerto?

La visión del cadáver abierto, el líquido negruzco en su interior y los agentes del CNI acudieron a su mente. De eso se trataba. Hizo las conexiones con rapidez, y las imágenes de decapitaciones y torturas de los *muyahidines* se agolparon haciéndolo gemir de miedo.

—No lo sé... —Javier temblaba—. Se lo llevaron, lo juro...

La máscara se giró un poco, contemplándolo de forma ladeada, y permaneció unos instantes así, como pensando en lo próximo que decir.

—Verás —dijo, por fin—, cuando alguien está a punto de ser sometido a

tortura, la primera fase es quebrar su voluntad diciéndole lo que se le va a hacer. Personalmente, es un momento que me aburre. Prefiero la acción a las palabras... porque la actuación es lo que, definitivamente, cambiará el mundo, por encima de todas la cháchara, de todas las ideas.

Extendió las manos hacia la parte posterior de la cabeza de Javier y soltó un remache, permitiendo que el ingenio que le apresaba la cabeza se aflojara, aunque aún seguía obligándolo a mirar hacia arriba. Antes de soltar el segundo remache, el secuestrador dijo:

—Podría decirte que te voy a cortar algo muy querido para ti, pero eso nos llevaría un tiempo que no quiero perder.

El segundo remache cayó y la cabeza de Javier se desplomó sobre el pecho, el cuello dolorido por la posición tan forzada que había soportado durante horas, y se fijó en que su mano derecha no estaba en su sitio, *habiendo sido sustituida por un vendaje sanguinolento que cubría un muñón.*

—Y ahora —dijo, casi riendo, el hombre de la máscara—, te haré unas preguntas.

Javier comenzó a gritar.

El comisario Aguilar revisaba los papeles de un expediente con desgana, pasando las hojas llenas de anotaciones sin prestarles excesiva atención. Su mente volvió de nuevo al caso de Javier, el forense, el marido de Lucía.

Contraviniendo la ley, encendió un cigarro y se asomó a la ventana para evitar que el humo se quedase en el despacho, exhalando un jirón grisáceo que se difuminó poco a poco en el soleado principio de la tarde. Miró el reloj. El siguiente turno estaba a punto de entrar en casa de Lucía y, aunque no quería hacerlo, tenía que dar una serie de órdenes.

Aplastó la colilla contra el antepecho, dejando una marca que se vino a sumar a todas las que había hecho con anterioridad, y cerró de nuevo para que el climatizador volviera a equilibrar la temperatura del despacho.

Le contestaron de inmediato:

—¿Sí? —preguntó el destinatario de su llamada al otro lado de la línea.

—Al habla Aguilar —respondió y, antes de que el otro pudiera decir nada, continuó—: Ardán, quiero que esta tarde busque información sobre el caso.

—¿El de Javier, señor? —En su voz había extrañeza.

—Sí. Le toca a usted monitorizar las comunicaciones, ¿no es así?

—Sí, señor...

—Bien. Comprenderá que no hayamos comentado a nuestra compañera que hay otras posibilidades además del secuestro.

—Pues... ¿sí?

El comisario se aguantó las ganas de reír. Ardán era un novato, y estaba seguro de que no sabía qué quería de él.

—Con cuidado, Ardán, con mucho cuidado, quiero que eche un vistazo a

los ordenadores, móviles, *tablets*... lo que sea. Si tiene ocasión, incluso revise entre los papeles.

—¿Señor? —Aguilar hubiera jurado que estaba a punto de hacer llorar al pobre hombre al ordenarle que revolviera entre las pertenencias privadas de no solo una, sino dos compañeros de la comisaría.

—Sea discreto, y si le descubre la agente Utrilla, dígame que es por completo responsabilidad mía y llámeme. Me haré cargo de la situación.

—De... acuerdo, señor.

Aguilar colgó meneando la cabeza. No. No lo creía. No imaginaba que Javier, un forense profesional y serio, con gran sentido de la responsabilidad, hubiera abandonado así como así a su esposa. Pero la policía tenía que contemplar todos los ángulos posibles en una investigación...

Lucía miró hacia el cielo. Era un día hermoso, sin nubes, de un azul perfecto, y sintió el calor del sol derramándose sobre sus brazos y su cara. Notó que le apretaban la mano con cariño y, bajando la vista, vio a su hijo, sonriéndole con dulzura. Paseaban por una senda de tierra batida flanqueada por olmos de copioso follaje, de ramas cimbreantes, mecidas por una suave brisa que arrastraba un olor a mar. Sentía una inmensa dicha al notar el tacto de su hijo, carne de su carne, y deseó que ese momento no terminara nunca.

Por desgracia para Lucía, el momento acabó.

Habían estado, sin saberlo, dirigiéndose hacia un hombre alto y erguido que se encontraba en mitad del camino, vestido con amplios ropajes marrones y una capucha que ocultaba las facciones de su cara, oscurecida salvo por los ojos, dos puntos de luz que brillaban como ascuas. Levantó la mano, indicándole que parara, y las amplias mangas de su túnica revolotearon y crujieron.

—¿Quién eres? —preguntó Lucía apretando con fuerza la mano del niño, presa de un terror insoportable, como si de la figura emanase un aura horrenda que la golpeará de forma física.

—Yo sé quién eres tú —respondió el... ¿monje? con una voz surgida de los más profundos fosos del Infierno—. Eso es lo que importa. Eso, y lo que quiero.

—¿Qué quieres? —se atrevió entonces a decir, aunque no deseaba escuchar la respuesta intuyendo que sería algo terrible.

—Lo que nunca debió aparecer en el mundo de los humanos. Lo que se ha perdido pero será encontrado. Lo que es de mi señor por derecho.

Lucía parpadeó. Si no fuera por el pavoroso miedo que sentía, se hubiera carcajeado por el tono grandilocuente y surrealista con el que dijo esas palabras.

—Hablo del muerto —explicó, con un deje de impaciencia—. Del muerto que tu marido abrió en canal. Hablo de él y de lo que en su interior se

escondía.

—Pero... no sé qué...

Las palabras de Lucía llevaban un sabor a hiel en la boca, y escuchó un sonido como un tronar distante, como si se acercara una furiosa tormenta. El cielo se oscureció casi de inmediato y el viento comenzó a aullar. Sin embargo, las estrellas refulgieron en la cúpula nocturna, habiendo expulsado al puro sol que brillaba sobre su cabeza momentos antes.

Le parecieron ojos monstruosos, vigilantes, que la contemplaban en un paroxismo *voyeurista*.

—¡No me desafíes, perra! —gritó el encapuchado, su voz sobreponiéndose al creciente tumulto—. ¡Tengo a tu hombre en mi poder, y me costaría muy poco esfuerzo adueñarme también de tu hijo!

En cuanto profirió tal amenaza, Lucía sintió que la fuerza con la que Guillermo sujetaba su mano se diluía en nada. Miró hacia el niño y lo vio desfallecer, cayendo poco a poco a tierra, de rodillas. Para su horror, el cuerpecito comenzó a plegarse como si fuera un folio, en ángulos imposibles, un macabro contorsionismo acompañado de repugnantes chasquidos de huesos al romperse, hasta que su cara, congelada en un rictus de horror y la boca abierta en un grito mudo, quedó encima del pavoroso fardo en que su cuerpo había quedado convertido.

Lucía lloró y gritó, histérica, sin poder pronunciar palabras inteligibles.

—Llévame hasta el muerto, o esto será lo que ocurra —ordenó por fin, bajando el tono de voz casi convirtiéndola en un susurro que, no obstante, pareció taladrar el cerebro de Lucía que, justo en ese momento, despertó bañada en sudor.

—Tu mujer —dijo a un semiinconsciente Javier el hombre de la máscara — es ahora tu única esperanza de tener un futuro.

Javier había llorado, implorado, rogado, e incluso amenazado, pidiendo que lo liberase, pero su torturador se había limitado a sonreírle con pacífica beatitud. Después de recuperar algo de su control tras la terrible impresión sufrida al ver que le habían cortado la mano, el captor le había hecho unas cuantas preguntas, gracias a las que averiguó que el cadáver que buscaba había estado poco tiempo en la sala de autopsias. Entonces chasqueó la lengua, desilusionado, y se había dirigido a una parte en la habitación situada a la espalda de él.

Ahí, en una mesita de madera antigua en cuya parte superior había extraños relieves de figuras retorcidas, había depositado la mano cercenada de Javier y había proferido una serie de sonidos guturales, en un idioma impío y olvidado, que sonó casi como un cántico.

Durante un buen rato, no se oyó nada.

Cuando Javier creía que lo había abandonado, con pasos que no

produjeron ningún ruido, el hombre de la túnica se plantó frente a él y apoyó las manos sobre sus antebrazos, inclinando el cuerpo hasta que sus caras estuvieron a la misma altura, provocándole náuseas al notar el hedor dulzón y pútrido que exhalaba.

—Háblame de ella —continuó, y Javier sacó fuerzas de flaqueza para escupirle una baba sanguinolenta que aterrizó en mitad de la máscara.

El secuestrador emitió una risa queda mientras el escupitajo resbalaba por la cara de hierro.

—Aún te queda una mano —le advirtió—. Dos pies. Una nariz. Incluso dos orejas y dos ojos. Dime quién es ella. Dime cómo es.

—¡No! —rugió Javier, desafiante, mientras las manos del hombre, como garfios, se clavaban en su carne.

—¿No? ¿No? Me dirás, ¡oh, sí!, me lo dirás para entretener el hastío que me supone estar en este mundo, me hablarás de ella mientras cumple lo que le he ordenado. ¿Te sorprendes? ¿No crees que haya hablado con ella?

»No te engañes. Has entrado a formar parte de una historia que se remonta a cuando el mundo era joven y tu especie ni siquiera era un sueño de los dioses. ¿Mala suerte? Quizá. Pero eso a mí no me importa. Tu Lucía y su Guillermo, por tu culpa, ahora forman parte del intrincado tapiz del destino que me ata.

La sarta de locuras e insensateces hicieron que Javier sintiera un profundo

asco por su captor, pero se encontraba tan cansado debido al dolor que no pudo emitir nada más que un débil quejido.

—Descansa —le dijo—. No tengo necesidad de matarte, pero seguirás siendo mi herramienta por un tiempo. Como te he dicho, depende de tu esposa.

No había sido un sueño. Lucía lo supo con claridad meridiana. Un sueño no es tan ordenado, tan... lógico... incluso teniendo en cuenta las espeluznantes escenas que había presenciado. Recordaba cada detalle, cada palabra pronunciada, y supo que aquel que tenía retenido a Javier se había comunicado con ella de una forma arcana, misteriosa y temible. Una forma que no podía ser rastreada en modo alguno.

También supo que no podía decir nada a nadie, o tomarían el asunto como una muestra de trauma psicológico. Nada de eso. Era consciente por completo de la realidad de lo que había pasado, en el interior de un paisaje onírico compartido que la había puesto en contacto con... eso. Una retorcida lógica dominaba el asunto, pero lógica al fin y al cabo, y Lucía también comprendió, como en un ramalazo fugaz e instintivo de iluminación, que en cuanto ella supiese dónde se encontraba el cadáver, el extraño de su sueño también lo sabría.

Porque notaba como si algo o alguien estuviese tras ella, observándola,

invisible cuando volvía su cabeza, pero poseedor de una presencia casi palpable.

Por tanto, tenía que saber adónde se habían llevado el cuerpo los agentes Sanz y Rebollo. La vida de Javier, y estaba segura que la de Guillermo también, dependían de ello.

Primero, lo más importante: Llamó a la niñera de Guillermo y le pidió que llevara a su hijo a casa de sus padres, en el pueblo. Suponía que, cuanto más distancia hubiera entre ellos, más seguro estaría el niño, por mucho que le doliese. Antes de colgar, se fijó en Ren, que estaba a sus pies, en el suelo, mirando cómo hablaba.

—¿Podrías llevar también a Ren y Lúa, por favor? —preguntó, sabiendo que los perros le gustaban y no pondría inconveniente en llevarlos en su coche.

Quedaron en que pasaría en una hora, y Lucía comenzó a planificar qué hacer. Mientras había estado durmiendo la desapacible siesta, el resto del equipo había vuelto, trayéndole un bocadillo de tortilla al que se había quedado de guardia. Preguntó al hombre que estaba frente al portátil, más por cortesía que otra cosa —fijándose en que la miraba con cierta suspicacia—, y se fijó en que había un agente nuevo, sentado en el sillón, mirándola con aspecto profesional, neutro. Era muy joven, quizá de la última promoción, un novato. Decidió presentarse.

—No nos conocemos —le dijo Lucía, tendiéndole la mano, que él cogió tras levantarse muy tieso—. Soy Lucía, aunque supongo que ya lo sabrás.

—Sí, señora —contestó—. Lo sé. Su nombre, quiero decir.

—¿Y tú eres? —preguntó, sonriendo.

—Antonio, señora —respondió—. Antonio Ferrán. El comisario me ha asignado para su escolta...

—¿Escolta? —Eso lo complicaba todo, porque si su superior había decidido que necesitaba alguien que estuviera con ella, moverse iba a ser un quebradero de cabeza. Por tanto, el primer punto de la agenda sería dejar atrás al novato.

—Sí, señora —decía él—. El comisario cree que debo acompañarla, por si el secuestrador se pone en contacto con usted en persona.

—Ya veo —masculló Lucía, dando la conversación por terminada.

La cuidadora de Guillermo, Merche, se llevó a su hijo. A Lucía le costó horrores separarse de él, y lo abrazó tan fuerte y durante tanto rato que el niño comenzó a protestar hasta que logró escabullirse de su presa. Tras varias despedidas, cada cual más amarga que la anterior, Merche desapareció escaleras abajo con el niño y los dos perros, que también estaban cariacontecidos, como si supiesen que algo no iba bien.

Al cerrar la puerta de su casa, Lucía se sintió más sola que en toda su vida.

Dejó pasar media hora antes de ejecutar su movimiento. Se entretuvo

echando un vistazo a la televisión, cambiando los canales sin reparar en ninguno de ellos en particular, y se vistió para salir. Se enfundó unos cómodos tejanos y zapatos de suela plana, junto con una blusa de tirantes. Pensaba que quizá fuera más importante la movilidad que la elegancia, y completó el conjunto recogiendo su melena castaña en una coleta.

—Voy a salir a comprar, agente Ferrán —dijo, y este se puso en pie de inmediato, como impulsado por un resorte—. ¡Oh, no es necesario! Vuelvo en un momento.

El chico, pues no podía impedir pensar en él como tal al sacarle con toda probabilidad unos quince años, meneó la cabeza, resuelto, aunque en su voz había cierto timbre dubitativo:

—Señora, debo estar con usted en todo momento.

Primer intento de esquivarlo al garete, aunque ya lo imaginaba.

—Bien, vamos entonces —concluyó, cogiendo el bolso, en el que había metido una pistola de su propiedad, y dirigiéndose a la puerta.

Bajaron al garaje de la comunidad y entraron en el vehículo. Al encender el motor, el reproductor de compactos siguió en el punto donde se había quedado el día anterior, y la musiquilla infantil que Guillermo y Javier habían cantado llenó el habitáculo, haciendo que Lucía cerrara los ojos con fuerza. Apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea blanquecina y apagó el aparato.

—¿Está bien, señora? —preguntó el agente.

Ella meneó la cabeza asintiendo y puso primera.

El coche pareció brincar como un caballo al darle un brusco acelerón para arrancar.

Se dirigió hacia un pequeño supermercado situado a tres manzanas. Le explicó a Antonio que tenía que comprar bastantes cosas; de ahí que cogiera el coche, para cargar el maletero. Había escogido el negocio a sabiendas, pues estaba en una manzana en la que aparcar era algo imposible, una zona saturada de vehículos parados, badenes y zonas de carga y descarga. Paró en una de estas últimas y miró al novato con cara tristonera.

—Por favor, agente —le dijo—, quédese aquí mientras compro. Vigile que la grúa no se lleve el coche, ¿vale?

El pobre se removi6 inquieto en el asiento, pero Lucía no le dejó protestar:

—Serán diez minutos, como mucho. Si hay algún problema, llámeme al móvil. Tiene mi número, ¿no es así?

—Sí, sí, pero...

—Bien, pues enseguida salgo, agente —sentenció, con cierto tono autoritario, y soltó el cinturón de seguridad, abriendo la puerta para salir.

Sintió una punzada de culpabilidad. El pobre se había tragado una mentira tras otra; ni siquiera llevaba el móvil encima, porque no quería estar localizable por ningún medio. No sabía dónde se estaba metiendo, pero tenía

un pálpito que le indicaba que tenía que llevar el asunto con el mayor sigilo.

Atravesó el supermercado todo lo rápido que pudo, salió por la puerta que llevaba al otro extremo de la manzana y se dirigió hacia la parada de taxis más cercana, donde cogería uno que la llevara al centro de la ciudad.

Cuando el taxista llegó a la dirección que le indicó, bajó del vehículo y se dirigió al portal donde vivía Ignacio, uno de los miembros de la sección de Delitos Informáticos y buen amigo de Javier desde hacía años, con quien compartía aficiones musicales y conversaciones sobre *comics* de superhéroes. Todo un adolescente eterno, ni siquiera atemperado por la, como ella decía, cobertura de responsabilidad que da el casarse y tener un hijo. O hijastro, como en el caso de Javier. Sin embargo, la afabilidad y el buen humor de Ignacio le hacían una persona muy agradable, y bajo esas gafitas de pasta azul y esa barba desaliñada había un hombre inteligente y perspicaz. Y, lo que más le importaba a ella ahora, un genio con los ordenadores.

Ignacio no estaba en casa, tal como imaginaba. Se metió en el bar más cercano y se dedicó a dejar pasar las horas zumo y café tras zumo y café.

Por fin, poco después de las siete de la tarde, Ignacio llegó a casa y Lucía salió corriendo, despertando miradas de perplejidad del camarero, que la había visto sentada, casi adormecida, durante tanto tiempo. Lo abordó cuando estaba metiendo la llave en el portón.

—¡Ignacio! —dijo, y este se giró sonriendo al reconocerla.

—¿Lucía? ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—No, no va —respondió ella, llegando hasta el informático—. Necesito tu ayuda.

—Sí, claro —dijo atropellado, abriendo la puerta e invitándola a pasar al interior del edificio—. ¿Qué quieres?

—Hablemos en tu casa. —Con aire conspiratorio, Lucía se metió dentro y no dijo nada más hasta que entraron en el pisito de Ignacio. Había estado una vez antes, así que no le sorprendieron las figuritas de acción colocadas en perfecto orden dentro de las vitrinas que saturaban las paredes del salón.

—¿Quieres algo? —preguntó Ignacio—. ¿Cerveza? ¿Un refresco?

—No, gracias —negó, dejándose caer en el sillón frente a la televisión.

—Pues tú dirás.

Ignacio se sentó en una silla, frente a ella, con una mano encima de otra sobre las rodillas, mirándola pensativo. Sabía, como todos en la comisaría, lo que le había pasado a Javier, y se sentía impotente por no poder hacer nada.

—¿Sabes algo de...?

—No —respondió Lucía—. Nada nuevo. Pero necesito que me ayudes.

—Sí, sí —respondió él—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Necesito —comenzó con la mayor determinación de la que fue capaz, aunque la magnitud de lo que iba a pedirle resultaba enorme— que entres en

los ordenadores del CNI.

Ignacio abrió la boca y la cerró de nuevo, como un pez, atónito por lo que le acababan de pedir.

—¿El CNI? —preguntó por fin, con voz débil.

—Sí. —La respuesta de Lucía fue tajante.

—No. —Él se echó hacia atrás en la silla, como queriendo huir del lugar, hasta que su espalda tropezó con el respaldo—. O sea, no puedo. Tampoco es que quiera, entiéndeme...

—¿No puedes? —Lucía se sintió desconsolada.

—A ver —aclaró él—. Tengo bastante mano con las redes, pero de ahí a pensar que soy un *hacker*... La verdad es que no, Lucía. Y lo que pides... infiltrarse en un servidor seguro de una agencia de inteligencia... No te diré que sea imposible, porque todos sabemos que incluso han entrado en la CIA...

Ignacio se calló cerrando la boca de forma abrupta. Había empezado a divagar y la mirada de Lucía le advirtió que lo que estaba diciendo se alejaba mucho de lo que a ella le interesaba.

—Lo siento mucho, Lucía —dijo, bajando los ojos, como avergonzado—. Además, ¿para qué quieres...?

—No puedo decírtelo —lo interrumpió, sintiéndose como una tonta.

—Pues, la verdad —Ignacio se permitió un tono ligeramente gracioso—,

sería difícil que buscara algo entre los datos sin saber qué es.

Lucía pensó a toda velocidad mientras Ignacio paseaba la vista por el salón, fijándose en cosas que parecía no haber visto hasta el momento, como si fuera la primera vez que estaba ahí y no en su casa, incómodo a más no poder.

La policía decidió cambiar el enfoque.

—¿Puedes seguir a alguien con un método de reconocimiento facial? —preguntó por fin.

—Bueno... —Ignacio parecía contento por el cambio en el tema de conversación—. Si hay suficientes cámaras en el lugar donde esté el sujeto, teóricamente, sí. Creo que es posible, aunque nunca lo he intentado. Pero no es tan fácil como en las películas, claro. En las películas todo es muy fácil.

—Por favor —Lucía interrumpió sus divagaciones—, Javier necesita nuestra ayuda. Tenemos que encontrar a uno de los agentes del CNI que estuvieron en comisaría.

—Volvemos a pisar terreno resbaladizo, Lucía —susurró él, comenzando a pensar que la mujer estaba desquiciada y pensando en llamar lo antes posible a la comisaría—. En primer lugar, me tienes que explicar qué sabes del secuestro de Javier y qué tiene que ver el servicio de inteligencia. Porque entenderás que todo esto me suena muy raro.

Lucía se mojó los labios, secos de repente, con la punta de la lengua y

dudó de nuevo. Ordenó los acontecimientos en su mente antes de hablar para no sonar como una chiflada y decidió, al fin, contarle parte de la historia. Conforme hablaba, se autoconvencía más y más de la verosimilitud del relato, habiendo omitido los aspectos más tétricos e increíbles.

—Vamos a ver —recapituló, cuando terminó, Ignacio, que no había abierto la boca mientras ella hablaba—. A Javier lo han secuestrado para obligarte a que sepas dónde está el cadáver del tipo ese. Al cadáver se lo llevaron los del CNI. Y tú no sigues la forma oficial de actuar ante un secuestro dando parte del contacto que el secuestrador ha tenido contigo, sino que te lanzas en una búsqueda solitaria de Javier. ¿Así, en resumen?

—Sí —contestó.

Ignacio enarcó las cejas y se levantó de la silla, suspirando. Puso las manos a la espalda y dio unos pasos cortos encaminándose a la ventana, reflexionando. Lucía temió que pensara que la historia había sido producto del trauma, pero no dijo nada más, esperando que Ignacio la creyera.

El informático se pasó una mano por la cara y se rascó el mentón.

—Podemos intentarlo —dijo por fin—. Puedo coger las imágenes de la comisaría de estos agentes del CNI y buscar en las cámaras urbanas, pero no te prometo nada. Puede ser muy difícil... incluso imposible.

La cara de Lucía se iluminó y sintió ganas de abrazarlo. Por fin encontraba un asidero al que agarrarse tras horas y horas de desazón. Por fin tenía un

aliado con cuya ayuda contar para traer a Javier sano y salvo, de vuelta a casa.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo Ignacio—. Miraré las cintas de la comisaría para tener las caras de los tipos del CNI y buscaré en los sistemas a los que tenemos acceso en la ciudad. Ya sabes, tráfico y demás. En cuanto lo localice, te avisaré...

—No tengo móvil —le interrumpió Lucía—. Quiero decir, lo he dejado en mi casa.

—Para que no te localicen —adivinó él—. Quizá estés un poco paranoica para mi gusto...

—Ignacio...

—Vale, vale. Hay una tienda de telefonía en la manzana de al lado. Pilla uno desechable y me das el número.

—De acuerdo —accedió ella.

—Pero —advirtió Ignacio, cruzando las manos a la espalda y adquiriendo un aire académico, como si explicara una lección— todo eso tendrá que esperar a mañana. Resultaría extraño que apareciese cuando no es mi turno y me pasara horas frente al ordenador en comisaría. —Lucía hizo un mohín y, para calmar su decepción, Ignacio hizo una concesión—. Iré un rato antes de mi hora de entrada, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Ignacio —asintió ella, levantándose—. Creo que

debería irme.

—¿Dónde? —preguntó él—. Porque imagino que a casa no irás.

—No. Alquilaré una habitación en alguna pensión.

—¡No digas tonterías! —exclamó el informático—. Tengo una cama plegable en la habitación del ordenador, por si... para cuando vienen visitas.

—No quiero molestarte. —Lucía dudaba de lo conveniente de importunar todavía más a Ignacio, y tampoco le parecía bien dormir en casa de alguien que, a fin de cuentas, era amigo de su marido, un mero compañero al que ella no conocía en exceso.

—No es molestia, mujer —dio una palmada y sonrió—. Tú tranquila. Arreglaremos todo este lío, ya verás.

CAPÍTULO TRES

—Voy a explicarte cómo funciona esto —dijo el secuestrador, situado a la espalda de Javier. Había pasado un tiempo que le pareció una eternidad, dormitando, despertando entre aullidos de dolor y temblando de miedo cada vez que escuchaba un ruido tras él. Quizá llevaba ahí, amarrado a esa espantosa silla, tres días. O cuatro. Había perdido por completo la noción del tiempo en ese sótano lúgubre y oscuro al que no llegaba luz del exterior.

Tampoco había sido alimentado con nada sólido, así que no podía medir el paso del tiempo con respecto a las comidas. La única concesión que se le concedía eran ocasionales tragos de un agua con gusto salobre y rancio, y sentía el cuerpo destrozado, arrastrado mucho más allá de los límites soportables.

—Necesito algo de ti para volver a contactar con la hembra —le decía con una voz molesta, y Javier mantuvo a duras penas sus ojos abiertos—. Por suerte para ti, no hace falta tanta materia como la primera vez. Una vez establecida la conexión, se hace más fácil.

El hombre de la máscara se puso frente a él, mostrando una jeringuilla de aspecto antiguo, con émbolo metálico y tubo de cristal. Empujó el émbolo hasta que estuvo completamente bajado.

—Con un poco de sangre, bastará.

Javier gritó un poco, más por miedo que por dolor, cuando la aguja se clavó en su brazo. El torturador sacó una pequeña cantidad, como había dicho, y se retiró de su campo de visión. La cabeza de Javier cayó sobre su pecho, derrengado como estaba.

—Voy a guardarla —dijo— para un poco más tarde. Creo que tendré que hablar con ella esta noche. No está siendo todo lo diligente que debería.

Tras dos días de dejarse los ojos mirando imágenes en la pantalla de sujetos que el *software* de reconocimiento facial avisaba de una posible coincidencia con los agentes Rebollo o Sanz, Ignacio empezaba a desesperarse. Una duda le empezaba a reconcomer: ¿Y si los agentes del CNI no estaban en la ciudad? Podía solicitar acceso, como miembro de la Policía Nacional, a las cámaras de otras localidades, pero suponría un trabajo costosísimo... por no hablar de los problemas burocráticos en los que se metería y no podría explicar al no haber ninguna causa para solicitar la petición de colaboración.

La desesperación de Lucía era palpable y no podía hacer nada por ayudarla. Cuando fuera a casa, más tarde, no sabía qué iba a decirle. El día anterior ella comentó algo sobre acercarse a la mismísima sede del CNI... lo cual era una locura, incluso llevando una placa que la identificaba como policía.

Y, por si las cosas no fueran ya complicadas, estaba el tema del enfado del comisario. Habían llegado hasta Ignacio las frases nada amables que dedicó al novato que estaba designado como escolta de Lucía, e imaginaba que Aguilar no tenía en esos momentos a la oficial como una de sus personas favoritas, habiendo burlando la vigilancia y mandando a paseo todos los protocolos de actuación a seguir en los casos de personas desaparecidas.

Aunque aún no le había salpicado nada a él, eso podía cambiar en cualquier momento.

Sorbió con ruido el fondo de su batido de piña y fresa, y siguió mirando las posibles coincidencias que el programa le mostraba.

Nada.

Mientras esperaba a que saltara el aviso de coincidencia, continuaba trabajando en su cometido habitual, vigilando alertas sobre prácticas violentas en la red, y marcó un par como potencialmente peligrosas. Sofocó una carcajada cuando leyó un *tweet* de alguien, quizá un adolescente, que hacía un chiste malo sobre culos y bombas y que había sido seleccionado por el filtro artificial, pasando a descartarlo de inmediato.

El reconocimiento facial volvió a mostrar un posible sujeto. Cambió la ventana de visualización y miró la imagen.

Tuvo que morderse con fuerza la lengua para no gritar de júbilo. ¡Por fin! Ahí, congelado en la imagen granulosa de una cámara de tráfico, se

encontraba la cara, ratonil y desagradable, tal y como la había definido Lucía, del agente Rebollo.

Llamó de inmediato al móvil de Lucía sin despegar los ojos de la pantalla, comprobando, en el plano de cámaras urbanas, cuáles eran las adyacentes, para vigilarlas y seguir así al agente.

—¿Ignacio? —contestó ella—. ¿Sí?

—Buenas noticias —bajó la voz, dándose cuenta de que había empezado hablar demasiado alto—. Tengo a Rebollo. Se ha metido en una tienda.

Le dio la dirección y recibió las muestras de alegría de Lucía con una sonrisa. Se sentía satisfecho de haber logrado por fin algo que se le estaba empezando a antojar imposible, la cara convertida en una máscara de felicidad.

Lucía no perdió tiempo. Tan pronto como colgó, salió corriendo a la calle y prometió una jugosa propina al taxista si la llevaba al sitio indicado lo más rápido posible. Al conductor no le pareció hacer mucha gracia que le pidieran que condujera por encima del límite de velocidad, pero aceptó, pensando que el dinero extra merecía la pena arriesgarse.

Casi veinte minutos después, Lucía llegaba y llamaba a Ignacio, que le confirmó que Rebollo aún estaba en el interior del local.

Era este una tienda de fachada acristalada, con puerta de madera de roble, de estilo *vintage*, de esas que muy bien podían haber estado en una

escombrera hasta que alguien había decidido restaurarla. El rótulo, un cartel de metal labrado que estaba fijado a la pared con un par de barras que lo proyectaban hacia la calle, rezaba con letras que pretendían transportar al lector al Medioevo “*Maison de la Magie*”, y el dibujo de una palma abierta con un ojo en su interior aclaraba toda duda de lo que se vendía en su interior, por si los artefactos, ingenios y artilugios del escaparate, una plétora variada de calderos, barajas de tarot, libros *new age* y puñados de velas aromáticas, no fuera suficiente.

Lucía se preguntó qué demonios estaría haciendo Rebollo ahí. Se quedó al otro lado de la calle, sin saber muy bien qué iba a hacer ahora que había encontrado a uno de los agentes. Asaltarle y exigirle que le dijera qué habían hecho con el cadáver era una estupidez. No solo perdería su trabajo, sino que era posible que la acusaran y acabara en la cárcel si se topaba con un juez duro. Se mordisqueó una de las pocas uñas que tenía aún incólume, pues los días pasados habían pasado factura a sus nervios, y decidió esperar a que saliera. Seguiría al agente allá donde fuera y, con suerte...

Pero las horas pasaron y Lucía se aburría como nunca en su vida. Rebollo no dejaba la tienda, e incluso llamó a Ignacio para que le asegurara que no había salido mientras llegaba. Era extraño, desde luego, pero la explicación, por más surrealista que le pareció en el momento, llegó cuando el sol empezaba a ocultarse tras las murallas acristaladas que eran los rascacielos de

la ciudad.

Rebollo, vestido de manera informal, con tejanos y camiseta, estaba cerrando la puerta del negocio, *como si fuera suyo*.

No se lo podía creer.

Su mente comenzó a divagar: ¿Era una tapadera? No, pensar eso era fruto del visionado de muchas películas de espías. La explicación sería más sencilla. ¿Quizá se ocupaba de la tienda de un familiar? ¿De un amigo?

Ignacio se había comprometido a quedarse vigilando en la comisaría, con alguna excusa para que sus compañeros no sospechasen, y accedió a intentar seguir el rastro de Rebollo, por ver si podía averiguar su destino o, con suerte, su domicilio particular. A Ignacio tampoco le olía bien nada de lo que estaba pasando.

—Voy a entrar —decidió por fin la oficial.

—¿Cómo? —Ignacio creyó no haberla entendido bien.

—Voy a entrar en la tienda —repitió ella—. Sé lo que estoy diciendo, pero esto es muy raro. Tengo que ver qué pasa aquí, y creo que ahí dentro hay respuestas.

Ignacio la vio acercarse a la puerta del local en la cámara.

—¿Es que sabes abrir cerraduras? —preguntó—. ¿Y la alarma?

—No he visto que haya conectado nada —respondió ella—. Y abrir una puerta no puede ser muy difícil.

Ignacio bufó.

—¡Por lo menos espera a que anochezca, por amor de Dios!

Ella se paró, consciente de lo irreflexivo de su conducta, con una precipitación producida por la necesidad de rescatar a Javier.

—Tienes razón —dijo—. ¿Y si lo sigo?

—Hummm. —Ignacio consideró la cuestión—. Te puedo ir guiando por dónde va y, si desaparece de mis pantallas, queda en tus manos.

—Me parece bien —dijo, y salió tras Rebollo, que ya había avanzado bastante calle abajo.

Lo siguió a distancia, sin perderlo de vista pero no tan cerca como para que la detectase. Rebollo no se percató en absoluto, y parecía ir enfrascado en su mundo, andando con cierta ligereza, hasta que llegó a una casa de seis plantas no muy lejos de la tienda de ocultismo. Lucía dejó pasar unos pocos minutos y tocó un timbre al azar, sin obtener respuesta. Al segundo intento, una voz de mujer le preguntó quién era y ella, con total frescura, le dijo que era la vecina de abajo, que se había dejado las llaves y si podía abrirle, cosa que la mujer hizo.

Se dirigió a los buzones, pero, por desgracia, no había ningún Rebollo en las placas de los mismos. Se rascó la sien, confusa, volviendo a leer los letreros y obteniendo el mismo resultado, como era normal.

Se encogió de hombros. Por lo menos, sabía dónde vivía por si necesitaba

acudir ahí, y se lo dijo a Ignacio que, por fin, pudo irse a casa, cansado y con los ojos enrojecidos.

Aunque le ofreció acudir al lugar para ayudarla, Lucía se negó. Ya había hecho bastante por ella. Ahora era su turno, y volvió a la *Maison de la Magie*.

A punto de cometer un delito, la oficial se paró frente a la puerta cuando ya casi era medianoche. Había cenado en un chino cercano, y dejó pasar el tiempo, aunque sin poder aguantar la impaciencia. Cuando consideró que el lugar estaba tranquilo, fue hacia la tienda.

Miró la cerradura, que parecía la normal de una casa, aunque ya no tenía su anterior confianza en poder forzarla. Pasó la lengua por el interior de los dientes y giró el pomo, más por hacer algo que otra cosa.

Por supuesto, no se movió.

Ignacio había consultado, mientras ella cenaba, un par de *webs* que explicaban cómo abrir una puerta, muy útiles tanto para cerrajeros como ladrones, y le había explicado a Lucía lo que decían. Tal y como lo contaban, parecía sencillísimo, pero a la hora de la verdad...

Cogió una tarjeta de crédito y la deslizó con cuidado, esperando no doblarla tanto con la operación que la dejase inservible. Tras unos intentos de forcejeo, empujones a la puerta, meneos a la tarjeta y miradas a un lado y otro de la calle por ver si había gente que la estuviese observando, tuvo suerte. Por lo visto, la cerradura era vieja, o de mala calidad, y pese a que Lucía era una

completa novata en esas lides, consiguió abrir la puerta.

Un pequeño triunfo.

Accedió al interior con cuidado, despacio, lo más silenciosa que pudo, sin saber muy bien qué era lo que esperaba encontrar. Deslizó la mirada por los cachivaches amontonados en estantes y se dirigió al mostrador situado al fondo, una mesa de madera con la superficie acristalada sobre la que había un ordenador y un par de figuritas de dragones, de esas tan habituales en ese tipo de tiendas.

Se fijó entonces en un pesado cortinaje de color escarlata tras el mostrador. Imaginó que daría a la trastienda y lo corrió, produciendo un chirrido al rozar los enganches contra la barra metálica.

Comprendió por qué había resultado tan fácil abrir la puerta de la tienda: un grueso panel de acero cerraba el paso a donde, con toda seguridad, se encontraba lo más interesante del lugar, cuyo mecanismo de apertura era una cerradura electrónica con teclado numérico. Lucía se sintió derrotada nada más verla e hizo un gesto de fastidio; las combinaciones posibles eran muchísimas como para intentarlo siquiera.

Sin embargo, sabía que tenía que entrar ahí. Tras esa puerta, se encontraba la clave, lo que necesitaba para recuperar a Javier. Lo sentía en su corazón pero, por desgracia, no se le ocurría cómo acceder, y le pareció que un terrible peso caía sobre sus hombros, aplastándola. Tenía ganas de llorar de

impotencia y rabia, y golpeó, con infantil futilidad, la superficie metálica varias veces, mascullando insultos.

Respiró hondo para calmarse y se giró hacia el ordenador. Si lo encendía y estaba protegido con contraseña, tiraría la toalla y se iría de la tienda. Aunque no le hiciera gracia, su única opción, entonces, sería la confrontación directa con Rebollo.

Acercó el dedo al botón de encendido, pero se quedó a medio camino y, por instinto, se agachó tras el mostrador. Antes siquiera de escuchar la puerta de la calle abriéndose, lo había intuido, y sus reflejos habían hecho el resto. Agazapada tras la mesa, apretó los labios y procuró respirar lo menos posible mientras, con sumo cuidado, abría el bolso para echar mano a su pistola.

Oyó pasos entrando en la tienda. Pensó que sería el dueño, que quizá había alguna alarma silenciosa que la había delatado, aunque de inmediato se preguntó por qué, de ser así, no había llegado la policía avisada por la empresa de seguridad.

Las suelas emitían un ruido de goma chirriando cada vez que el pie se doblaba. Lucía empezó a ponerse muy nerviosa. Pensó en su trabajo, en la cárcel, en su hijo... y, sobre todo, pensó en lo estúpida que había sido al allanar una propiedad, como si fuera una detective de película. Iba a pagar por una decisión muy, pero que muy equivocada, y decidió que, antes de empeorar las cosas, se levantaría y se entregaría. O intentaría hablar con

quien fuera que estuviese ahí, *acercándose hacia el mostrador a cada paso que daba.*

—Salga, oficial —dijo, por fin, una voz que identificó como la del agente Rebollo, interrumpiendo el curso de sus pensamientos—. Hablemos.

¿Hablar? Lucía no se sintió para nada tranquila y decidió que, si tenía que usar la pistola, lo haría, dejando atrás las dudas que había tenido un momento antes. Se levantó despacio, asomando su torso tras el mostrador, pero extendiendo el arma, apuntando al hombre, que enseguida puso las manos en alto ladeando la cabeza. Llevaba la misma ropa que esa tarde, y se fijó en que, en su camiseta, había un dibujo similar al del cartel de la tienda, pero, en la palma abierta, en vez de un ojo había un pentágono cuyas puntas parecían arder, y, bajo ello, unos cuantos signos que le recordaron a las letras del alfabeto judío.

—Es curioso —dijo Rebollo, burlándose— que sea usted quien me esté amenazando. Una policía que entra en mi negocio, nada menos. Al comisario Aguilar le encantará escuchar esta historia.

—¿Sí? —Lucía pensaba a toda velocidad y decidió lanzar una hipótesis un tanto desesperada—. Quizá le guste saber también que usted se hizo pasar por un agente del CNI. Su delito es mayor que el mío, según lo veo.

Él enarcó una ceja e hizo un mohín, encogiendo los hombros.

—Parece que los dos somos unas buenas piezas. —Lucía se dio cuenta de

que no negaba la acusación—. Propongo que hablemos tranquilamente de todo esto. Somos personas adultas, y seguro que llegamos a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —La oficial levantó la voz más de lo que le hubiera gustado—. De eso nada, Rebollo, o como se llame. Yo voy a hacerle unas preguntas, usted me las va a contestar, y luego me iré de aquí. Eso es todo.

—Usted es quien tiene la pistola. —La sonrisa en su cara estaba poniéndola muy nerviosa—, así que usted manda, supongo.

—Supone bien —dijo tajante Lucía, haciendo un ademán indicando al suelo—. Siéntese en el suelo, con las piernas cruzadas y las manos detrás de la nuca.

—Una posición incómoda...

—¿¡Quiere hacerlo de una vez!?

Lucía estaba empezando a sentirse muy nerviosa, y no pudo evitar gritar. Había algo en ese tipo, la sensación que irradiaba, que le ponía los pelos de punta, y sintió, quizá por primera vez en su vida, que podría pegarle un tiro sin sentir ningún tipo de remordimientos. Se sentía muy agresiva, y ni siquiera se dio cuenta de estar aferrando con tal fuerza la empuñadura del arma que los nudillos se le habían puesto blancos.

Tampoco se dio cuenta que la puerta de la trastienda se abrió, sin un sonido.

Un golpe, fuerte, en la base del cráneo, y todo se volvió negro para ella.

Parpadeó al volver poco a poco al mundo consciente, presa de una terrible lasitud; notaba la boca seca y la lengua rasposa. La cabeza empezó a palparle tan pronto como despertó y, al tocarse la herida, notó el cuero cabelludo pringoso por la sangre.

—¡Humph! —gimió, y una luz se encendió en el techo como en respuesta a su voz.

La habían tumbado en un sillón cómodo, de cuero marrón, y habían colocado una toalla bajo su cabeza. Estaba en una sala cuadrada, y justo frente a ella, vio la puerta acorazada de la trastienda. Por fin, aunque no como había deseado hacerlo, estaba dentro.

En la pared a su izquierda había una estantería plagada de libros, mientras que, en la otra, un par de mesas mostraban una colección de frascos, redomas y viales que no estarían de más en el decorado de una obra sobre alquimistas y magos.

Rebollo estaba de pie junto al interruptor, y era quien tenía la pistola en ese momento, mirándola con diversión.

—Nunca he disparado una de estas, ¿sabe? —dijo.

Lucía no respondió. Poco a poco, se incorporó hasta sentarse, notando que el palpar en su cabeza crecía hasta convertirse en un estruendoso redoble de tambor en su cerebro.

—Es usted un misterio —continuó él, dejando el arma en una de las mesas—. Al contrario que mi compañero, no creo que sea usted un agente de Ellos. Creo que se trata de una mujer que se ha visto arrastrada a un torbellino de circunstancias que escapan a su control.

—¿Ellos? —se atrevió a preguntar Lucía.

—A falta de una denominación mejor —aclaró sin aclarar nada Rebollo—. Dígame qué es lo que quiere de mí, y luego decidiremos qué hacer con usted, oficial.

Lucía pensó con toda la rapidez que le fue posible. Estaba en un grave problema, de eso no cabía duda. Resultaba bastante claro que Rebollo no era un agente de inteligencia, y su imaginación empezó a dibujar escenarios que acababan muy mal para ella.

Decidió mantener cierta actitud agresiva:

—Usted no es del CNI.

—No, no lo soy —asintió Rebollo, sonriendo—. Pero eso es lo de menos ahora, oficial. Se lo preguntaré una vez más, y es su última oportunidad de responder: ¿qué ha venido a hacer a usted aquí?

La voz de Rebollo se había vuelto glacial, amenazadora, desarmando por completo a Lucía, quien perdió toda capacidad de resistencia:

—El cadáver —dijo, bajando el rostro—. Tengo que encontrar el cadáver que se llevaron de comisaría.

—Ya veo —dijo él, cruzándose de brazos—. ¿Y por qué, si puede saberse?

La oficial se derrumbó. El cansancio, la tensión, la impotencia que había mantenido a duras penas a raya los últimos días, la desbordaron por completo y, con los ojos arrasados de lágrimas, sin saber muy bien por qué lo hacía, soltó una perorata balbuciente:

—Mi marido... tienen a mi marido y han amenazado con llevarse a mi hijo... Javier... Guillermo... lo tienen y debo encontrarlo. No sé quiénes son, pero me han obligado... quieren saber dónde está el cadáver... yo... yo... no sé qué está pasando...

Rebollo la dejó llorar mientras pensaba. Giró la cabeza hacia la esquina, donde no llegaba un ápice de luz fluorescente, y unos ojos rojizos le devolvieron la mirada, lo único que se veía de una figura que se ocultaba en las sombras. Se mordió el labio inferior mientras parecía mantener una sorda conversación con el ser que se agazapaba en la oscuridad y, por fin, asintió, aunque esperó un par de minutos a que Lucía soltara toda la hiel que tenía acumulada. La mujer no se había dado cuenta de nada.

—¿Quién y cómo se ha puesto en contacto con usted? —preguntó por fin, mirándola a los ojos, sintiendo lástima por ella al ver su rostro bañado en lágrimas.

—Es... es una locura —se resistió a responder.

—Créame... —En la voz de Rebollo pareció haber cierto tono amistoso mezclado con condescendencia—. He visto mucho en este mundo. Dígame la verdad.

—En un sueño —respondió de forma casi automática Lucía, sintiendo, en cuanto lo dijo, que la iban a tomar a mofa, pero apuntaló su decisión de decir la verdad—: Me habló en sueños.

En contra de lo esperado, el hombre apoyó un dedo en su mentón y se dio unos golpecitos, asintiendo. No solo no se rió de ella sino que, además, quiso que le explicara todo.

—¿Cómo era? —preguntó—. ¿Cómo se presentó ante usted, con qué aspecto?

Pasándose el dorso de la mano por la cara humedecida, Lucía sintió que Rebollo, en realidad, no era su enemigo, que podía confiar en él; movida por ese pensamiento, le contó todos los detalles del terrorífico sueño que había tenido.

Cuando terminó, el hombre suspiró.

—No es gran cosa para identificarlo —dijo, más para sí que otra cosa—. Pero es un adepto con poder, como mínimo, si puede perturbar así los sueños de otra persona.

—Con gran interés por la semilla.

La voz, cavernosa, surgió de la esquina en sombras. Lucía se sobresaltó,

desconocedora hasta el momento de la existencia de un tercero en la sala. Dirigió sus ojos hacia donde la voz había sido emitida, pero fue incapaz de rasgar las tinieblas, unas tinieblas que se le asemejaron más oscuras que el vacío del espacio. Sintió náuseas al contemplar la negrura y tuvo que, por fuerza, retirar la vista.

—Lo tengo en cuenta —dijo Rebollo, sin percatarse al parecer del malestar de la mujer—. Quizá sea un enviado, y no un mero cultista.

—¿Cultista? ¿Enviado? —pese a que el malestar proseguía, Lucía consiguió reincorporarse a la conversación, extrañada hasta el límite por las palabras utilizadas por Rebollo, que parecían indicar que una secta se encontraba detrás de todo.

Rebollo suspiró de nuevo, de forma exagerada esta vez, soltando el aire con lentitud. En un par de pasos, llegó hasta el sillón y se sentó junto a ella, haciendo que Lucía se encogiera por un momento, sobresaltada al pensar que le iba a hacer daño. No obstante, Rebollo la miró con una amplia y franca sonrisa que pareció confortarle el corazón, sintiendo casi un calorcillo físico en su cuerpo.

—Oficial, nos podemos ayudar mutuamente, pero para ello, vamos a tener que hablar de muchas cosas extrañas.

—¿Extrañas? —repitió Lucía, como un eco.

—Así es —asintió él—. Primero, hemos de procurarnos intimidad.

—¿Intimidad?

—Sí. —Rebollo respondió con un gesto de fastidio—. Sería mejor que empezara a decir otras cosas que fueran diferentes a mi última palabra.

Lucía meneó la cabeza, como para sacudirse el abotargamiento, y no dijo nada. La mano de Rebollo se acercó hasta su cara, con los dedos separados lo máximo que le permitían los tendones, y en ese momento Lucía vio lo largos, larguísimos, que eran: unos dedos muy rosados, suavísimos, y que, gracias a la cercanía, *vio que no tenían huellas dactilares*.

La oficial abrió los ojos como platos, sin creer lo que veía, mientras Rebollo agitaba la mano frente a ella, de izquierda a derecha, con velocidad, y una especie de luz azulada comenzó a surgir en el aire, como si su mano dejase una estela al desplazarse por el espacio.

Lucía continuaba atónita, presa de la estupefacción, y Rebollo chasqueó la lengua, chistándole luego:

—No diga nada, oficial. No se mueva.

Aunque hubiera querido, no se sentía con fuerzas. Se encontraba congelada, incapaz de hacer nada por iniciativa propia, y tan solo se echó unos centímetros hacia atrás, a modo de reacción, cuando la luz comenzó a refulgir con más fuerza.

—*¡Agash ak'rashgatuluk!* —dijo, o eso pareció, Rebollo en un idioma antiquísimo, olvidado e impío, y la luz azulada desapareció entonces, como si

nunca hubiera existido.

—¿Qué... qué ha sido eso? —preguntó Lucía, cuando pudo por fin reaccionar.

—Un sencillo conjuro de protección —respondió él, con una normalidad que la asustó—. Un simple hechizo de interferencia para que no la vigilen.

—Esto es una locura...

—Quizá, oficial —dijo él haciendo gala de paciencia, poniéndose en pie—. Pero se ha metido usted de lleno en un mundo al margen de la realidad cuerda y pacífica en la que vivía hasta hace poco, un mundo en el que las reglas son otras.

»Va a ver, me temo, muchas cosas que le parecerán locuras. Ya ha empezado a verlas...

Lucía no pudo aguantar más y, como impulsada por un resorte, se levantó con brusquedad. La cabeza le dio vueltas por el movimiento, pero echó a un lado la sensación de mareo y se enfrentó a Rebollo, llegándole a golpear en el pecho con el índice y adoptando la voz más amenazadora de la que fue capaz:

—¡Se acabó! —explotó—. ¡Estoy harta de esto! ¡Ahora mismo me va a decir qué está pasando o...

Lucía calló de forma abrupta. Había visto, en la periferia de su campo de visión, un movimiento, recordando entonces que no estaban solos en la habitación, y vio una criatura encorvada, de aspecto simiesco, con largos

brazos cuyos nudillos casi tocaban el suelo y cara bulbosa, peluda y aviesa, de ojos que refulgían como fuego líquido, vestido con una túnica de color amarillo pálido.

—¿O qué? —preguntó la misma voz que antes había hablado sobresaltándola, y Lucía no pudo soportar la visión, cayendo de nuevo en la negrura de la inconsciencia.

El secuestrador parecía haberse olvidado de él, pero Javier lo sentía a su espalda, y de vez en cuando lo oía murmurar y farfullar. A ratos, se sumía en un inquieto dormir del que despertaba sobresaltado, volviendo a escuchar la respiración fatigada, como si estuviese haciendo un esfuerzo continuo, del hombre enmascarado. Por fin, escuchó un ruido de cristales al romperse y una maldición ahogada. Entre la neblina del dolor y la fatiga, vio aparecer la máscara frente a él.

—Tu sangre no me ha servido para nada —dijo, molesto—. He perdido horas, ¡horas! Tu hembra ha debido encontrar un aliado, lo que no es bueno para nadie...

»Voy a tener que aumentar la presión sobre ella, sí. Es momento de hacer una visita.

Habia un claro tono de amenaza en las palabras y el corazón de Javier dio un vuelco. La adrenalina hizo que se despejara por completo y dijo:

—¿A qué te refieres? —En su interior, había intuido qué quería decir.

—A Guillermo, por supuesto. —La voz llegó acompañada de una risa metálica—. La estúpida mujer cree que, por enviarlo lejos, está a salvo.

—¡No lo toques! ¿¡Me oyes, bastardo!?! —Javier sacó fuerzas de flaqueza—. ¡No lo toques!

El secuestrador no respondió. Se limitó a dejar que se desgañitara hasta que su voz se convirtió en un susurro, extenuado por el llanto que le producía la impotencia.

Poco después, su torturador comenzó a dibujar con tiza azul símbolos extraños e irreconocibles sobre una pared del sótano, formando un círculo de un tamaño algo superior a su altura.

Guillermo se había acostado tras una larga sesión de consola. Por fortuna, hacía cosa de un año que los abuelos habían puesto Internet y, aunque ellos no lo usaban mucho que dijéramos, él podía conectarse y seguir haciendo progresar a su personaje.

Mientras que Lúa prefería quedarse en el salón, en su camita, Ren no dejaba a Guillermo ni a sol ni a sombra. Había corrido junto a él mientras pedaleaba por la tarde, ladrando con alegría, le había acompañado mientras machacaba los botones del mando, y ahora estaba en la cama, a sus pies.

De repente, gruñó y levantó la cabeza, en guardia, sobresaltando al niño; Ren era pacífico a más no poder, pero ahí estaba: con el lomo erizado,

mirando hacia la pared, mostrando los dientes.

Guillermo se frotó los ojos y miró. Como era lógico, no pasaba nada... ¿O sí? Comenzó a verse, primero casi de forma imperceptible, una débil luz azulada que parecía grabar unos símbolos en el papel pintado que cubría la pared.

“Como si se tratara de runas mágicas”, pensó Guillermo al tiempo que los símbolos crecían en intensidad y formaban un círculo, cuyo interior fluctuó como si se hubiera convertido en la superficie de una laguna.

Asombrado y excitado, el niño se aproximó al círculo, pero se quedó inmóvil porque una figura comenzó a dibujarse entre las ondas, como surgiendo de una masa mercurial. Poco a poco, un hombre alto, embutido en una túnica de basta y gruesa lana marrón, encapuchado de tal modo que no se le podía ver la cara, entró en la habitación dando un simple paso.

El niño estaba inmovilizado, asustado y fascinado, sin saber qué hacer, y el extraño momento fue roto por Ren, que dejó a un lado su postura agresiva y gimoteó, lanzando unos lastimeros gañidos, bajando al suelo de un salto y corriendo a esconderse bajo la cama.

Sin embargo, la reacción de miedo del animal no alertó a Guillermo, fascinado por algo que solo ocurría en los juegos. Frente a él, se erguía un mago, un hechicero, y su imaginación comenzó a correr desbocada.

El hombre de la túnica extendió un brazo y el niño, como impelido por

una fuerza superior e irresistible, cogió su mano, una mano pálida y sarmentosa, cubierta por manchas de edad, que le apretó con fuerza en cuanto la tocó.

—Ven —dijo la figura desconocida. Tan solo una palabra.

Y el niño le siguió, atravesando el portal, camino de un lugar de fantasía donde, creyó, sería capaz de cometer actos legendarios.

CAPÍTULO CUATRO

—Es la segunda vez que le provocó un desmayo —dijo la forma simiesca con sorna, haciendo que Rebollo le lanzara una mirada reprobadora.

—Aunque no tan... físicamente como antes. ¿Por qué has tenido que salir con tu forma auténtica, si puede saberse? —inquirió mientras rebuscaba entre los frasquitos que había desperdigados en una de las mesas de la sala—. ¡Ah, aquí está!

Regresó junto a Lucía y rompió una ampolla de vidrio de la que salió un olor que recordaba a la hierba cubierta por el rocío matutino, colocándola bajo la nariz de la policía, que tembló y abrió los ojos.

Frente a ella estaba Rebollo, observándola con cierta preocupación. Le preguntó algo que no entendió, y Lucía miró más allá de él, hacia el tercer ocupante de la habitación; el agente Sanz se encontraba de pie, vestido con traje oscuro.

—¿Se encuentra bien? —repitió Rebollo.

Lucía señaló a Sanz con un índice tembloroso, pero fue este quien habló primero:

—Sí, ya nos hemos visto con esta forma. Y sí, lo que ha visto antes es mi auténtico yo.

—Pero —balbuceó—, él... era...

—Sí, sí. —Sanz hizo un ademán con la mano, restando importancia al asunto—. Ha visto algo increíble. ¿No le había advertido mi colega —señaló a Rebollo, que se encogió de hombros— que estaba a punto de entrar en un mundo muy extraño? Pues ahí tiene la prueba. Un gorila parlanchín.

—Aunque le recomiendo que no le llame así —comentó Rebollo sonriendo.

—No, mejor no lo haga —coincidió Sanz—. En realidad, no soy un mono.

—¿Qué es... usted? —se atrevió a preguntar Lucía, sin saber muy bien cómo dirigirse a Sanz.

—Podemos empezar con las explicaciones, me parece —reflexionó, recorriendo con la vista los estantes repletos de libros—. Es el momento decisivo, oficial Utrilla. Cuando le ofrezco las dos pastillitas de colores. Cuando Morgan Freeman explica lo que ocurre antes de lanzarse de cabeza a lo desconocido.

—¿Qué? —Las referencias de... Sanz, por llamarlo de algún modo, descolocaron por completo a la mujer, al tiempo que Rebollo ahogaba una risita.

—Le encanta nuestro cine —aclaró Rebollo.

—Sí, el cine de ustedes —asintió Sanz—. De los humanos, quiero decir.

—¿Humanos? ¿Nosotros?

—Lea entre líneas —dijo con aire de profesor universitario—. Yo no soy

humano, como ha visto antes. No pertenezco a este mundo, señora.

—Esto... esto es una locura. —Lucía se puso de pie y agitó las manos frente a ella, sacudiendo la cabeza—. No sé qué quieren, pero será mejor que me dejen salir inmediatamente.

—Fase de negación, aunque sabe perfectamente lo que ha visto. —Sanz parecía divertirse con la situación—. Cómo me ha visto. Es lo que soy, y cuanto menos tarde en aceptar que lo que conoce es solo una ínfima parte de la realidad, antes podremos seguir avanzando.

—Y encontrar a Javier —apostilló Rebollo, que parecía un mero comparsa desde que... la cosa esa... había empezado a hablar.

—¿Javier? —De repente, la mente de Lucía, que amenazaba con fragmentarse en mil pedazos, encontró un asidero en la imagen de su marido y la ira vino a sustituir a la desorientación—. ¿Dónde está? ¿Dónde lo tienen?

—No escucha mucho usted, ¿no? —dijo Sanz, haciendo una mueca de hastío—. No somos nosotros quienes lo tenemos, sino alguien... o algo... que quería recuperar la semilla.

—¿Qué semilla? ¿Pero de qué demonios están hablando? ¡Dígame algo con sentido, o juro por Dios que les mato!

Sanz puso los ojos en blanco ante la bravata, pero fue Rebollo quien, con tono conciliador, habló:

—Entienda una cosa, oficial: no somos sus enemigos. Queremos ayudarla,

porque también usted puede ayudarnos.

Lucía ahogó un grito de frustración mordiéndose la parte interior del carrillo y sintió el gusto cobrizo de la sangre en la lengua.

—Mire esto. —Sanz le tendía un libro abierto en el que se veía un grabado. Era, a todas luces, una reimpresión de un tomo antiguo, lleno de apretujada letra de imprenta de siglos pasados; escrito en latín, la página mostraba un cuerpo humano tendido sobre una mesa, abierto en canal, del que surgía una masa informe, como un chorro de tinta que se desparramase desde sus entrañas buscando escapar del cadáver, sin adoptar una figura concreta pero que irradiaba, pese a cierta ingenuidad en el trazado del dibujo, una maldad palpable.

—Lo conocemos —explicó Sanz, golpeteando un par de veces el dibujo con una uña— como una semilla. Es algo de otro sitio.

—Como él. —Rebollo señaló a Sanz queriendo ganar la confianza de Lucía, que hizo un gesto de extrañeza, torciendo la nariz.

—Sí, como yo. Eso mismo. Pero infinitamente más malvado. Las semillas no se caracterizan por cantar *Kumbayá*.

Lucía se tapó la cara con las manos. La situación no era surrealista, sino lo siguiente. Un gorila que hablaba y al momento siguiente era un hombre, monstruos como charcos de brea, chistes de cultura popular... Se sentía por completo fuera de lugar, sin saber cómo reaccionar, y se rindió suspirando.

—Está bien —dijo, cansada—. Es un monstruo del espacio exterior. ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Qué tiene que ver con...?

Entonces, al mirar de nuevo al dibujo del libro, su mente hizo la conexión necesaria. El hombre del grabado estaba abierto en canal, *como los cadáveres con los que Javier trabajaba en el laboratorio forense.*

—Esa semilla... ¿Es lo que tiene a Javier? —preguntó, temerosa de escuchar la respuesta.

—No —respondió Sanz—. La semilla es lo que quiere el que lo ha secuestrado.

—Lo cual es un problema, porque la hemos destruido —dijo Rebollo.

La implicación de lo que dijo el hombre hizo que Lucía se estremeciera. Si no podían darle al secuestrador lo que quería, ¿qué sería de Javier?

—Pero no se preocupe, oficial —la consoló Sanz, devolviendo el libro a su sitio—. La ayudaremos a encontrar a su marido. No es que tengamos otra cosa que hacer.

Aunque Lucía pensaba que todo era una horrible pesadilla de la que, en cualquier momento, despertaría, escuchó lo que los dos chiflados le dijeron. Prestó atención, pero algunas cosas le resultaban tan disparatadas que las obvió por completo. Le hablaron de mundos horribles, mundos fantásticos, mundos increíbles y mundos de pesadilla, con seres tan ajenos al sistema de creencias humana que su mera visión era capaz de producir un colapso

mental en quien los contemplara. Escuchó cómo le hablaban de ellos mismos, con Rebollo señalándose ufano y orgulloso las letras impresas en su camiseta y que en antiguo fenicio significaban “guardián de la puerta”, una arcana orden que protegía la realidad de las incursiones de seres como la Semilla.

—¿Pero qué es la Semilla en realidad? —Lucía no pudo evitar preguntarlo, intrigada a su pesar por las fantasiosas explicaciones de los dos... “guardianes”—. ¿Y cómo llegó hasta el hombre muerto?

—En respuesta a lo primero, no está claro —respondió Sanz toqueteándose el labio inferior—. Algunos, como el eminente Doctor van Rijksteer opinan que es el esperma de un dios antiguo e innombrable, que cae a los mundos físicos en ocasiones...

—Yo me inclino por la teoría de Emilianus —terció Rebollo—, quien ya en el siglo segundo opinó que se trataba de una especie de sondas físicas que allanaban el terreno para la conquista posterior.

—Espere —dijo Lucía—. ¿Siglo dos? ¿Roma?

—Sí —respondió Rebollo—. Los guardianes existimos desde hace mucho. Desde el alba de la humanidad en este mundo. En otros... aún antes.

Lucía meneó la cabeza. La ristra de locos, entonces, venía desde hacía siglos... aunque en su mente no podía evitar la certeza de lo que había visto. Su mente racional se resistía a creer en la veracidad de lo que le estaban diciendo, pero...

—Sea como fuere —continuaba hablando Sanz—, había que capturarla y destruirla. Es lo que hacemos.

»En cuanto al hombre que murió... aunque no estamos seguros del todo, creemos que se trata de un iniciado que jugó con cosas que le venían grandes.

—Tenga en cuenta que son hipótesis —interrumpió Rebollo, como pidiendo disculpas—. Sin tener muchos datos, nos vemos obligados a recurrir a la imaginación para rellenar las lagunas.

—Cierto —coincidió Sanz—. Imaginamos que el muerto tenía a la Semilla confinada en el banco...

—¿En el banco? —se permitió decir Lucía tras un bufido—. ¿Estaba esa Semilla haciendo alguna transferencia, o qué?

Aunque Sanz se rio, siguió hablando con voz muy seria:

—Antes de desplegarse para poder ocupar el espacio tridimensional, la Semilla cabe en un sitio muy reducido. Como un frasquito, por ejemplo. Creemos que, de algún modo, el muerto se hizo con la Semilla y la guardó en un receptáculo mediante hechizos de atadura, guardándola en una caja de seguridad. Y que fue al callejón donde encontró su muerte. Ahí, la Semilla tomó el control del hombre, introduciéndose directamente en su cuerpo.

—Por arriba —completó Rebollo, dándose unos golpecitos en el cráneo.

—¿Y qué hacía en ese callejón? —preguntó Lucía, haciendo gestos de incredulidad.

—Detectamos —contestó Rebollo— un fuerte hedor a magia residual en la zona donde la Semilla mató al tipo, lo que nos lleva a pensar que, para el muerto, era un lugar adecuado donde poder llevar a cabo un ritual. Es de suponer que uno que implicaba despertar a la Semilla.

—El lugar y el momento adecuado —terció Sanz, asintiendo—. Para lo que fuera que hiciese, era entonces, y no en otra ocasión. La magia fluctúa y, muchas veces, es cuestión de aprovechar las escasas ventanas de oportunidad que aparecen.

»Supimos de ella gracias a... bueno, tenemos nuestros sistemas de vigilancia, podríamos decir. Fuimos en cuanto nos enteramos pero...

—Por desgracia —continuó Rebollo—, llegamos tarde. Cuando nos enteramos de dónde estaba... en quién estaba, el huésped ya había sido encontrado por la policía.

—De ahí todo el espectáculo que montamos. —Sanz asintió con gravedad—. No ha sido nuestra operación más limpia, la verdad. Tuvimos que engañarles, a usted, a su marido y al comisario, para conseguir el cuerpo antes de que ocurriera algo que no pudiéramos controlar.

—¿Cómo qué? —inquirió Lucía, parpadeando—. Estaba muerto.

—No, señora mía —la contradijo Sanz—. Era el huésped quien estaba muerto, pero la Semilla lo animaba. Su marido tuvo suerte al hacer la autopsia, porque lo podía haber matado.

—Sospechamos que el frío de la morgue hizo que entrara en una fase de letargo —explicó el otro hombre—. Son bastante sensibles a los cambios de temperatura extremos.

—Entonces... —Lucía empezaba a entender la cuestión, a colocar las piezas que le habían faltado cuando había pensado en las cosas que no le cuadraban—, ese sin techo que declaró...

—Era yo, por supuesto —dijo Sanz, señalándose el pecho—. Conocer la magia de ocultación y simulación tiene muchas ventajas.

—Pero sus placas identificativas...

—¿Las del CNI? —En la voz de Sanz había una suficiencia insufrible—. Vieron lo que querían ver. Hechizos muy elementales, en realidad, de manipulación de la percepción.

—Ya veo. —Lucía se sintió como una niña a la que han engañado con trucos para tontos y bajó la cabeza—. ¿Y Javier? ¿Qué hay de él?

—Sobre eso, creo que podemos hacer algo al respecto —dijo Sanz, ensanchando su sonrisa.

El secuestrador sentía hervir la sangre en sus venas. Lo habían burlado; habían roto la débil conexión que mantenía con la mujer privándole de información acerca de lo que estaba haciendo. Había notado un dolor agudo que se instalaba en la parte posterior de sus ojos, creciendo en intensidad

conforme más empeño ponía en establecer contacto con la mente de Lucía, y concluyó que la estaban protegiendo con magia. Lo último que había sabido de ella era que estaba tras el rastro de unos agentes de un cuerpo de seguridad, pero todo se volvía borroso entonces. La zona también estaría protegida contra su intromisión mágica.

Se había quedado ciego, pero tal atrevimiento no quedaría sin castigo.

Nada de eso.

Entró en el sótano donde retenía al marido de la hembra. Estaba dormido, y su respiración era débil, muy débil. Quizá se encontrara a las puertas de la muerte, pero no le importaba en absoluto. Era una herramienta para lograr lo que quería, y ahora que tenía algo con lo que podía presionar mucho más a Lucía, ya no lo necesitaba. No tenía problema en echarlo a un lado como un juguete viejo.

Un cuchillo de filo curvado centelleó como plata al captar la luz de las bombillas en el techo. El hombre de la máscara se vio reflejado en él y lanzó una pequeña y silenciosa plegaria a sus macabros dioses al contemplar los relieves labrados que simbolizaban antiguas cosmogonías y jerarquías celestiales blasfemas.

Acercó la punta del cuchillo ceremonial al cuerpo de Javier y comenzó a grabar intrincados patrones en su carne. Al sentir el primer pinchazo, este despertó. Cuando la piel fue desgarrada y la sangre comenzó a brotar

formando riachuelos en su torso, Javier gritó de dolor y miedo una vez más.

Habría pasado como una media hora desde el inicio del turno de mañana. El sol, perezoso, se filtraba por los ventanales de la comisaría derramando una suave luz en el interior de altos techos, y los agentes, así como el personal auxiliar y administrativo, se movían con lentitud, postergando el momento de ocupar sus asientos y comenzar la jornada laboral. Había en el ambiente un olor pesado y dulzón a café de máquina y bollería industrial, y el rumor de las conversaciones que resumían lo que se había hecho el día anterior al dejar el trabajo se mezclaban con los sonidos de fotocopadoras, impresoras y algún que otro teléfono que sonaba, sin demasiada prisa por ser atendido.

En la ancha calle en la que se encontraba la comisaría, una furgoneta azul, vieja pero no desvencijada, de lunas tintadas, enfiló la recta que llevaba al edificio a una velocidad considerable; conforme se acercaba a la zona de entrada, ocupada por coches y motocicletas de patrulla, comenzó a frenar. La puerta del copiloto se abrió y cayó algo desde el interior, que a una de las policías que estaba fuera, fumando un pitillo, le pareció un fardo de grandes dimensiones.

Con precaución, se acercó al tiempo que la furgoneta volvía a acelerar y desaparecía de la vista. No le había dado tiempo de ver la matrícula.

De inmediato, echó mano de su radio portátil y, con urgencia, dijo:

—¡Aquí la agente Cerea! ¡Avisen de inmediato a una ambulancia!
¡Tenemos un herido en la puerta!

Se agachó junto a Javier, desnudo, mugriento y ensangrentado, que no mostraba signos de vida, y le palpó el cuello buscando el pulso. Aunque no lo conocía, respiró aliviada al ver que, aunque débil, este existía aún.

—¿Señor? —dijo—. ¿Puede oírme, señor?

El pobre desecho humano abrió un poco los ojos y la miró con infinito cansancio. Asintió, moviendo la cabeza con debilidad.

—Le voy a llevar dentro, señor.

Arrugando la nariz por el olor que expelía Javier, hizo de tripas corazón y pasó los brazos por debajo de las axilas del hombre, utilizando toda su fuerza para incorporarlo. Un par de compañeros salieron de la comisaría para ver qué pasaba y llegaron corriendo para ayudarla.

—¡Joder! —dijo uno—. Es el forense.

—¿El desaparecido? —preguntó la mujer.

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—Lo han tirado de una furgoneta... ¡La mano! —gritó—. ¡No tiene mano, joder!

Los tres miraron el muñón, de un color amoratado y horroroso, con toda seguridad infectado, y sintieron que la bilis les subía a la boca. Se

preguntaron qué clase de demente podía hacer eso a cualquier persona.

—¿Y qué le ha pasado en el pecho? —preguntó el tercero, señalando las marcas que había grabadas en la piel.

—Ayudadme a entrarlo. Que le practiquen primeros auxilios hasta que lleguen los de emergencias.

Entre todos, llevaron a Javier al interior en volandas, pues él era poco más que un guiñapo sin fuerzas para dar siquiera un paso, despertando miradas de curiosidad y horror conforme pasaban entre la gente.

Se dirigían hacia la pequeña enfermería que tenían habilitada en el sótano, pero, antes de llegar al ascensor, Javier comenzó a temblar violentamente.

—¡Está entrando en *shock*! —dijo alguien.

—¡Tumbadlo, rápido! —ordenó otro, quizá sabiendo lo que decía.

Con mucho cuidado lo tendieron en el frío suelo de baldosas de gres, y Javier pareció calmarse por un momento, hasta que su espalda se arqueó de tal modo que las vértebras produjeron un sonido como de ramitas secas al partirse, y la boca se le abrió más de lo que parecía posible. Aunque no produjo ningún sonido, su cara se había convertido en una máscara de angustioso y mudo dolor.

Los signos en su carne brillaron trémulos con el color de la sangre arterial por un instante y, luego, se desató el caos.

El abdomen, como desgarrado por un cuchillo de matarife, se abrió en dos,

y la terrible herida, provocada no se sabía por qué, siguió hacia arriba, hacia arriba, hasta llegar a la nuca del hombre. El arqueamiento se amplió hasta que su cuerpo acabó apoyado sobre las puntas de los dedos de los pies y la parte posterior de su cabeza. Era algo imposible, y los espectadores del horrible espectáculo contemplaron horrorizados la tremenda escena.

Del interior de Javier manó una sustancia negra, como la pez, que surgió recordando al chorro de una fontana desbocada y que se desperdigó en todas direcciones adoptando la forma de un millar de probóscides que se lanzaron contra los agentes más cercanos, golpeándolos con tal violencia que los derribó.

La agente Cerea cayó al suelo, tocándose el brazo allí donde había recibido el golpe. Sin poder creer lo que estaba pasando, vio que, junto a ella uno de los administrativos caía con la cabeza convertida en una pulpa, ya que el tentáculo había destrozado su cráneo, reventándolo como fruta madura, desperdigando hueso y sesos en rededor.

Miró hacia el cuerpo del forense y gritó, comprendiendo ahora que el ataque que estaban sufriendo era mucho más horrible de lo que cualquier mente humana pudiera concebir: la oscuridad seguía manando de Javier, sin cortar su conexión física con él, y golpeaba aquí y allá, destrozando cuerpos, lanzándolos por los aires, en un baile macabro de muerte y destrucción. Los gritos de terror y los aullidos de dolor de los moribundos conformaron una

horrorosa barahúnda, y se oyó el sonido de disparos, detonaciones de los más resueltos que apuntaron sus armas al cuerpo de Javier.

Aunque algunos proyectiles impactaron en él, levantando chorros negruzcos, el terror no cesaba.

La agente Cerea notó una presión en el tobillo y, al mirar hacia abajo, abrió los ojos como platos, llena de miedo, pues uno de los tentáculos la había apresado y la arrastraba, poco a poco, por el suelo.

Lo golpeó, intentando soltarse, pero era como dar puñetazos a una gruesa rama de árbol. Se aferró a un escritorio con toda su fuerza; no pudo vencer la del monstruo, que la levantó en vilo. El mundo se volvió del revés para ella y gritó, histérica, con un miedo como el que nunca antes había sentido.

Otra filiforme oscuridad la cogió por el tobillo que tenía libre y lloró, suplicó, imploró, aunque no había nadie para escucharla. Comenzó a notar cómo las piernas se le separaban cada vez más, provocándole un desgarrador dolor.

Le separaban las piernas cada vez más.

El olor a sangre era algo palpable, como si una neblina escarlata se hubiera aposentado en la planta baja de la comisaría de policía; Ignacio lo sintió como una bofetada física, tal fue el asalto a sus sentidos cuando dejó la sala de informática.

Sus otros dos compañeros habían negado con la cabeza cuando les dijo que deberían ir a ver qué pasaba, prefiriendo quedarse ahí ante los gritos y disparos que se escuchaban.

Con precaución, había asomado la cabeza y salido al pasillo. Se encontraban en el piso superior de la comisaría y estaba casi seguro de ser, junto a sus compañeros, el único que no había bajado. Un escalofrío le recorrió cuando pensó que, de hecho, quizá fueran ellos tres los únicos todavía vivos en el edificio, porque un silencio ominoso y pesado se enseñoreaba del lugar, mucho más impactante que el estruendo que había terminado hacía unos momentos.

Tragando saliva, Ignacio colocó un pie en el primer escalón. Nunca se había considerado un héroe, pero ahí estaba, movido por la curiosidad.

Dio otro paso, y el crujido de la madera le pareció tan fuerte como el bocinazo de un camión. No pasó nada, así que se encogió e hizo un gesto de fastidio y siguió bajando. Para cuando llegó al piso inferior, se había convencido de estar a salvo y adoptó cierto aire de resolución.

Por eso mismo, se quedó petrificado cuando contempló la apocalíptica escena. Miembros arrancados, cuerpos destrozados y sangre, sangre por doquier: en el suelo, en las paredes, derramándose sobre las mesas y cayendo hacia abajo provocando un inquietante sonido de goteo. Los presentes habían sido asesinados de una forma brutal, maníaca, convirtiendo la comisaría en

un matadero de pesadilla.

Aun totalmente sobrepasado por la magnitud de lo que contemplaba, Ignacio se fijó en que no todo estaba muerto y quieto. De un cuerpo destrozado, irreconocible, surgía una forma cuyos límites se desdibujaban de modo continuo, una viscosa y cambiante oscuridad que le provocaba mareos al mirarla. Estaba cerca de una pared, e Ignacio vio horrorizado que sujetaba un brazo cercenado de uno de los muertos, y que con la sangre que manaba, estaba grabando un mensaje en una pizarra, dejando letras carmesíes para ser vistas por quien fuera, pero solo comprendidas por alguien muy específico.

No sabía qué hacer. Temía moverse siquiera un milímetro, no fuera a llamar la atención de la cosa, pero tampoco quería quedarse ahí, arriesgándose a que le descubrieran. Era incapaz de tomar una decisión, petrificado en el sitio, pero el monstruo decidió por él.

Un grueso tentáculo salió disparado del cuerpo que era su portal de acceso a este mundo, la carne mutilada de su amigo Javier, y en lo que dura un parpadeo, le alcanzó. Notó un dolor punzante y terrible en el pecho. Bajó la vista y vio que el extremo del tentáculo se había afilado hasta convertirse en una estaca puntiaguda, penetrando en su carne hasta atravesarle el corazón. La sangre le subió a la boca y se derramó, pero no sintió nada más, porque estaba muerto.

La oscuridad, cumplida su misión en esa realidad, se replegó sobre sí

misma con lentitud, volviendo a entrar en el cuerpo del que había surgido, y quedó reducida a unas meras volutas, jirones negros que se disiparon en el aire con un ruido implosivo muy bajito.

Detrás de sí dejaba el mensaje escrito con sangre: “TENGO A TU HIJO”.

Rebollo comenzó a verter el café recalentado en la taza mientras bostezaba. Con la mano libre, encendió la televisión y seleccionó el canal de noticias. El primer sorbo casi se le atraganta al leer los subtítulos que informaban de un violento ataque a la comisaría de la Policía Nacional en la que trabajaba la oficial Utrilla. Seleccionó el navegador de Internet en la televisión dejando el café a un lado, olvidándolo por completo, y se metió en su periódico favorito para leer lo que había pasado.

No hacía ni una hora de eso.

—¡Mierda! —exclamó, marcando el teléfono de Lucía—. Joder, joder...

—¿Sí? —respondió una somnolienta Lucía. Había rechazado el ofrecimiento de Rebollo de quedarse en la tienda, en el sofá, y, como era muy tarde, no había querido molestar a Ignacio, así que se había metido en la primera pensión que encontró, cayendo dormida como un tronco en la cama sin quitarse siquiera los zapatos.

—¡Lucía! ¡Oficial! —se corrigió con rapidez, pues pese a las cosas que habían compartido la noche anterior, no creía que hubiera suficiente

familiaridad aún entre ellos para llamarla por su nombre—. Debemos vernos de inmediato.

—Hummm. —Lucía se removió en la cama y el cabello le cayó sobre la cara. Apartándolo con un soplido, miró el reloj. Había dormido solo unas cuatro horas. No obstante, conforme pasaban los segundos se encontraba cada vez más alerta, fruto de una vida acostumbrada a dormir poco—. ¿Ha pasado algo?

La policía debía haber captado su tono de urgencia y nerviosismo, así que Rebollo respiró hondo y contestó:

—Sí, pero es mejor hablarlo en persona. Quedemos en diez minutos en la tienda, ¿de acuerdo?

—Media hora —dijo ella—. Quiero ducharme.

—Bien, en media hora —concedió él, mirando el reloj y dirigiéndose hacia el dormitorio para vestirse.

Lucía se metió en la ducha preguntándose qué ocurriría, y se sintió vigorizada por el suave tacto del agua templada sobre su piel. Su mente comenzó a repasar las locuras que había visto y oído hacía pocas horas, pero que bien podrían haber sido una vida atrás. Todo ello parecían jirones oníricos, fragmentos de irrealidad ahora que la luz del día era la reina y señora en el mundo.

Seguía pensando, o más bien tenía la certeza, que esos dos eran un par de

chiflados, pero que sabían algo, por lo que había decidido seguirles el juego. Incluso pensaba que las cosas más extrañas que había visto, como esa figura de un gorila parlante, habían sido producto del cansancio, la tensión o incluso que podía deberse a las sustancias que se suelen quemar en ese tipo de tiendas. Así que, cuando había hablado con ellos, había asentido y asentido, lanzando alguna pregunta intentando sacar información viable, porque algo le decía que, en realidad, Rebollo y Sanz eran los únicos capaces de ofrecerle una pista sobre el paradero de Javier. En un plano más visceral, reconocía que su investigación carecía de cualquier otra dirección probable, así que, si no quería meterse en un callejón sin salida, debía, por el momento, formar una alianza con esos dos.

Lo último que estuvieron hablando fue sobre algo así como utilizar la conexión empática que compartían ella y Javier, afianzada por la relación amorosa entre ambos, que les permitiría encontrar un camino que seguir para llegar a él. Todo ello, trufado de palabras como ritual, eterialidad, lazo argénteo y comunión de esencias. Como habían decidido realizar el... “ritual” al mediodía, la llamada de Rebollo la escamó, pero decidió no quebrarse más la cabeza.

Lo que fuera, sería.

Se puso una camiseta que había comprado la tarde anterior y que demostraba con un gran corazón su amor por la ciudad en la que vivía, así

como unos pantalones cortos, negros, que aliviarían el elevado calor que esa semana estaba haciendo. Pagó al hombre de la recepción por la noche de estancia, que se despidió de ella con un nada efusivo “buenos días”.

Aunque era pronto aún, el sol ya apretaba, y el que la noche pasada no hubiera corrido una brizna de aire para refrescar el ambiente acentuaba la sensación térmica.

Iba a ser un día infernal.

En cuanto llegó a la *Maison de la Magie*, Rebollo le indicó que pasara a la trastienda y cerró tras ella, colocando el cartel de cerrado visible desde la calle. Ella hizo un ademán interrogativo con la cabeza, pero Rebollo le volvió a indicar la parte trasera, así que ella se dirigió hacia allá, encontrando a Sanz sentado, leyendo un libro con unas gafas de anticuado aspecto, sin patillas, sobre su simiesca nariz achatada. Lucía ahogó un gemido de sobresalto, y la criatura le sonrió mostrando sus grandes dientes.

—Más vale que se acostumbre a mi forma real, oficial —dijo—. Mantener un hechizo de apariencia es algo muy costoso... y que cansa mucho.

—No... no hay problema —respondió Lucía, inquieta, sintiendo de nuevo cómo las convicciones que había racionalizado bajo la ducha se deshacían como un azucarillo en el té.

—Bien —dijo, cerrando el libro y apartándolo. Lucía no alcanzó a leer el título en la cubierta del todo, aunque incluía una palabra, *hermetic*, en inglés

—. Ha pasado algo que trastoca todos nuestros planes, pero, por favor, le pido que mantenga la calma y la compostura. Se lo ruego encarecidamente, porque un comportamiento irreflexivo sería nuestro peor enemigo ahora, ¿entiende?

Ella asintió con gesto extrañado.

Rebollo entró y se colocó apoyando la espalda en el estante de los libros.

—No sé cómo decir esto... —comenzó—. Así que seré directo: Han atacado su comisaría.

—¿Qué? —preguntó Lucía.

—Ha habido... en fin, creemos que nuestro enemigo ha hecho un movimiento terriblemente audaz —aportó el gorila—. Por supuesto, no hay imágenes del interior, pero nuestra sospecha es que ha tenido lugar una masacre.

—Todo el edificio está precintado —aclaró Rebollo mientras Lucía seguía sin poder procesar lo que estaba oyendo—, y la prensa habla de disparos, muchos disparos, por lo que se cree que ha sido un ataque terrorista.

—Pero no lo ha sido —dijo Lucía, temblando de furia, sintiendo la ira rezumar por todos los poros de su piel, harta ya de formar parte de una historia que se empeñaba en zarandearla de un lado a otro—. Ha sido el... enviado, como le llamaron ustedes, ¿no es así?

—Me temo que sí, querida —dijo el gorila, atreviéndose a adoptar un

acercamiento afectivo para mostrar su simpatía.

—Matemos a ese hijo de puta —masculló entre dientes la policía.

Por desgracia para Lucía, mediaba mucho del dicho al hecho. Pese a su furiosa determinación, aún tenían que localizar a su enemigo, así que, sin más dilación, comenzaron la ejecución de una extraña ceremonia en la que Rebollo encendió incensarios que desprendieron una humareda densa y dulzona, de color verdoso; Lucía sintió la cabeza embotada, aunque, al mismo tiempo, pareció como si sus sentidos, sobre todo el olfato y el oído, se intensificaran. Escuchó al gorila junto a ella, sentado en el suelo, moviéndose de un lado a otro siguiendo un ritmo frenético y susurrando frases en un idioma gutural, de sílabas cortas y secas, que le provocó una risa floja, arrancando una mirada de reprobación de Rebollo.

—Céntrese, por favor —le recriminó, mientras movía las manos en el aire, como si dibujara unas letras en él.

Sin previo aviso, Lucía se encontró contemplando la escena desde otro ángulo. Miró hacia abajo y se encontró a sí misma, junto a sus dos improbables compañeros, y pensó que era ella la que estaba sentada en el suelo, y, a la vez, la que miraba desde arriba. La cabeza le dio vueltas y sintió náuseas, pareciéndole que estaba cayendo desde lo alto de un gigantesco edificio. Entonces notó un reconfortante contacto que iba más allá de lo

físico: lo notó en su mente, en su alma, en su espíritu, en lo que fuera que ella era ahora, ahí, fuera de su cuerpo.

Se giró y vio la forma del gorila, resplandeciendo con un brillo de oro que le cubría como una suave pátina. Una pátina como la que la rodeaba a ella.

—Tranquilícese, Lucía —le dijo, sin mover los labios, y escuchó su voz en la cabeza—. La primera vez siempre cuesta adaptarse al proceso de separación.

—¿Separación? —preguntó, recordando algunas de las lecturas esotéricas que había consultado en su adolescencia—. ¿Es un viaje astral?

El simio hizo un gesto que no entraba en la categoría de la afirmación o la negación.

—Puede considerarlo así —respondió—. La división del ser en la que los egipcios creían se puede acercar más, pero, para nuestro propósito, sí, es algo así.

—¿Y cómo volveremos a... nuestros cuerpos? —preguntó, aterrada ante la idea de quedar perdida, sin poder regresar.

—Es fácil. —Soltó una risa queda—. ¿Qué es lo que hace usted para volver a casa? Desanda el camino, ¿no? Pues lo mismo.

—Ya —dijo ella no muy convencida, pero comenzó a seguirlo cuando empezó a desplazarse. No podía decir que andase, o flotase, o cualquier otra acción que remitiera a una idea de movimiento físico, y pronto dejaron esa

sensación atrás, como si esa forma de avanzar fuera algo natural en ese mundo que la rodeaba ahora, pleno de sombras y luces difuminadas que parecían conformar arquitecturas etéreas y nada perdurables, pues al posar la atención sobre ellas, de inmediato se transformaban en otra cosa.

—Hemos llegado —dijo su compañero, tras lo que podría haber sido una eternidad o un breve lapso de tiempo, pues este no discurría de igual forma en aquel sitio—. Necesita centrarse en el mundo tangible, Lucía. Piense en ello, y cobrará forma.

Lucía no creía ni por un momento que fuera a pasar lo que le decía, pero se sorprendió al ver lo fácil que resultaba volver a contemplar la realidad física.

Por desgracia para ella, porque prefirió de inmediato no haber sido capaz de hacerlo.

Estaban en la planta baja de la comisaría, y aunque muchos de los cadáveres habían sido bien retirados, bien cubiertos con sábanas, el hedor a muerte la asaltó de una forma brutal, haciéndola retroceder solo para darse cuenta que no podía escapar de la pesadilla en la que se había convertido la comisaría. Allá donde mirara, veía sangre y vísceras, conformando una macabra piscina sobre la que, con torpeza, se movían los agentes de la Policía Científica recopilando la información para recrear lo que hubiera pasado ahí.

Entonces, se fijó en un cuerpo hecho añicos, cuyo torso parecía haber

reventado como si una bomba hubiera explotado en su interior, y lanzó un grito de negación que salió desde lo más hondo de sus entrañas. Era uno de los pocos aún descubiertos, y Lucía lo reconoció de inmediato, aun en su lamentable condición.

Pero lo peor, con todo, no fue eso, puesto que la realidad continuaba empeñada en lanzarle horrores una y otra vez.

—Oh, oh —escuchó que decía el simio parlante, y miró hacia él, temerosa de encontrarse con algo más terrible todavía.

Entonces, leyó el mensaje que habían dejado. Para ella.

—Está recibiendo demasiados golpes emocionales —dijo Rebollo a su compañero con aire preocupado, mirando a Lucía. Desde que habían vuelto, la mujer no había dicho una sola palabra, sentada con aire desconsolado y la mirada perdida en el vacío. Sujetaba entre sus manos temblorosas una taza de café que le sirvió, pero se le había enfriado sin siquiera dar un sorbo.

—Deberíamos —coincidió el otro— intentar hacerle olvidar todo esto.

—¿Y el daño cerebral que supone?

La simiesca criatura asintió, cruzando sus largos brazos sobre el pecho de barril e hizo una mueca de preocupación que resultó muy extraña, pero a la vez enternecedora, en su rostro.

—No quiero olvidar —dijo Lucía, como saliendo de un sueño muy

desagradable—. No quiero olvidar.

Los dos se giraron hacia ella, que dejó el café a un lado y se levantó, mirándolos con cierto aire desafiante. Vieron que el aire ausente y vencido en ella había desaparecido por completo, y que brillaba en sus ojos una determinación feroz.

—Ha matado a mi marido —continuó, hablando entre dientes, con agresividad—. Tiene a mi niño. Encontradlo. Seguro que tenéis alguna forma de hacerlo. No quiero oír excusas. Encontradlo.

Rebollo se rascó la cabeza, pensativo.

—El despliegue de energía —dijo— necesario para invocar a ese monstruo ha debido dejar un rastro.

—Sí —confirmó el otro—. Capté y catalogué las partículas extrañas en torno al portal. Por cierto, el que haya llamado a una entidad de ese calibre disipa nuestras dudas.

—Ya lo he pensado. Es un enviado con un nivel de poder elevado. No podemos andarnos con...

—¿¡Queréis dejar de balbucear tonterías y hacer algo de una maldita vez!?! —explotó Lucía, sobresaltándolos—. ¡Me da igual que haya sido el mismísimo diablo! ¡Decidme cómo encontrarlo!

Los dos se miraron, algo avergonzados por haber empezado a perderse en disquisiciones taumatúrgicas mientras Lucía, junto a ellos, estaba sufriendo

un infierno.

—Lo siento —se excusó Rebollo, retorciéndose los dedos incómodo—. Tiene razón, Lucía. Utilizaremos...

Se quedó a mitad de frase, el índice derecho levantado, inmóvil, como escuchando con atención. Lucía se fijó en que el gorila, al que no podía evitar referirse como Sanz, también estaba quieto, con la cabeza ladeada.

—¿Lo has sentido? —preguntó Rebollo.

—Sí. Mierda.

—¿Qué habéis sentido? —preguntó la policía, inquieta—. ¿Qué ocurre?

—Está aquí —contestó Rebollo, mordisqueándose el labio inferior con fuerza, nervioso—. Ha venido a presentar batalla. Está rompiendo nuestros sellos.

—¿Sellos? —Lucía volvía a presentar una expresión confusa.

—Sellos de protección mágica —explicó Rebollo—. Como el que me alertó de su entrada en la tienda, Lucía —se volvió hacia su compañero y le cogió las manos con ternura, produciendo un efecto casi cómico cuando los grandes, fornidos y grises dedos de Sanz fueron a duras penas rodeados por las rosadas palmas de Rebollo—. Debéis huir. Yo le entretendré.

Su compañero no discutió. Se limitó a asentir, mostrando una grave expresión, con la cabeza y dio un par de largas zancadas para llegar hasta el estante de libros, en cuyo lateral apoyó los labios, musitando un par de

palabras.

Atónita, Lucía vio que el pesado mueble se deslizaba hacia un lado por sí mismo, revelando una oquedad en la pared que conducía a un túnel lóbrego y oscuro.

—Vamos —la apremió Sanz—. ¡Sígueme, rápido!

Actuando por inercia, la oficial bajó los primeros escalones tras la criatura, que brincó con agilidad hasta llegar a un pebetero del que cogió una antorcha a la que prendió fuego con un mechero que sacó de su túnica. Una luz anaranjada se desperdigó, como charcos, por unas paredes excavadas en la roca. Lucía no pudo evitar preguntarse cómo habían podido realizar una obra así, pero pronto cayó en la cuenta que lo que más le impresionaba no era el túnel en sí, sino la perfecta regularidad que mostraban sus paredes; estas dibujaban un semicírculo en el que no había ningún tipo de imperfección, unas paredes pulidas que le provocaron la idea de una enorme lombriz devorando terrones de tierra a su paso, llenándola de inquietud. Tras ella, el estante se colocó de nuevo en su sitio, haciéndole pensar que había entrado en una tumba.

—No se preocupe, Lucía —le dijo Sanz, sintiendo su inquietud—. El túnel es perfectamente seguro.

Ella asintió, sin responder, y continuó bajando tras él, durante un rato que le pareció interminable.

Frenético, a toda velocidad, Rebollo dibujó con tiza una serie de figuras geométricas cuyos lados se fusionaban y daban origen a otros polígonos en el suelo. Justo cuando hubo terminado, respirando de modo entrecortado por la tensión, escuchó que su oponente llegaba hasta la puerta blindada de la trastienda y la golpeaba como quien pide permiso para entrar.

Tragando saliva, no respondió y se preparó para la confrontación.

La puerta empezó a emitir un brillo rojizo, como si estuviera fundiéndose, aunque no emitía calor. Decidió no consumir fuerzas intentando evitar la entrada de su enemigo y contempló el metal licuándose, desparramándose por el suelo y formando un charco líquido y grisáceo que inundó la trastienda, aunque sin penetrar en las figuras que había trazado para conformar su zona de protección.

Una figura encapuchada y embutida en una túnica marrón, avanzó haciendo que el borde de sus vestiduras, tan largas que tapaban sus pies, quedaran impregnadas por el metal fundido, resultando en una especie de reborde plateado. Avanzó con parsimonia, recreándose en su avance. Rebollo apretó los dientes y entornó los ojos.

—No te temo, Enviado —dijo, desafiante.

—No me importa —respondió su enemigo, elevando los brazos hacia su cabeza, la capucha le cayó sobre la espalda, revelando una máscara metálica

que cubría sus facciones. Rebollo quedó atrapado por un instante en los intrincados diseños de su superficie labrada, pero farfulló algo y se deshizo de su influencia.

—Dominas ciertos trucos. —Rio con fuerza, provocando en Rebollo un ligero dolor de cabeza—. Pero no eres nada para mí.

—¿Pretendes matarme de aburrimiento? —preguntó el hombre, elevando la voz.

Un sonido que podía pasar por una risita salió de detrás de la máscara. Rebollo se decidió a atacar en ese momento y, tras pronunciar unas secas palabras guturales, de muy difícil pronunciación para una garganta humana, proyectó su mano izquierda hacia delante, haciendo que una lanza de luz azulada surgiera de sus dedos, abalanzándose hacia el intruso.

Este, sin haber esperado que su rival atacara con tanta determinación, acusó el golpe recibido en el hombro, que le hizo trastabillar y doblarse un tanto hacia atrás. Sin embargo, respondió de inmediato, sin más bravatas, y la oscuridad pareció apiñarse en torno a él, proyectando brazos y apéndices que buscaron en la sala cualquier cosa que arrojar contra Rebollo, por fortuna protegido tras la barrera que había levantado anteriormente. Frascos, botellas, libros... objetos que golpearon la zona circundante a él y caían al suelo, rotos sin provocarle daño alguno.

Se permitió una ligera sonrisa y volvió a lanzarse al ataque.

La luz azulada se arremolinó en torno al encapuchado, y Rebollo incluso creyó oír que mascullaba algo que le sonó como un gemido de dolor. Otra lanza de luz azulada golpeó, con tino, la máscara metálica que cubría su cara, pero no con la fuerza suficiente como para arrancarla.

Entonces, el encapuchado gritó, un alarido proveniente de eones pasados, edades olvidadas en las que otras estrellas iluminaban con debilidad un mundo joven y frágil.

Rebollo se estremeció de miedo al oírlo, y sintió que un gélido escalofrío recorría su columna. Como si un insecto de múltiples patas estuviera arañando sus vértebras con tal fuerza que las estuviera astillando.

Todo pareció congelarse en el tiempo y el espacio. La luz y la oscuridad, que continuaban pugnando en el espacio físico, decrecieron en su propia intensidad para acabar en la inexistencia. La mano del extraño cogió su máscara por el lateral y la apartó de su cara, mostrándola en su pavoroso horror.

Pues Rebollo jamás había contemplado una belleza tan perfecta, tan maravillosa, tan inmaculada, que solo cabía considerarla como algo imposible, extraterreno y maléfico.

Rebollo aulló de miedo, sintiendo la sangre helarse en sus venas, y perdió toda concentración. Una a una, sus medidas de protección cayeron, y del engendro inhumano brotaron, con mucha más fuerza y en mayor cantidad,

brazos de oscuridad que agarraron al hombre, sumiéndolo en la negrura, abriéndole el camino hacia el olvido más completo.

La muerte.

Lucía vio cómo su guía se detenía de modo abrupto y se inclinaba hacia un lado, hasta quedar apoyado de costado contra la pared. La criatura se puso la mano en el rostro y gimió.

—¿Qué ocurre? —preguntó la policía.

—Ha... ha muerto —contestó él.

—¿Rebollo?

—Carlos. Carlos era su nombre. Está muerto —repitió.

—Lo siento —dijo Lucía, sin moverse. Pensó en mostrarle su pena acariciándole el hombro, pero se detuvo a mitad de movimiento, porque Sanz se giró con brusquedad hacia ella, mirándola con ojos tristes y humedecidos.

—He estado mucho tiempo con él —dijo—. Han sido muchos años, y ahora...

Sacudió la cabeza con fuerza y calló, frunciendo el ceño, guardando para sí lo que sentía. Comenzó a bajar de nuevo la escalera.

Lucía comprendió que la amistad entre ambos era muy fuerte, y notó como si un lazo se formara entre ella y el ser, al haber perdido ambos a personas tan queridas para ellos. Esa lucha estaba resultando costosa hasta

límites insoportables.

—Sin embargo —susurró él—, Carlos ha conseguido hacerme partícipe de cierta información útil sobre aquel a quien nos enfrentamos. Ahora sé algo más sobre él.

—¿Y qué es? —inquirió Lucía, justo en el instante en que pisaba el último escalón y contemplaba ante ella un espacio anchísimo, como una caverna de enormes dimensiones, iluminada de modo tenue por un brillo verdoso fosforescente que parecía surgir de las propias paredes de piedra.

—Como nos temíamos, un Enviado. Un Agente de gran poder que no es de este mundo —explicó—. Tenía la esperanza que fuera un mero humano con conocimientos arcanos, pero no es el caso. Esta entidad es un desafío.

—¿Es un... dios? —se atrevió a preguntar ella.

—¿Un dios? No, no. Las mitologías y panteones creados por la raza humana no son aplicables, ni siquiera como ejemplos. —Dio unos cuantos pasos en el interior de la gruta, y la luz de la llama de la antorcha pareció reflejarse en las paredes, multiplicándose, permitiendo a Lucía contemplar mucho mejor el lugar—. Ya hemos hablado sobre la Semilla.

—Sí, algo así como un ente que es parte de un antiguo ser de otra dimensión —recapituló ella, sintiéndose menos extrañada de lo que cabía pensar al decir esas palabras.

—Algo así. Este enviado es... algo así como un ente inferior en poder a la

criatura de la que forma parte la Semilla. Creo que puede ser descrito de ese modo, para entenderlo al menos.

—Lo entiendo —asintió ella, dejando que sus ojos se deslizaran en derredor, contemplando las fascinantes, y al mismo tiempo repulsivas, formaciones calcáreas de la caverna, que parecían fluctuar como ondas en el agua, formando dibujos y sombras procesadas por la mente de Lucía despertando de forma efímera en ella recuerdos pasados, como cuando un olor transporta, sin saber por qué, a la infancia.

—Lo cual —Sanz levantó la antorcha lo más que pudo con sus largos brazos, y la lengua de fuego pareció elevarse hacia el techo más de lo que era posible—, me lleva a concluir que el plan que debemos trazar para acabar con él es más peligroso de lo que pensaba.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucía, sintiéndose inquieta.

—Para poder detener a este Enviado, y para rescatar a su hijo, solo podemos actuar de una forma, Lucía —explicó, con aire cansado y preocupado.

—¿Y cuál es? —Lucía estaba a punto de gritar, frustrada; lo único que quería era que le dijera de una maldita vez el modo de recuperar a Guillermo.

—Tenemos que adentrarnos en sus dominios. En los dominios de los... dioses.

Lucía lo miró con expresión perpleja. Se encogió de hombros, como

resignada a que lo próximo que saliera de la boca de la criatura, por increíble que fuera, debería aceptarla.

—A este sitio —continuó hablando él, abarcando con uno de sus largos brazos la gruta—, lo llamo el Nexo. Es una unión de realidades, alejada de otros planos...

—¿No sería mejor que continuáramos? —preguntó ella, interrumpiendo la verborrea esotérica—. Podrían seguirnos aquí abajo.

—No —la contradijo, meneando la cabeza con determinación—. Esta zona es una especie de burbuja aislada de los planos que puede hollar nuestro enemigo. No puede penetrar las defensas del Nexo. Aquí podemos descansar y pensar qué hacer a continuación.

Lucía se dejó caer sobre el suelo, sintiendo el frescor húmedo de la cueva a través de la fina tela de su pantalón y suspiró cansada. Abrió el bolso, que no había olvidado de coger antes de salir a la carrera de la tienda, y sacó la pistola, sintiéndose reconfortada al palpar el metal de la culata y notar los olores de aceites y grasa que desprendía.

Su compañero, y le resultó extraño pensar en que ese extraño ser se había convertido en tal cosa, seguía hablando, pero ella no le hacía ni caso. A lo sumo, captaba algunas palabras sueltas de un discurso que había dejado de interesarla. Los últimos días habían sido una locura, una pesadilla, y solo deseaba despertar. Encontrarse junto a la cama con Javier y acariciar el pelo

de Guillermo mientras paseaban por el parque a la luz del día. De un día límpido, claro y hermoso que le parecía casi algo inalcanzable, ahí, en ese extraño lugar a metros y metros bajo tierra.

Aguzó el oído y giró la cabeza hacia su derecha, intentando captar con más detalle un sonido que podía pasar por el ulular del viento, pero que parecía decir algo. Hizo lo posible por obviar la voz de la criatura y concentrarse en la vocecilla. Ahí estaba de nuevo, musitando:

—Mamá.

Se levantó de golpe, como impulsada por un resorte, provocando que la criatura dejara de hablar de inmediato. Sin dar una explicación, comenzó a correr hacia la fuente del sonido y, para cuando su simiesco compañero se dio cuenta de lo que pasaba, ya había recorrido la mitad de la distancia que la separaba con una de las paredes, en la cual se adivinaba, gracias al brillo fosforescente que reinaba en la cueva, una abertura que llevaba a un túnel flanqueada por formaciones calcáreas que parecían simular extrañas figuras.

—¡Lucía, pare! —gritó él, sin éxito, y se lanzó tras ella.

La mujer era demasiado rápida para él y pronto desapareció en la oscuridad, que pareció abrazarla como un amante celoso, aferrándola y disolviéndola en su interior. Se paró, resollando, y torció el gesto. Pensó en seguirla, pero no sabía qué podría haber más allá de ese túnel.

Nunca antes, y había estado muchas veces en el Nexo, lo había visto.

CAPÍTULO CINCO

La niña había dormido bien esa noche. La tarde anterior el calor se había derramado sobre las calles del pueblo de tal forma que parecía que iba a fundir las aceras, pero la casa se refrescó gracias al viento proveniente de la sierra cercana. Lucía incluso tuvo que cubrirse con la suave manta de algodón a media noche.

Sonriente, aunque legañoso, se vistió, bajando las escaleras de dos en dos para lavarse y eliminar todo rastro de sueño en su cara antes de desayunar.

Su madre la esperaba con un tazón de leche en la mano.

—Buenos días —dijo, y la niña se sentó a la mesa, balanceando los pies que le colgaban.

—Hola, mamá —respondió cogiendo la cuchara, no viendo el momento de hundirla en el tazón porque, cuanto antes acabara el desayuno, antes saldría de excursión con su mejor amiga del mundo, Rosa.

—¿Has mirado el aire de las ruedas? —preguntó su madre mientras vertía la leche y Lucía empezaba a remover el azúcar y el cacao en polvo, tiñendo el blanco líquido.

—Sí —contestó; antes de acostarse, había engañado a su padre para que, bomba de aire en mano, hiciera que la presión de las ruedas de la bicicleta fuera la perfecta.

—Pues tened mucho cuidado —sentenció, antes de volverse al fregadero, a los cacharros y perolas.

—Sí, mamá —contestó ella con un mohín. Parecía mentira que su madre no se enterara que ya tenía ocho años, y que el mundo no podía hacerle daño, porque ya era mayor y sabía muchas cosas. Eso le decían en el colegio, por sus buenas notas. Que sabía muchas cosas.

Casi se atragantó al comer las galletas untadas en la leche, provocando que su madre le riñera por atolondrada, pero terminó en escasos cinco minutos. La bicicleta, ese maravilloso regalo del cumpleaños pasado, le esperaba apoyada en la pared de la casa de dos pisos propiedad de sus padres.

Lucía se montó en ella y comenzó a pedalear hacia la casa de Rosa, que la esperaba en su puerta y la saludó agitando la mano cuando la vio acercarse; Lucía hizo sonar el timbre varias veces, haciendo que un par de vecinos la miraran algo molestos. El aparato ortodóntico de su amiga le produjo una risilla floja, como siempre que abría la boca, y se fijó en que la cara de Rosa, surcada de pecas, parecía más tostada que de habitual.

—¿Vas a ir así? —le preguntó Lucía, señalando el vestidito blanco que llevaba Rosa; esta se encogió de hombros—. No es una ropa muy buena para ir con la bici por ahí.

—Mi padre —contestó ella subiéndose a su bicicleta, un poco más grande que la de Lucía, dado que antes había pertenecido a su hermano mayor— me

ha dicho que me ponga esto.

Lucía hizo un gesto que bien podía indicar que, en realidad, le daba igual. Lo que importaba era que el ancho campo se extendía ante ellas, dos valientes exploradoras pedaleando por las sendas que bordeaban los sembrados, internándose en el pequeño bosque que había a la falda de las lomas cercanas. Dos intrépidas mujercitas que descubrían el sabor de la libertad al dejar atrás el reducido mundo de la casa familiar y la escuela, teniendo como único límite sus propias fuerzas.

—He hecho un par de bocadillos —dijo Rosa, antes de salir, y Lucía reparó entonces en la mochila que colgaba a su espalda.

Dejaron atrás, con la energía propia de la infancia, las últimas casas del pueblo que flanqueaban una carretera comarcal apenas asfaltada, llena de baches que las niñas esquivaban riendo, y pronto se internaron por un camino de tierra que discurría paralelo a los campos de labranza, jalonado a intervalos regulares por los mojones que indicaban la propiedad de los mismos. Había numerosos agricultores trabajando, dedicados a la tarea de recolectar las hortalizas y verduras, hermosas dádivas de la naturaleza que festoneaban la tierra mostrando sus colores verdes, rojos y naranjas. El sol se había levantado dispuesto a no dar tregua, como si estuviera ofendido por el descenso térmico de la noche anterior, y todos aquellos que Lucía y Rosa veían sudaban a mares. Algunos, los menos, las saludaron al pasar cuando las

niñas agitaron las manos, gritando “¡adiós!”.

Giraron a la derecha y las lomas se irguieron frente a ellas, en lontananza, a una distancia lejana, un país prometido de cuento de hadas hacia el que se encaminaban mientras cantaban canciones que sus padres les habían enseñado.

Aspiraron la fragancia de los matorrales de hierbas olorosas, de tomillo y retama, de espliego y salvia, que crecían a su alrededor, salvajes y libres como un jardín paradisíaco cuyo cuidador ha decidido abandonar sus tareas. El trino de los pájaros enmudecía cuando se acercaban a los árboles en los que estaban posados, retomando su armoniosa cantinela cuando las niñas habían pasado.

Aunque los árboles empezaron a aumentar en número y tamaño conforme avanzaban, los rayos de sol seguían cayendo sobre ellas, y la luz arrojaba sombras juguetonas sobre sus cuerpos, conformando extraños dibujos.

Un buen rato después, cuando habían recorrido una larga distancia, echaron pie a tierra. Rosa señaló hacia delante.

—¿Lo oyes? —preguntó.

Lucía se puso las manos en las orejas, buscando amplificar el sonido, pero sacudió la cabeza negando.

—¡Es el riachuelo, boba! —le dijo Rosa, riendo—. Vine aquí con mis padres la semana pasada. ¡Ya verás qué bonito!

Lucía sonrió e imitó a su amiga; retomaron el camino empujando las bicicletas.

—Paramos ahí y nos comemos el bocadillo.

—Pero si acabamos de desayunar —protestó Lucía, mirando el reloj; no obstante, descubrió que llevaban ya tres horas fuera de casa, y lo cierto era que el ejercicio le había abierto el apetito.

—Pues me como el tuyo también.

—¡No, no! —se apresuró a replicar Lucía—. Me lo como, me lo como.

El riachuelo, un pequeño curso de agua que saltaba cantarín entre piedras y ramas que se inclinaban hacia él, era un lugar hermoso, umbrío pero no siniestro, con una pequeña zona despejada de vegetación en la que ambas se sentaron, comiendo en silencio. Cuando terminaron, se tumbaron una al lado de la otra, mirando al cielo. Rosa cogió la mano de su amiga.

—¿Es bonito o no? —inquirió.

—Mucho —respondió Lucía.

—Pues esto no es nada. —Rosa la miró apoyando el codo en la tierra, con mirada traviesa—. Luego seguiremos el río hacia arriba y te enseñaré una cueva que es una pasada.

—¿Una cueva? —preguntó Lucía, sintiendo un escalofrío. La mera mención de la palabra la asustó—. Prefiero no ver cuevas, la verdad.

—¿Te dan miedo? —preguntó Rosa, sacando la lengua.

—Pues un poco —concedió algo avergonzada—. Son oscuras y frías, y puede haber osos.

—¡Aquí no hay osos! —Rosa rio ante la ocurrencia—. Y la cueva no está fría, ya verás. Además, hay luz. Se ve muy bien.

—¿Y eso? —Lucía no estaba muy segura.

—Las paredes brillan —respondió—. Te lo juro, se ve muy bien.

—Te creo —concedió Lucía, pero la sensación de inquietud creció en su interior todavía más.

Sin embargo, antes de ir en dirección río arriba, decidieron seguir tumbadas un ratito más. El rumor del agua y el sonido de las ramas de los árboles meciéndose adormilaron a Lucía; la niña cerró los ojos escuchando la suave respiración acompasada de su amiga.

Los cerró solo un ratito.

Abrió los ojos al sentir algo que se movía cerca de ella. Se dio cuenta entonces que se trataba de un conejo, contemplándola con curiosidad y meneando la naricilla, lo que la hizo reír. El sonido hizo que el animal se asustara y, dando un par de largos saltos, desapareció entre los arbustos.

Al levantarse, pensando en cuánto rato habría estado durmiendo, no vio a Rosa junto a ella. Las dos bicicletas estaban ahí, apoyadas junto a un grueso tronco de álamo, por lo que pensó que no estaría muy lejos. La llamó:

—¡Rosa! ¡Eh, Rosa! ¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

Se refrescó en el riachuelo y volvió a llamar a su amiga, comenzando a sentirse inquieta. Entonces, vio que en el suelo, en la fresca tierra pardusca, había huellas de zapatos que se alejaban; al ser de un tamaño similar a los suyos, lo más posible era que fueran de Rosa. Se dirigían corriente arriba, y Lucía pensó que su amiga había decidido ir a la cueva mientras ella dormía. No sabía por qué habría hecho eso, pero le parecía probable, así que comenzó a seguir las huellas.

Sin embargo, no había recorrido ni cien metros cuando escuchó unas voces apagadas que llegaban de una zona en la que la vegetación se apiñaba, como luchando entre sí por alcanzar una migaja de espacio libre, y fue hacia allá, apartando ramas que le provocaron magulladuras y pequeños cortes en brazos y piernas.

Ante ella se abría un claro cuyo suelo estaba cubierto por una hierba crecida, de un verde como el jade, que conformaba un círculo perfecto en el centro del cual se encontraba Rosa, tumbada.

Desnuda.

Horrorizada, Lucía se tapó la boca con las manos con fuerza e impedirle gritar: su amiga yacía ahí, aplastando la hierba con su cuerpecito infantil manchado de la abundante sangre que le manaba de la garganta rajada. Junto

a ella, de rodillas, había un hombre con unas ropas como las que llevaban los monjes, cuya cara aparecía tapada por una extraña máscara metálica; portaba un cuchillo en su mano derecha del que goteaba la sangre de Rosa.

Lucía tembló, presa del terror, al ver que el hombre inclinaba su torso hacia su amiga muerta y *le hacía cosas...*

No pudo aguantar más y corrió, sin importarle que el asesino saliese tras ella al oírla huyendo; recorrió el camino de vuelta que la llevaba hasta su bicicleta en una desquiciada carrera por escapar de la visión de pesadilla que había contemplado. Gritó y gritó cuando llegó al pueblo, alarmando a los vecinos, que acudieron de inmediato a ver qué pasaba, y hundió desconsolada la cara mojada de lágrimas en el pecho de su madre, quien la abrazó y reconfortó como pudo, acunándola como cuando era un bebé, hasta que por fin, agotada, se durmió.

El dolor era terrible. Apretaba los dientes con fuerza para evitar maldecir, pero no podía evitar farfullar algunos juramentos cuando las contracciones, cada vez con un menor intervalo de separación entre ellas, destrozaban todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Aferraba la mano de su marido, Fernando, clavándole las uñas en la mano y sintiendo cierto placer mezquino al pensar que, si le rasgaba la piel, era una pequeña venganza por haberle puesto un monstruo en la tripa que amenazaba con destrozarla desde

dentro.

—¡Más rápido, por favor! —ordenó Fernando al taxista, que hacía lo que podía en el denso tráfico de entre semana para llegar lo antes posible al hospital, pitando y dando volantazos.

—Me... está... matando —dijo Lucía.

—Tranquila, mi vida —le consoló él—. Estamos llegando, enseguida habrá pasado todo, ya verás. Respira. Respira hondo.

Ella intentó hacerle caso y recordar las lecciones de preparación al parto, pero fue en vano. El dolor nublabá sus sentidos y pensaba que nunca jamás había sentido algo tan desgarrador.

—He llamado a tus padres —dijo Fernando por ver si la distraía, pero ella solo pudo gruñir en respuesta. El conductor frenó y, con alivio, justo en el momento en que el dolor empezaba a remitir un tanto, Lucía vio que estaban frente a la puerta de urgencias. Habían llegado, y cuando unos auxiliares la subieron a una silla de ruedas para llevarla al paritorio, se encontró calmada, tranquila, en ese dulce momento entre los períodos de contracción que, por contraste, resultaba tan placentero.

Se sintió en paz.

La llevaron corriendo por los pasillos verdiblanco y oyó a Fernando diciendo algo tras ella, pero no logró entenderlo. Tampoco hizo caso, limitándose a asentir, a lo que le dijo un médico, joven, agradable y de voz

dulce, sobre lo que iban a hacerle. Sintió un pinchazo en la base de la espalda y pronto el mundo se convirtió en una sucesión de voces fantasmales y luces desvaídas, hasta que cayó en el olvido.

La primera voz que escuchó fue la de su madre. Le cogió la mano en cuanto vio que había abierto los ojos y le dijo algo que su cabeza embotada no entendió. Sentía la boca seca, áspera, con la lengua convertida en un matojo de esparto.

—A...gua —dijo con dificultad.

—Sí, sí —respondió su madre, que le sirvió diligente un vaso con pajita—. Despacio, Luci. Ha dicho el médico que bebas muy poquito. Tragos pequeños.

Tras dos sorbos que le supieron a plomo, Lucía se tocó el abdomen. Lo notaba dolorido, aunque los efectos de la anestesia aún continuaban adormeciendo sus sentidos, y palpó un vendaje grueso que recubría su tripa.

—¿Qué? —dijo, asustada.

—Chist, tranquila —la calmó su madre—. Te han tenido que hacer una cesárea, cariño. El niño no quería salir...

—¿Y el niño? —de repente, estaba muy asustada. Su niño. ¿Dónde estaba su hijo?

—Está bien, está bien, cálmate —pasó la mano con delicadeza por su pelo, pringoso y sucio—. Es un niño muy sano.

Lucía comenzó a llorar, tanto por el cansancio que sentía como por el alivio, y sintió las manos de su madre acariciándola, el calor que emanaba al confortarla.

La puerta de la habitación se abrió; Fernando corrió hasta la cama con una amplia sonrisa en el rostro. La besó en la frente.

—¡Estás despierta, dormilona!

Ella lo miró mientras su madre se apartaba, otorgando privacidad a los dos padres primerizos, que se reían como bobos al entender que habían traído una nueva vida al mundo. Las voces parecieron atraer al personal sanitario, pues poco después apareció el médico que la había atendido en el parto, mirando la escena con ojos amables y que les comentó, con aire profesional, cómo había ido todo, les dio una serie de instrucciones y consejos y prometió que, en cuanto hicieran unas pequeñas pruebas a Lucía, podrían llevarla a ver al pequeño, en la sala de cuidados perinatales, donde estaban comprobando que los problemas que el feto presentaba no hubieran dejado ningún tipo de secuela.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó Lucía.

—El pequeño —explicó el médico— venía de nalgas, y estaba enrollado con el cordón umbilical, así que no podía nacer por el canal vaginal. Tuvimos que practicarle una cesárea de urgencia, señora Utrilla, pero le garantizo que todo ha ido maravillosamente bien. Es un niño sano, robusto. Solo estamos

siguiendo el protocolo.

—Es verdad, cielo —confirmó su marido—. Me han dejado verlo un poquito, y es... es nuestro hijo.

Parecía a punto de llorar, y Lucía sintió una inmensa ternura.

—¿Dónde está papá? —preguntó a su madre.

—Ha bajado a la cafetería hace un rato. No creo que tarde.

—Bien —dijo Lucía cerrando los ojos, sabiendo que toda su familia estaba ahí, con ella, en el momento más feliz de su vida.

Un fogonazo de luz hizo que despertara sobresaltada, respirando de forma entrecortada. Su corazón martilleaba con fuerza en el pecho, provocándole un malestar físico que se sumaba a la creciente angustia que la invadía.

Estaba sola en la habitación y recordaba con vaguedad haberse despedido de todos sus familiares antes del ocaso. La herida en el abdomen le palpitaba, sentía como si unas tenazas al rojo hurgaran en su carne, y lanzó un gruñido al moverse. Despacio, bajó las piernas y sintió el frío de las baldosas del suelo en las plantas de sus pies extendiéndose al resto de su cuerpo. Flexionó los dedos, no muy segura de si conservarían toda su movilidad, y, con gran esfuerzo, abandonó la cama de hospital en la que estaba tendida. Como borracha, se acercó a la pared; cada paso resultó una titánica tarea, pero, al fin, sus manos lograron apoyarse en el muro. Con esa ayuda, salió al pasillo,

vacío y mal iluminado por unos fosforescentes titilantes que arrojaban una luz blanquecina, logrando a duras penas disipar la oscuridad reinante.

El silencio era tal que no se atrevió a quebrarlo llamando a alguien del personal, y avanzó poco a poco siguiendo las indicaciones del cartel gracias al cual supo que la sala de cuidados perinatales estaba en el pasillo a su izquierda.

Llegó junto a la ventana de observación y, esbozando una sonrisa, miró hacia el interior, donde había varias cunas normalizadas, de metal y plástico, en algunas de las cuales se apreciaban unas cabecitas sonrosadas, cuerpecitos que respiraban sosegados, dormidos e inocentes. Buscó, entornando los ojos para captar la más mínima luz, a su hijo, sin tener una idea muy clara de como iba a reconocerlo, pero al fijarse en uno de ellos, en la segunda fila, supo a las claras que se trataba de él.

Guillermo.

Tal y como habían hablado Fernando y ella, ese sería su nombre. Sintió un profundo calor que le nacía del pecho y amenazaba con desbordarla, como una gigantesca ola que se cerniera sobre ella, pero no sintió ningún temor. Al contrario, la dicha era gigantesca, al ver los párpados cerrados, los labios algo entreabiertos, el cráneo con unos escasísimos mechones de pelo, la naricita apuntada hacia el cielo... Todo en él le inspiraba un profundo amor, un tierno sentimiento de cariño y dulzura, y supo que era la mujer más feliz del mundo.

Un movimiento en la sala atrajo su atención y, aún exhibiendo una boba sonrisa, miró hacia el médico que la había atendido. Le extrañó ver que era él el encargado de vigilar la sala en el turno de noche, pero lo saludó con la mano.

Él correspondió con el mismo gesto, pero había algo que a Lucía le resultó inquietante. El doctor metió la mano en el bolsillo de su bata blanca y sacó algo que Lucía no consiguió ver, llevandoselo a la cara.

Atónita, la reciente madre vio que el hombre se colocaba una máscara horripilante de metal, cubriéndose por completo los rasgos faciales mientras se inclinaba sobre la cuna donde reposaba Guillermo.

Lucía gritó, golpeó el cristal y aulló desconsolada, pero nadie acudió en su ayuda.

—¡Aléjate de él! —ordenó a la vez que imploraba—. ¡No le pongas las manos encima, bastardo! ¡Aléjate!

Pero el hombre no hacía caso. Como recreándose en su acción, pasó con parsimonia sus brazos por debajo del pequeño cuerpo. El niño se despertó y lanzó un hipido antes de comenzar a llorar, con tanta fuerza que los demás recién nacidos se despertaron, sumando sus llantos a los de Guillermo, formando un pandemonio que ahogó los desesperados alaridos de Lucía.

El hombre de la máscara dio la espalda a la ventana y comenzó a alejarse hacia el fondo de la sala, fundiéndose poco a poco con la oscuridad reinante,

hasta que resultó imposible distinguir su forma.

Lucía se derrumbó sobre el suelo, deslizándose por la pared, carente de cualquier tipo de fuerza o ánimo hasta quedar hecha una madeja que sollozaba y babeaba.

Lucía no pudo evitar gemir cuando sintió el placentero fuego que le subió por la entrepierna y se abandonó por completo a las caricias de Javier, desde esa tarde, marido suyo. Había resultado ser un amante tierno y fogoso a un tiempo, capaz de excitarla poco a poco hasta alcanzar un *crescendo* que la dejaba temblorosa tras el orgasmo. No podía evitar pensar en lo diferente que era hacer el amor con Fernando, siempre corriendo, siempre obviando lo que ella quería en la cama, y lo abrazó con fuerza, encorvando la espalda, casi riendo de gusto, acompasando los movimientos de él hasta que todo terminó.

Tras recuperar el aliento y sentir los dulces besos de Javier en sus labios, sus mejillas, sus párpados entrecerrados, le dijo, con cariño:

—Ahora eres mi esposo.

—Lo soy —asintió él. Ambos se habían casado en segundas nupcias, en el edificio para celebraciones que el Ayuntamiento había habilitado para ocasiones como esa, en una pequeña ceremonia en la que el concejal encargado de la seguridad de la ciudad les transmitió sus laicas bendiciones, una deferencia al trabajo de la pareja dado que pertenecían al Cuerpo de

Policía Nacional, no a la municipal. Lucía había seguido el consejo de su madre y había optado por dejar el uniforme de gala en el armario. Como bien le dijo, la primera vez no le dio mucha suerte.

Y esa noche, en el piso que ambos se pudieron permitir, celebraron su noche de bodas con la satisfacción de estar unidos de forma legal, que no en el corazón, pues ello ya había tenido lugar hacía tiempo.

Lucía no había querido ni oír hablar de una relación durante los dos años siguientes a su separación con Fernando. Quizá no podría calificarse, en realidad, de ser un mal hombre, pero convivir con él había sido muy diferente a lo que ella había pensado, y el devaneo con una de las mujeres que acudían con él a los diferentes eventos que tenía que atender por su trabajo fue la gota que colmó el vaso. Quizá no le hubiera sido infiel. Quizá lo hubiera sido, y con muchas, pero la verdad es que ver cómo se hablaban y miraban en uno de los vídeos colgados en la *web* de la empresa la sacó de sus casillas y, tras unos días de discusiones, portazos y algún grito, decidieron tirar el matrimonio por la borda.

Con el tiempo, las cosas se habían calmado y pronto pasaron de no poder verse a comportarse de una manera fría y distante, pero racional. El discurrir de los meses, y luego los años, contribuyó a que todo quedara olvidado o, al menos, como algo que ya no tenía importancia.

Rehicieron sus vidas.

Javier, sin embargo, había vivido una historia más triste. Corrían por la comisaría habladurías sobre su viudez, pero cuando Lucía supo la verdad, cuando él se la contó, no pudo evitar que la tristeza la fulminara, pues tan solo llevaban, él y Patricia, dos meses casados cuando a la mujer le diagnosticaron un cáncer cerebral de una agresividad tan salvaje que, en tres semanas, la postró en cama para morir pocos días después. No podía imaginar el horror que debía haber significado para él asistir a la muerte de su esposa y, dado que ya llevaban juntos un tiempo, fue ella la que le propuso matrimonio, el mismo día que Javier se había sincerado.

Quizá había sido algo impulsiva, porque el momento de decirlo no había sido el más apropiado, pero Javier lo aceptó con un brillo en los ojos. Lucía quiso hacerlo feliz.

La noche de su boda, en la cama, mirándose sudorosos, Javier dijo:

—Aún podemos formar una familia.

Ella asintió. Aunque no eran ya tan jóvenes como cuando se casaron por primera vez, su cuerpo aún podía dar vida.

—Sí...

Se interrumpió de forma abrupta. Algo no iba bien en todo eso. ¿Una familia? ¿Hijos? Movidada por una inquietante sensación, se palpó el abdomen, tan liso y terso como siempre. Levantó la sábana con la que cubría su cuerpo desnudo y miró hacia abajo. Javier lo malinterpretó y comenzó a besarle los

pechos, para ir descendiendo poco a poco.

Ella lo recibió con gozo renovado, pero en un rinconcito de su mente, había algo... algo extraño... la imagen... no, ni siquiera eso... la sombra de un niño.

A media mañana, llevaron a Ren y Lúa a casa de los padres de Lucía. Los recién casados habían logrado que se les añadiera el período vacacional anual al permiso por matrimonio e iban a disfrutar de un largo viaje por diferentes países de Europa, un periplo que les llevaría unas tres semanas, tiempo en el que los dos animales serían tratados a cuerpo de rey (y reina) en el pueblo.

El coche subió por una pequeña cuesta enfilando la calle que les llevaba a su destino, y pasaron frente a la puerta en la que había vivido su amiga de la infancia, Rosa. Una nube cruzó el rostro de Lucía al contemplar el caserón deshabitado, echado a perder, que contenía amarguras sin cuento entre sus paredes medio derrumbadas y apuntaladas por maderos carcomidos, de techo hundido que amenazaba ruina, hospedaje de gatos y cucarachas.

Tras ese fatídico día, la familia de Rosa, la pobre Rosa, dejó el pueblo para nunca más volver, desentendiéndose por completo del inmueble, al que venció el paso del tiempo, convirtiéndolo en un esqueleto ruinoso cuyo derribo siempre quedaba postergado por problemas presupuestarios del Concejo, al no poder ser ejecutado de forma subsidiaria.

—¿Estás bien? —le preguntó Javier mientras Ren ladraba a un paisano.

Lucía, aferrando el volante con fuerza, asintió, pero aceleró para dejar atrás lo antes posible la casa.

Su madre los recibió con la alegría de siempre. Abrazos y besos fueron coreados por saltos y meneos de rabo de los perros, que brincaban en torno de los tres. La algarabía atrajo al padre de Lucía, quien salió frotándose las manos manchadas de grasa en un mono de operario que había conocido tiempos mejores, ganándose la reprimenda de su mujer por no utilizar un trapo.

Los hicieron pasar al interior de la casa, fresco y acogedor, y pronto tuvieron frente a sí unos vasos llenos de vermú y platos de olivas y frutos secos para acompañar, viéndose obligados a tomarlo ante la insistencia de la señora de la casa.

—Yo solo medio vasito —dijo Lucía, poniendo la mano sobre el vaso para evitar que le echaran más—, que tengo que conducir.

—¡Pero, hija! —protestó su madre, y Lucía no pudo evitar sentir un gran afecto al ver su cara sonrosada y regordeta, siempre iluminada por una paz reflejada en sus ojillos amables— ¡Si hasta que os vayáis queda mucho!

—No tanto, no tanto —replicó—. El avión sale en tres horas, y hay que facturar el equipaje...

—¡Bah, bah! —La mujer se negó a aceptar las explicaciones—. Os lleva

tu padre.

—Sí —terció él—, porque ¿dónde dejaréis el coche, eh?

—Tenemos que ir a casa primero —explicó Javier, palmoteando a Ren en la cabeza tras darle un cacahuete—, y cogeremos un taxi.

—Ah. —El padre de Lucía pareció satisfecho con la explicación.

Lucía miró hacia la pared frente a sí y sus ojos tropezaron con la multitud de fotografías familiares que inundaban las baldas y sonrió al pensar en esos tiempos pasados. Su madre había tenido la delicadeza de quitar todas aquellas en las que aparecía Fernando, y...

De pronto, descubrió un hueco entre ellas. Una zona en la que un marco cabía perfectamente, pero en la que no había nada. No tenía por qué resultar extraño, pero la visión de ese vacío casi le produjo náuseas.

—¿Qué foto había ahí? —se atrevió a preguntar, señalando con el dedo.

—¿Ahí? —preguntó su madre, girándose—. Ninguna, creo.

—No, tiene razón —intervino su padre, levantándose y yendo hacia la balda—. Aquí había algo, pero no recuerdo... Quizá fuera la de la bicicleta, ¿no crees?

—Sí, me parece que sí —coincidió su madre—. A lo mejor se me quedó por ahí el otro día, cuando las quité para limpiarlas.

Lucía enarcó una ceja. La habitación pareció dar vueltas y se sintió mareada, necesitando de improviso respirar aire fresco. Los perros la miraban

con la cabeza ladeada, inquietos también.

—Tenemos que irnos —dijo, abrupta, levantándose tan de sopetón que casi tiró la mesa—. Ahora.

Javier la miró extrañado pero no dijo nada. Lo que era más raro todavía, su madre no puso trabas, y poco después estaban de nuevo montados en el coche, de camino a la ciudad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Javier, sacando la mano por la ventanilla para despedirse.

—Algo... algo no va bien —dijo ella—. No sé qué es, pero hay algo que no cuadra.

—¿No cuadra? ¿En qué?

—En todo. No lo sé, de verdad. Es algo raro, como si... como si ya hubiera vivido antes esto. Pero de otro modo.

—¿Un *déjà vu*? —inquirió él.

—No —respondió Lucía, temblando—. Es algo más siniestro, creo.

Habían sido unos días maravillosos, plagados de sitios y gente nueva, una gira turística que les hizo recorrer sitios fascinantes e inolvidables, aunque también otros se mostraron como decepcionantes al no casar la imagen mental que de ellos se tenía con la realidad. En conjunto, una experiencia fascinante. Cara, pero fascinante.

Sí que era cierto que habían echado muchísimo de menos a sus dos perrillos, y verlos en los vídeos que les mandaba al móvil su madre era un pobre sucedáneo, pues el cariño que sentían por ellos era enorme. Por eso mismo, sin cambiarse siquiera, sin deshacer las maletas, Lucía y Javier subieron al coche y recorrieron el camino al pueblo lo más rápido que pudieron.

Por desgracia, nada resultó como esperaban.

No hubo abrazos ni besos de su madre. No hubo brincos ni lametones de Ren y Lúa. No hubo felicidad por el reencuentro tras ese tiempo.

No lo hubo, porque el horror se había abatido sobre el pueblo.

Habían oído las sirenas creciendo en intensidad conforme se acercaban y, al bajar del coche, parecía que no hubiera otro sonido que el de ellas, una cacofonía que inundaba el ambiente con sus estridentes alaridos y provocaba el aullido de innumerables perros por todo el pueblo. Javier señaló una gruesa columna de humo que se elevaba hacia el cielo despejado de primavera.

—¿Fuego? —preguntó.

Lucía sacó el móvil y consultó el servicio de alerta de noticias. Coincidió con Javier en que quizá se hubiera declarado un incendio y que el pueblo tenía que ser desalojado, pero no leyó nada. Miró el periódico local, sin obtener resultado tampoco, y empezó a sentir una comezón en el interior. Extrañada y temerosa, aunque sin saber la causa, la sensación se incrementó

cuando descubrieron que sus padres no estaban en casa.

Movida por pura intuición, salió corriendo en dirección a la columna de humo negruzco, que seguía ascendiendo sin pausa, tremolando al recibir los embates de un fuerte viento que había comenzado a soplar procedente de la sierra.

El origen se encontraba en la plaza central, junto al edificio del ayuntamiento, en el que se montaba el mercado semanal todos los domingos de primavera y verano. La cercanía de la gran ciudad en la que vivían y trabajaban Lucía y Javier hacía que una nutrida cantidad de gente acudiera a comprar productos a los agricultores locales. Muchos de ellos repetían la visita, satisfechos con la calidad y el precio, y el buen tiempo había hecho que los asistentes fueran casi un millar de personas.

En medio de ese abigarrado montón de gente, había estallado la bomba, de tal potencia que destrozó parte de los muros de los edificios circundantes, convirtiendo a los asistentes al mercado en un amasijo de carne destrozada, la sangre derramada en grandes charcos y las entrañas desperdigadas sobre los puestos de los tenderos en una horrorosa mezcla bañada en carmesí.

Unidades de la Guardia Civil, del Servicio de Urgencias, sanitarios y personal de Bomberos hacían lo que podían por intentar llevar un poco de orden al escenario de pesadilla, y un agente, con el rostro descompuesto ante la carnicería, cerró el paso a Lucía.

—No se puede pasar, señora —dijo, abriendo los brazos para evitar que siguiera adelante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó poniéndose de puntillas para echar un vistazo a lo que pasaba tras el agente.

—Una bomba, señora —respondió él—. Vuelva a su casa, por favor.

—¿Una bomba? ¿Aquí? —inquirió con incredulidad. No tenía sentido que un ataque terrorista tuviera lugar en un pueblo como ese, pequeño y pacífico. Como policía, sabía que en las mentes terroristas, por retorcidas que fueran, había una lógica a la hora de realizar sus actos de muerte, y si bien podía ser que hubiera sido el mero hecho de matar por matar, no parecía muy normal elegir ese blanco.

—Me temo que sí, señora. Por favor, vuelva a casa —insistió.

Javier estaba a su lado, demudado ante lo que veía, y cogió la mano de su esposa.

—Somos policías —dijo con voz temblorosa—. ¿Podemos ayudar?

El guardia civil los miró enarcando una ceja.

—¿Están de vacaciones? —aventuró y, sin darles tiempo a responder, continuó—: Se agradece, pero está todo controlado. Permanezcan atentos a los boletines y contacten con sus superiores, por si hiciera falta algo.

Lo dijo con el tono de quien da por terminada una conversación, y Lucía entendió que era mejor que dieran media vuelta, aunque antes lanzó otra

mirada al infierno en que se había convertido la bonita plaza empedrada.

Los ojos se le desencajaron y abrió la boca en un grito mudo al ver que un par de sanitarios metían el cuerpo lacerado de su madre en una bolsa de plástico negro. Para cadáveres.

Sus ojos se deslizaron lentamente hacia el muerto más cercano. Su padre, cuya cabeza había sido atravesada por una gruesa esquila de metal que le había entrado por el ojo, yacía en el suelo aún sujetando las correas de Ren y Lúa, destrozados y ensangrentados, unidos los tres en una muerte fatídica que les había alcanzado sin merecerla lo más mínimo.

El impacto fue terrible, y lo sintió como un mazazo en la cabeza, comenzando a marearse con tal violencia que cayó de rodillas. Su respiración se agitó y el corazón amenazó con salirse del pecho; le pareció que el mundo se esfumaba por completo, que solo había muerte y sangre rodeándola.

Todo. Había perdido todo lo que le importaba en su vida. La certeza de ese pensamiento la dominó y paralizó por completo, incapaz de hacer otra cosa que emitir unos patéticos gñidos que le surgían de la garganta. Su amiga. Su hijo. Sus padres. Sus perros. Y supo que Javier sería el siguiente. También lo perdería a él.

Notó un puño cerrándose en torno a su corazón, estrujándolo con salvajismo, y decidió rendirse, dejarse llevar. Era mejor terminar con todo,

fundirse en la noche eterna y dejar de sufrir. Era mejor que contemplar la muerte de todos aquellos que le importaban.

Era mejor morir una misma.

—Quiero enseñarte la cueva.

Al principio, Lucía no entendió lo que le decían. Era una voz tenue, infantil, que parecía llegar amortiguada, como desde una distancia muy lejana. Se preguntó si era Rosa, su amiga Rosa, la que le estaba hablando, porque no veía nada. Un manto de negrura se había posado sobre sus ojos, y se sintió inerme y desdichada.

—¿La cueva? —balbuceó—. ¿Qué cueva?

No hubo respuesta. Extendió las manos hacia delante y tocó la mano de Javier, que la devolvió a la realidad. Poco a poco, el mundo fue tomando forma y sus ojos vieron de nuevo la luz bañando la realidad.

—La cueva —dijo, ahora más alto, provocando que Javier la mirara confuso.

—¿Estás bien? —preguntó, ayudándola a incorporarse.

—¡La cueva! —gritó ella, sabiendo lo que tenía que hacer.

—¿Qué te ocurre, Luci? —El rostro de Javier era de extrema preocupación, pero ella no contestó.

Deslizó poco a poco la mano por la mejilla de su marido y, con lágrimas

en los ojos, se despidió de él:

—Adiós, mi amor.

Se dio la vuelta, y todo cambió. De repente, ya no estaba en el pueblo. No estaba junto al lugar de la matanza, una matanza que, comprendió, jamás había sucedido. Frente a ella, había un riachuelo que corría saltando con alegría entre piedras y follaje ribereño. Dio el primer paso que le llevaría a remontar la corriente.

La oscuridad que reinaba en el interior de la caverna era diferente a cualquier otra que hubiese visto antes en su vida. Era densa, pegajosa, trufada de un calor húmedo provocado por el estancamiento del aire. Un olor dulzón reinaba en el ambiente, y Lucía contuvo una arcada en cuanto puso un pie en su interior.

Sin embargo, podía ver.

Captó detalles de la enormidad de la gruta, cuyas paredes laterales se perdían en la distancia, surcadas por vetas producidas por las aguas que goteaban y que habían dibujado extrañas formas con el paso del tiempo. El suelo era muy regular, como de tierra batida, y la mujer pudo andar sin temer ningún tropiezo.

—¿Hola? —preguntó al vacío, y nada le contestó, ni siquiera su eco.

Llegó hasta lo que creyó era el centro de la cueva y elevó la vista hacia el

techo. La altura era exagerada, demasiada para que la caverna estuviera en el seno de la pequeña elevación, pero no le resultó extraordinario. Sabía que había visto muchas cosas fuera de lo común los últimos días.

—¿Hay alguien?

En cierto sentido, esperaba que se hubiera equivocado, que no hubiera respuesta, lo que le permitiría salir de ahí.

Escuchó un rumor como de uñas tabaleando sobre roca, o quizá el sonido de cientos de patitas quitinosas deslizándose por las oquedades de la roca viva. Una luz verdosa, enfermiza, comenzó a brotar de numerosos puntos, aumentando su intensidad poco a poco hasta que Lucía se vio obligada a taparse los ojos.

Las patitas se acercaban hacia ella.

Mirando al suelo, se dio cuenta de que la luz era soportable y levantó la cara. Parecía estar viendo la cueva a través de unas gafas de visión nocturna, y frente a ella un retazo de oscuridad se agitó, se removió tomando forma.

El hombre de la máscara se erguía ante ella, desafiante, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Quién eres? —le preguntó, sorprendiéndose al no sentir una pizca de miedo.

El recién llegado no respondió.

—Devuélveme a mi hijo —ordenó. Pensar en Guillermo, retenido por la

criatura que tenía ante sus ojos, la hizo ser consciente de la falsedad de lo que había visto hacía poco. Todas las tragedias que le habían obligado a vivir eran falsas: nunca habían tenido lugar. Eran deformaciones de una realidad mucho más dichosa que buscaban acabar con su cordura y su fortaleza.

No lo habían conseguido.

Lucía estiró la espalda de modo inconsciente, ganando un par de centímetros en altura, como dispuesta a participar en una confrontación... y a salir vencedora de ella. Clavó los ojos en la máscara, los relieves labrados en ella fluctuaron como si estuvieran vivos.

Pese a la sorpresa inicial, la ira de Lucía era fuerte y le daba alas:

—¡Déjate de trucos baratos! —gritó, y sacó la pistola del bolso que llevaba en la mano sin percatarse hasta el momento.

La detonación resonó como un trueno que rasgara el cielo en dos y la bala surcó el espacio que mediaba entre ambos hasta impactar en el cuerpo del hombre.

Él ni siquiera tembló al recibir el proyectil.

Boquiabierta, Lucía apretó una y otra vez el gatillo hasta que el sonido del percutor golpeando en vacío le indicó que no había balas en el cargador. Gritando de frustración, arrojó el arma a un lado, al ver que su enemigo se encontraba ileso.

—Mi turno —dijo él, y a Lucía le pareció que se carcajeaba bajo la

máscara.

Levantó los brazos hasta tenerlos en perpendicular al suelo, las anchas mangas proyectadas hacia abajo. Lucía vio con espanto que, allá donde debían estar sus manos, no había más que un temible abismo de negrura, un vacío insondable y devorador del que se proyectaron, como un miasma, jirones de oscuridad que adoptaron una forma que se perfiló poco a poco hasta hacerse reconocible.

Ante Lucía estaba, desnudo y herido, Javier, con las manos temblorosas tapando sus partes con pudicia, cabizbajo por el dolor y la vergüenza.

El brazo del hombre enmascarado inmovilizó a Javier desde atrás, atenazándole el cuello y haciendo que levantara la cabeza. Sus ojos tropezaron con los de Lucía, y en ellos había un horror tal como nunca había visto. Estaba paralizada, incapaz de hacer nada por salvar a su marido, a su amante, a su amigo, y el rostro comenzó a adoptar una tonalidad purpúrea conforme el abrazo se iba haciendo mortal. Aunque golpeó y arañó la oscuridad con la que le estaban matando, Javier se encontraba tan débil que hubiera sido igual que golpeará el mar embravecido.

Hecho un guiñapo, tras un tiempo que a Lucía se le hizo interminable, Javier cayó al suelo, a los pies de su asesino. Liberada por fin de la sensación inmovilizadora que la retenía, la mujer se arrodilló sobre el cuerpo.

El hombre de la máscara se cernió sobre ella, amenazador y oscuro,

portador de terror y sufrimiento, aumentando su tamaño y buscando envolverla en un abrazo de olvido, pero Lucía, apoyando con dulzura la mano en la frente de Javier, no tenía miedo. Dominaba en ella una sensación de honda tristeza, y sus profundos sentimientos por su esposo la desbordaron, convirtiéndose en una fría furia. Su enemigo se había equivocado por completo si creía que podía subyugarla al mostrarse como un antagonista que hacía daño a todos sus seres queridos.

Se había equivocado por completo.

El negro vacío que surgía de la forma, con forma humanoide ahora, retrocedió un tanto cuando Lucía se incorporó. Erguida, parecía haber crecido en tamaño y poder, y, mostrando los dientes con ferocidad, golpeó con sus puños la oscuridad que la rodeaba, notando que impactaba en una superficie física, tangible, aunque extraña.

—¡Vete! —gritaba, mientras lanzaba un golpe tras otro—. ¡Déjame! ¡No te tengo miedo! ¡Vete de una maldita vez y devuélveme a mi hijo!

Y entonces, algo inexplicable sucedió, porque las imágenes que pasaban ante sus ojos, de todos aquellos que habían ofrecido y recibido su cariño para con Lucía, aparecieron junto a ella, rodeados de una luz brillante como el Sol que combatió las tinieblas.

Ahí estaban todos los que el malvado ser había utilizado para socavar la mente de Lucía. Ahí estaba la amiga de la infancia, la madre, el padre. Ahí

estaban Ren y Lúa, vecinos, conocidos y muchos otros que acudieron a ayudarla, retazos de memorias atesoradas en su mente, fragmentos de felicidad que se convirtieron en lanzas de puro amor y luz que acuchillaron inmisericordes al funesto ser que lanzó un aullido ultraterreno, herido.

Estaba, también, la forma de su hijo, de Guillermo, cuando era un bebé, cuando empezó a andar, cuando enfermó de varicela, cuando no quería comer las judías, cuando... cuando estaba con ella, junto a ella.

Lucía resplandecía, era un faro que rasgaba las tinieblas emitidas por el ser y, llena de furiosa determinación, se lanzó contra su enemigo gritando el nombre de las personas a las que había amado, por las vivas y las muertas, por todo lo que había sentido a su lado.

El ser se recompuso tras el primer momento de confusión que sintió y unos tentáculos negros como alquitrán se interpusieron entre ambos, frenando la carrera de Lucía. La mujer gruñó al sentir una fuerza física que la retenía en el sitio y notó un golpe en la pierna cuando una de las probóscides la atacó. Lanzó unos puñetazos cargados de luz contra la masa de horror y oscuridad frente a sí y esta pareció debilitarse; aunque solo fue un instante, resultó suficiente para que Lucía continuara su carga y llegó tan cerca del monstruo de la máscara que notó un hedor a mortaja, a tumba abierta, a cuerpo corrupto por el paso de los años y el trabajo de los gusanos.

—¡Muere! —gritó Lucía al tiempo que lanzaba su puño derecho. Impactó

contra el cuerpo oscuro y se hundió en una suerte de viscosidad que le produjo una honda repugnancia, pero no cejó y repitió—: ¡Muere, bastardo!

Sin embargo, el ser no era fácil de vencer. Años y años de experimentar con las sacrílegas fuerzas místicas de otros mundos le habían otorgado unos poderes incomprensibles para la mente humana: contraatacó lanzando un gruñido ultraterreno que provocó una desagradable sensación en la mente de Lucía y sus manos, cubiertas de negrura, aferraron los brazos de la mujer, quien se debatió con futilidad conforme él la levantaba a pulso.

Una especie de carcajada surgió tras la máscara labrada que cubría su faz y, mientras Lucía daba patadas intentando alcanzarlo, un tentáculo de negrura aferró el borde de la máscara y tiró de ella para mostrar lo que había debajo.

Aterrada, Lucía cesó en su resistencia, pues sus ojos contemplaron el más insondable abismo. Allá donde debía haber una cara, una faz, algo, no había otra cosa que un cúmulo infinito de oscuridad, un agujero negro que impedía que la luz tocara siquiera sus bordes exteriores, y tal era la fuerza de su malignidad, que la luz emitida por Lucía remitió en intensidad y fue consumida por el vacío.

El corazón de Lucía pareció paralizarse por el horror que sintió al verlo. Intentó respirar y solo logró inhalar una bocanada de aire putrefacta que invadió sus pulmones provocándole arcadas. Las lágrimas asomaron a sus ojos, desesperada, pensando que no podía vencer a ese ser tan poderoso, que

su vida estaba tocando a su fin...

—¿Mamá?

Lucía sacudió la cabeza. ¿Era...?

—¿Mamá? —repitió la voz que esa vez identificó con claridad, rasgando las brumas de la inconsciencia que se cernían sobre ella.

—Guille...

Lo dijo susurrando e incluso para ello necesitó hacer uso de todas sus fuerzas. Sin embargo, escuchar el nombre de su hijo dicho por ella misma le otorgó unas fuerzas que momentos antes no sabía que existían. Lo vio de nuevo, lo imaginó, frente a sí, irradiando amor y luz.

—Guille...

La segunda vez que dijo su nombre lo hizo en voz más alta. Y todavía más la tercera. Y la cuarta.

La quinta fue un grito no desesperado, sino desafiante y atronador que reverberó en el lugar donde se hallaba luchando por su vida, fuera el que fuera, levantando poderosos ecos e infiltrándose en la macabra oscuridad del ser que quería acabar con ella.

—¡GUILLERMO!

Al mismo tiempo que gritaba el nombre del niño, su cuerpo, tras albergar de nuevo todo el amor de las personas importantes de su vida, proyectó una explosión de luz tan enorme que quedó cegada por unos instantes.

Poco a poco, recuperó la visión. El estadillo, sordo pero poderoso, la había lanzado a tierra, y desde el suelo vio que se encontraba en el Nexo. Había vuelto. Su mano, al moverse, tropezó con un cuerpo que respiraba de forma sosegada.

No necesitó mirarlo para saber de quién se trataba.

Conocía a su hijo a la perfección.

Rodando sobre sí, colocó su cuerpo junto al de Guillermo, que dormía sin inquietudes en sus sueños, y lo abrazó sintiendo su calor mientras miraba su cara, tranquila, hermosa, dulce.

EPÍLOGO

—En realidad, no pasaron ni cinco minutos desde que te fuiste.

Sanz, con su falsa apariencia humana, sacó un pañuelo del traje y se lo tendió a Guillermo para que limpiara el churretón de helado que le corría por la barbilla. Era un hermoso día, de cielo límpido y claro, en el que el Sol bañaba el parque donde estaban sentados los tres. En los cuatro días posteriores a la lucha que Lucía mantuvo con el hombre enmascarado, Sanz no había hablado sobre el tema, cumpliendo un pacto no formulado y permitiendo a la mujer digerir todo lo que había vivido. Esa mañana, no obstante, había sido Lucía quien sacó el asunto.

—Viví diferentes escenas de mi vida —explicó—, pero retorcidas, sintiéndome al mismo tiempo espectadora y partícipe. Era yo la que veía todo, la que hablaba; pero, a la vez, no lo era.

—Jugar con la mente es una de sus herramientas preferidas. Me alegro que fueras demasiado fuerte para él.

—No sé si fui yo... o todos ellos —aunque señaló a Guillermo, concentrado en su cucurucho, ella se refería a todos aquellos cuyo recuerdo le dio fuerzas.

—Se alimentan de la desesperación —asintió Sanz—. Una vida que ha conocido el amor, mucho amor, puede ser un oponente formidable.

Ambos callaron, observando a Ren y Lúa olisqueando a un perro recién llegado, saludándole. La hembra no pareció muy interesada y volvió trotando hasta ellos, saltando con agilidad al regazo de Lucía, quien le empezó a acariciar el lomo.

—Creo que se equivocó —dijo entonces, con voz grave y expresión triste — cuando me mostró a Javier y lo... mató. Era el único que había muerto en realidad, y eso me pareció... no sé explicarlo.

—Una intromisión tal en tu dolor real que te hizo reaccionar. En tu interior, sabías que todo lo que te había mostrado era falso, pero Javier...

—Sí. Javier había muerto de verdad. —Se mordió el labio y, aunque tuvo una profunda sensación de pesar, no lloró; suficientes lágrimas había derramado ya esos días atrás.

—Además...

Sanz calló y se mordió el labio con expresión pensativa. Lucía supo que había algo que no quería o no se atrevía a decir y lo incitó:

—Dime. ¿Además qué?

—Rebollo y yo estuvimos hablando. Sobre ti. —Su cara mostró dolor cuando habló de su amigo—. Sobre que podías tener... poderes tú también.

—¿Yo? —preguntó ella señalándose con una sonrisa no exenta de sarcasmo.

—No es inusual. Muchas criaturas nacen, en este mundo y en los otros,

capaces de sintonizar las energías místicas, de poder deformar la realidad o invocar, como en el caso del hombre de la máscara, seres de más allá del espacio y el tiempo, convirtiéndose en sus heraldos.

—¿Brujería? ¿Magia? ¿Me estás diciendo que puedo...?

Lucía miró al niño mientras esperaba la contestación. Guille corría tras el balón con el que estaba jugando tras comerse el helado. La pelota había rebotado en un árbol y había salido disparada, por lo que no le quitó ojo de encima. No lo haría nunca, nunca jamás.

—Magia es una palabra para definirlo, sí —contestó al fin Sanz—. Lo extraño es que alguien sea capaz de dominarla y utilizarla para vencer a una criatura tan poderosa sin haberla estudiado. —En su tono se adivinaba cierta envidia cuando añadió—: Gran parte de mi vida la he pasado entre tomos extraños y blasfemos... Pero la sola idea de enfrentarme a alguien como ese ser me aterra.

—Bueno, quizá fue suerte —dijo Lucía quitando hierro al asunto, aunque en su fuero interno sabía que su hazaña no había sido pequeña.

—No lo creo —sentenció Sanz—. Contra ellos, la suerte no vale de nada. Lo que me lleva a... quizá sería interesante que aprendieras conmigo, para poder defender...

—¡Alto, alto! —Lucía lo interrumpió riendo, pero con una determinación tajante—. He tenido suficientes monstruos para toda mi vida.

Sanz no insistió. Solo se encogió de hombros y miró hacia el cielo azul.

—Han sido unos días terribles —dijo Sanz tras un rato de silencio en el que ambos habían estado pensativos—. Puedo ayudarte con las cuestiones de la investigación policial.

Ella sacudió la cabeza.

—Te lo agradezco, pero no será necesario. Creo. El ataque a la comisaría ha sido calificado como terrorista, vinculado al secuestro de Javier. Imagino que tendré que hacer un par de declaraciones, pero no creo que haya problemas.

Sonaba tan confiada, que Sanz asintió sonriendo.

—Mientras no digas que un ser de otra realidad fue el causante...

—¡No, por cierto! —exclamó ella soltando una carcajada, y su risa fue como un soplo de aire fresco y cantarín.

—Bien. —El hombre, la criatura disfrazada de hombre, se levantó y revolvió el pelo de Guillermo; el niño se había sentado junto a su madre tras aburrirse de dar patadas a la pelota—. Creo que aquí termina la historia.

—Sí, eso parece —coincidió Lucía.

—Quizá no nos volvamos a ver —dijo él, tendiéndole la mano—. O quizá sí. No lo sé. Nuestros caminos discurren ante nosotros sin que sepamos el destino al que nos llevarán.

—Muy profundo.

—Me gusta dármelas de filósofo —sonrió.

—Ya —dijo ella, y le dio la mano estrechándosela con fuerza.

En lo alto, el sol brillaba.

FIN

BIOGRAFÍA

Luis Miguel Núñez nació en 1976, en Zaragoza, ciudad en la que aún reside sin intención de trasladarse. Diplomado en Biblioteconomía y Documentación y Graduado en Geografía e Historia, es funcionario de la Administración de la Comunidad Autónoma de Aragón, dedicando su tiempo libre a varios menesteres –algunos dirían que demasiados– entre los que destaca su pasión, desde la más tierna infancia, por la lectura y la escritura.

Tiene diversos relatos cortos publicados en antologías de fantasía, terror y ciencia ficción, así como *La sombra dorada*, su primera novela autopublicada, y *Fragmentos mentales*, una antología de relatos cortos.

Nunca le ha gustado mucho la gente que escribe de sí misma en tercera persona.

LA SOMBRA DORADA



Si te ha gustado *La semilla*, siempre puedes dar una oportunidad a mi novela de fantasía *La sombra dorada*. En ella, las vidas de numerosas personas darán un vuelco cuando se enfrenten al mayor peligro que el mundo ha conocido jamás. La familia de Necto, un humilde escribano de un pueblo pequeño; la reina Adía, exiliada de un reino ha caído bajo las huestes enemigas; Baako, el arrojado líder de los esclavos rebeldes de las tierras del este; Glabro, que se convertirá en el motor intelectual de la lucha... todos ellos unirán sus fuerzas ante el peligroso dios de la luz de oro, que ha vuelto a manifestarse a una humanidad desprevenida y que no sabe de lo que es capaz.

Que cuenta con aliados que no lo han olvidado. Que anhelan su regreso. Y desean el poder que les puede ofrecer.

Desde los inclementes parajes semidesérticos del sur continental a la espléndida capital del Imperio Vetero, desde los bosques de colosales árboles norteños a los estados marítimos del oeste, nada volverá a ser igual después de la guerra contra Abaven.

FRAGMENTOS MENTALES



En esta colección de relatos cortos y microrelatos, te presento varias obras de temática fantástica, ciencia ficción y terror, relatando batallas imposibles contra enemigos surgidos de los pozos del horror, viajes a lugares lejanos, descensos a las profundidades más oscuras y luchas contra el inexorable destino.

Contiene el relato "Diseñando la humanidad del futuro", premiado con el tercer puesto del XXVIII Certamen Alberto Magno de Ciencia Ficción (2016).